



Mack Reynolds

**COMUNA
2000 A D**

Publicado en 1974, y referido al año 2000, este libro, nos describe una etapa de transición de una sociedad autoritaria a otra anarquista. Al igual que *1984* de George Orwell, el hecho de haberse sobrepasado la fecha a que se refiere en la línea temporal, no quita un ápice de interés a su lectura.

Era el futuro perfecto, la sociedad más grandiosa de la historia de la humanidad, con paz, abundancia y total libertad sexual. La utopía te pagaba un Ingreso Universal Garantizado, trabajaras o no. Sin embargo, algo fallaba, era una utopía fracturada.

Miles de personas desencantadas huyeron de las ciudades para unirse a pequeñas poblaciones itinerantes que surgieron espontáneamente. Se le llamó el Fenómeno de las Comunas.

La trama del libro es bastante simple. El protagonista viaja de comuna en comuna y, debido a su destreza en la cama y a que se trata de una sociedad muy promiscua, tiene relaciones sexuales con una mujer hermosa en cada comuna.

A Frederik Pohl Selection

Commune 2000 A.D.

A novel by Mack Reynolds

The secret
rebellion against
the greatest
society in
human history.



Mack Reynolds

COMUNA 2000 ANNO DOMINI

Título original: *COMUNA 2000 a.D.*

Un libro Bantam publicado en enero de 1974

Traducción y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

- I. Cuando Theodore Swain despertaba
- II. Cuando el rostro del otro
- III. Ted Swain lo miró fijamente
- IV. Cuando regresó a su casa
- V. ¿Qué se supone que significa eso?
- VI. La agarró con desesperación
- VII. Ted Swain dijo
- VIII. Lo siento —dijo Ted
- IX. Ted Swain había olvidado
- X. Tras abandonar el rascacielos
- XI. Ted Swain estaba trabajando
- XII. “¿Como qué?” dijo
- XIII. Para cuando se alejó de Nature
- XIV. Lloró y sollozó
- XV. Ted Swain se despertó
- XVI. Los dos miraron horrorizados
- XVII. Ted lo hizo, después de limpiarse
- XVIII. Mike Latimer lo miró un instante
- XIX. Secuelas

Sobre el autor

Capítulo I

Cuando Theodore Swain despertaba, no solía abrir los ojos de inmediato. Era un soñador vívido e invariablemente se tomaba unos instantes para orientarse. Estaba, pensó, obviamente en su cama y en su casa. El día anterior había pasado gran parte del tiempo estudiando, hasta el punto de cenar en el restaurante comunitario en lugar de tomarse el tiempo de preparar su propia comida, como era su costumbre. Dormía desnudo, lo que le recordó el resto de la noche anterior, después de cenar.

Nora ¿o su nombre era Norma?

Abrió los ojos y miró la almohada que tenía a su lado.

Su cabello corto era rubio, probablemente no natural, y sus ojos, muy azules, en ese momento estaban fijos en él, con un toque de burla. Su nariz era demasiado pequeña, pero tenía

orejas perfectas y una boca provocativa y llena de pucheros. La única sábana que los cubría ocultaba su figura, pero ahora la recordaba de golpe. Era una chica regordeta y con muchas curvas, con posiblemente los pechos más exuberantes que jamás había disfrutado, y los pezones de un rosa tan delicado que al principio sospechó que se trataba de maquillaje.

Ted dijo: "Buenos días".

Ella lo ignoró, extendió los brazos desnudos y se estiró lánguidamente. Lo miró, esbozó una sonrisa felina y dijo, acusadora: "¿Dónde aprendiste esa última postura? Es mágica, una vez que te acostumbras, pero ¿dónde la aprendiste?"

Dijo: "Nunca lo creerás, pero en realidad está representada en la pared de un templo maya en Bonampak, en el sur de México".

Dijo, recordando con lascivia: «Es la primera vez que lo hago de pie. Jim me decía que me iban a salir callos en el trasero de tanto estar boca arriba».

Ted se rió. De hecho, siempre le había dado pavor la mañana después de la sesión anterior. ¿Qué era lo que decían? Antes, se tomaba el café en ella, y después no se escupía. Sin embargo, siempre se había esforzado por estar a la altura.

Dijo: “Esa misma postura maya, por cierto, también está representada en las tallas de piedra del templo hindú de Khajuraho y del Templo del Sol de Konarak, por lo que el hombre, en su infinita investigación sobre el tema, evidentemente llegó a los mismos resultados, a medio mundo de distancia”.

Lo pensó, mirando al techo, con las manos tras la cabeza. «Siempre me he preguntado de dónde viene el nombre de la llamada posición *normal*. La posición más utilizada por los romanos era con la mujer sentada a horcajadas sobre el hombre, igual que los japoneses hoy en día. Le da a la mujer más control de la situación y más posibilidades de alcanzar el orgasmo, sobre todo si el hombre es considerablemente más grande o más pesado que ella».

Bostezó lánguidamente. «Me gusta de todas formas. Bueno, menos lo de la penetración anal».

Entonces tienes suerte de no haber vivido en Perú en la época mochica–chimú. La sodomía y la felación eran tan universales que es un misterio cómo se propagó la cultura.

"¿Quieres decir que todos eran raros?"

Según lo que entiendas por "raro", supongo. Solían mostrar escenas de sexo en su cerámica. Cientos, incluso miles, de estas piezas han llegado hasta nosotros, a pesar de ser una cultura anterior a los incas. Hay algunas, pero pocas,

de estas piezas que muestran a un hombre y una mujer en relaciones sexuales normales. Más a menudo, él la está sodomizando o ella le está practicando sexo oral. La cuestión es que, en ocasiones, las mujeres son ilustradas disfrutando de lo que hacen, y, en aquellos tiempos, eran las alfareras tribales, así que se representaban a sí mismas.

“Cuando dijiste sodomía, pensé que te referías a chicos”.

No, sorprendentemente, no nos ha llegado ni una sola pieza que indique alguna connotación homosexual. Las parejas eran invariablemente de hombres y mujeres.

Ella lo miró con desaprobación. «¡Menudo profesor resultaste ser! ¡Menudo tema para ser una autoridad!»

"No soy profesor."

—Ah, ya me lo imaginaba. En la ciudad universitaria...

Dijo, con un dejo de amargura en la voz: «No. De hecho, soy estudiante. Tengo un doctorado en etnología y estoy cursando el de académico, si alguna vez logro presentar una tesis aceptable. Entonces, posiblemente, en la próxima convocatoria me seleccionen para enseñar, por fin».

“¿Qué es la etnología?”, dijo ella, obviamente sin importarle mucho.

Recitó: «Etnología, la rama de la antropología que utiliza los datos proporcionados por la etnografía, el registro de culturas vivas y la arqueología para analizar y comparar las diversas culturas de la humanidad. En resumen, la antropología social desarrolla generalizaciones amplias basadas, en parte, en los hallazgos de otras ciencias sociales».

Geenial. Un auténtico jazzista. Ahora lo sé. ¿Qué es la antropología?

“La ciencia del hombre y sus obras”, dijo brevemente. “Me especializo en las culturas precolombinas mexicanas, subespecialización: los aztecas, subespecialización: los aztecas en la época de la conquista española”.

Se retorció, dejando caer la sábana hasta que se le asomaba un pecho bien formado. "Bueno, ¿para qué te molestas? Por lo que dices, te rechazaron en tu primera convocatoria. Debieron de haberlo hecho, pues ya tienes una edad. Debes de tener más de treinta. Tus posibilidades de que te contraten en una convocatoria posterior son escasas, ¿verdad?"

“Sí”, dijo en voz baja. Lo pensó y, al volver a hablar, su voz sonó melodramática. “Supongo que es el sistema educativo actual. Desde prácticamente el jardín de infancia, empiezan a buscar tus intereses y habilidades, probando, probando, probando. En mi caso, surgió pronto una tendencia especial

hacia la historia y las demás ciencias sociales. Para cuando estaba en el instituto, empecé a concentrarme en la arqueología y la antropología. Se convirtieron en el interés dominante de mi vida. Y cuanto más avanzaba, más me impulsaban. Entonces, ¿por qué seguí estudiando, incluso después de obtener el doctorado y no ser seleccionado en la convocatoria anual? Quería enseñar o trabajar en expediciones de campo. Quería aprovechar al máximo todo lo que había desarrollado. Comía, respiraba y dormía - antropología”.

"Pero te rechazaron", dijo con sensatez, dejando que la sábana se deslizara hasta el punto donde sus dos mayores pretensiones de belleza trascendental quedaron expuestas. "¿Y qué gira?"

Se encogió de hombros, irritado. «El título académico es prácticamente una garantía de un puesto docente. Ahora son tan difíciles de conseguir, los requisitos son tan estrictos que casi automáticamente te seleccionan para la docencia las computadoras de los bancos de datos, si es que tienes una».

"¿Qué lo detiene?" dijo ella, disgustada porque él ignoraba sus encantos obviamente disponibles.

No he podido encontrar un tema aceptable para mi tesis. Sigo siendo candidato, pero mi director rechaza cada tema

de investigación que se me ocurre. La miró. "¿Qué haces, Nora?"

Dijo: «No hago nada. Cuando salí de la escuela y las computadoras calcularon mi Coeficiente de Habilidad, evidentemente era la más adecuada para ser secretaria. Al igual que otras cinco millones de chicas que figuraban en la lista de selección. Debí de quedar entre las últimas. Y ese año solo seleccionaron a unas cincuenta mil. Es una categoría laboral que está desapareciendo rápidamente, con estas nuevas autosecretarias. Así que simplemente cobro mi Renta Garantizada Universal y me dedico a divertirme».

Ya veo. Junto con nueve décimas partes del resto del país.

“Eso dicen.”

En realidad, el tema lo irritaba, aunque no sabía exactamente por qué. Cambió de tema. "¿Qué pasó con Jim y tú? Creía que estaban muy unidos".

Fingiendo que le molestaba el calor, se apartó la sábana por completo, dejando al descubierto su vientre, sus caderas, el pubis y sus preciosas piernas. Ted Swain tenía razón. No era rubia de verdad.

Dijo, con indiferencia: «Oh, Jim es un gran deportista. Caza, pesca y todo. Siempre me llevaba. Yo soy más de beber, dormir y divertirse. Así que al final le dije que se largara». Lo

miró de reojo. «Hablando de diversión, ¿conoces alguna otra postura india elegante?»

Se rió y bajó sus largas y escuálidas piernas de la cama al suelo. "Muchas, pero tendrás que esperar. Ya me he acostado demasiado tarde. Puedes ir al baño primero. Voy a empezar a preparar el desayuno".

Hizo un leve puchero, pero aceptó el rechazo. Sin duda, habría otras ocasiones para disfrutar de las innovaciones deslumbrantes del consumado profesor, o lo que fuera.

Ella dijo: "¿Quieres decir que cocinas tu propio desayuno?"

—¿Qué pasa con las cocinas automatizadas o con el autochef del restaurante?

—Demasiado automatizado —dijo, tomando su bata.

Ella también se levantó. Descalza, se dio cuenta de lo pequeña que era. En la cama, parecía más alta, y el día anterior, cuando la recogió, llevaba unas zapatillas de tacón bastante alto de estilo neocretense.

Ella dijo: "Lo bueno de un autochef es que siempre obtienes comida perfecta".

"De eso se trata, está bien", le dijo, defendiendo su afición de cocinero aficionado. "Exactamente lo mismo, siempre. Perfección, en cada receta de las cintas. A mí me gusta un

poco de variedad. Prefiero los huevos revueltos un poco más blandos o un poco más duros, según el día. Incluso no me importa que se quemen, de vez en cuando, solo para demostrar que no todo es automático y perfecto en la sociedad actual. Ahora, vete al baño”.

Ella rió y se apresuró en esa dirección, con su trasero rosado meneándose tan femeninamente que él consideró por un momento revertir su decisión de empezar temprano sus estudios. Pero no. Cuando eres tu propia disciplina, sin nadie más que te vigile, no puedes permitirte excepciones. Después de un tiempo, dejan de ser excepciones.

Ted se dirigió a su cocina. Iba a prepararle un desayuno inolvidable. "¿Qué tal unos huevos con vino de Málaga y mantequilla negra?". Era su propia receta.

En realidad, Nora no era su tipo habitual. Era completamente amoral y, en su época, probablemente se había acostado con todos los hombres de la comunidad. Ted, que posiblemente era diez años mayor que ella, había nacido en una familia medianamente tradicional, y algunas de las viejas costumbres se le habían contagiado durante la infancia. La nueva permisividad ya había comenzado y, para cuando alcanzó la madurez, había aceptado los estándares que cambiaban rápidamente, pero en sus antecedentes aún había algo que lo hacía un poco rígido en comparación con la generación de Nora, que nunca conoció los viejos conceptos.

Para cuando terminaron de desayunar, él ya se había cansado de su parloteo insulso y no protestó ni le dijo una fecha futura cuando ella se dispuso a irse. Estaba un poco disgustado porque ella no lo había elogiado por los Huevos Málaga; habían quedado perfectos.

Llevaba bermudas y zapatillas estilo neocretense, pero evidentemente había decidido que hacía suficiente sol, incluso a esa hora tan temprana, como para volver en topless a su casa, y había tirado la blusa al vertedero de la bañera. Se puso de puntillas, lo besó brevemente y dijo: «Fue divertido, Tom». Añadió con picardía: «No olvides el abono para otra ocasión. Quizás me conviertas en una estudiosa de los indios».

La puerta se abrió para ella cuando se acercó.

Él dijo, mientras ella pasaba apresuradamente por ella, "Me llamo Ted".

Ella lo miró por encima del hombro y sonrió. "Y yo soy Marsha, no Nora".

Gruñó al oír eso y regresó al dormitorio, atravesándolo hasta la bañera para ducharse. Afeitarse no era necesario, ya que se había depilado la cara hacía varios años. Siempre había odiado afeitarse, incluso con depilatorio. Algunos amigos le habían dicho que si alguna vez volvía a salirle

barba, estaría perdido, pero Ted Swain no seguía las modas y no se habría dejado barba, fuera cual fuera el estilo.

Tenía un rostro anguloso, ciertamente poco atractivo según el gusto popular, pues tanto las orejas como la boca eran demasiado grandes. Y había algo intenso en sus ojos que tendía a despistar a sus conocidos y colegas. Le llevó tiempo hacerse amigo de Ted Swain; no tenía muchos. Los que tenía eran íntimos. Tenía cualidades ocultas.

Marsha había tenido razón al decidir que iría en topless, pensó. Iba a ser un día caluroso, aunque el otoño ya estaba aquí. Sacó una falda escocesa de su armario y se la ajustó a la cintura. No se molestó en ponerse calzado.

Regresó a su sala de estar y la atravesó hasta el pequeño estudio. Era pequeño, ya que no había razón para que fuera de otra manera. Salvo por algunos libros de referencia, la habitación carecía de la atmósfera que antes se consideraba necesaria para un erudito. El mobiliario consistía únicamente en una estantería y una silla detrás de un escritorio, cuya parte superior era un autoenseñador; su pantalla estaba conectada con los Bancos Nacionales de Datos. Había una pantalla adicional de refuerzo de biblioteca a un lado, para que pudiera consultar más de una fuente a la vez, un teléfono con televisión y una máquina de escribir con voz. La razón por la que tenía libros de referencia era que, a veces, le resultaba más rápido buscar manualmente, por ejemplo,

una palabra en un diccionario, en lugar de marcar un libro de los bancos de datos.

Se acercó a un estante, bajó su frasco de estimulante y tomó una pastilla. No era el campo de Ted Swain, y desconocía por completo la composición del gangliósido, salvo que contenía pemolina de magnesio. Que funcionaba, sí lo sabía. Estaría mentalmente estimulado durante al menos dos horas; su coeficiente intelectual se duplicó con creces, su capacidad de retención se triplicó. ¿Qué había dicho alguien? El coeficiente intelectual no basta. También hay que tener un empujón. Un genio perezoso no lo tiene. Bueno, el estimulante te daba el empujón.

Regresó al escritorio, se sentó frente a la pantalla y la activó. La miró y suspiró. Con o sin estimulante, ya había superado el punto álgido de su capacidad mental. El cerebro humano empieza a perder su capacidad de absorción aproximadamente a los veinticinco años. Los nuevos talentos que surgían en el campo de la etnología eran más perspicaces que él. Tenía más experiencia, más conocimientos acumulados que ellos, pero sus coeficientes de habilidad eran más altos.

En el tema del dial marcó Etnología, México, los Aztecas, y luego de los Informes del Museo Peabody de Adolph F. Bandelier, y el segundo informe, *La Organización Social y el Modo de Gobierno de los Antiguos Mexicanos*. Escrita en 1878, para él seguía siendo la obra definitiva sobre la

Confederación Azteca, un tema olvidado por muchos etnólogos modernos.

Normalmente, Ted Swain estudiaba en interlingua, pues todas las obras de la División de Bibliotecas de los Bancos Nacionales de Datos habían sido traducidas al idioma internacional, pero esta vez se apegó a los originales, ya que a veces desconfiaba de *cualquier* traducción. Las traducciones por computadora, en particular, a veces fallaban en aspectos como el modismo.

Pasó las páginas hasta llegar al punto donde lo había dejado el día anterior: una cita de *la Historia de los Indios de Nueva España de Fray Toribio de Motolinia*. Motolinia había llegado un poco tarde, pero había investigado muchísimo sobre la naturaleza del gobierno de Moctezuma.

El teléfono de su escritorio vibró y levantó la vista, irritado. Maldita sea, deseaba con todas sus fuerzas tener una sala de escape adecuada para estudiar. Tenía el teléfono en prioridad número dos, descartando todo excepto llamadas importantes o anuncios gubernamentales, pero eso no era suficiente para garantizar su privacidad absoluta.

Apagó su autoprofesor y activó el teléfono.

Para su sorpresa, se trataba del académico Franz Englebrecht, jefe del Departamento de Etnología de la

ciudad universitaria en la que estaba inscrito Ted Swain y su director de tesis.

Ted ni siquiera había hablado con él durante casi seis meses cuando Englebrecht rechazó su sugerencia de una disertación basada en la verdadera población de Tenochtitlan, la antigua Ciudad del México azteca.

Englebrecht le sonrió radiante; esa sonrisa insípida irritó a Ted Swain más que cualquier otra cosa del hombre. Pomposo, sí, un imbécil, sí, pero ¿tenía que *sonreírte* de esa manera tan condescendiente?

Ted dijo: "Buenos días, señor".

Buenos días, Swain. Bueno, no me andaré con rodeos. Creo que ya tenemos el tema de tu tesis, muchacho. ¿Puedes venir a mi apartamento inmediatamente?

—Pues sí, señor, claro. Pero... ¿qué es?

El otro le sonrió de nuevo. «No por teléfono, Swain. No debemos correr el riesgo de que se filtre. Otro candidato podría ver lo natural que es y publicarlo antes que tú. Lo hablaremos en la intimidad de mi refugio».

Capítulo II

Cuando el rostro del otro se desvaneció, Ted Swain se recostó un momento en su silla y se dejó llevar primero por la sorpresa y luego por la emoción. Por fin.

Negó con la cabeza, respiró hondo y se puso de pie. Fue al dormitorio, a su armario y eligió una chaqueta blanca tipo Yucatán. Bajó la vista hacia sus faldas escocesas y consideró ponerse pantalones, más conservadores. Pero no, al diablo, decidió. Por mucho que quisiera llevarse bien con su director de tesis, no quería adularlo.

Sacó un par de calcetines altos de lana, según la tradición escocesa, se los puso y luego un par de mocasines cómodos.

Sacó su transceptor de bolsillo, tocó el botón que activaba la tapa y marcó un monoplaza. Caminó hacia la puerta y la

cruzó, cuando se abrió automáticamente, y bajó por el sendero hasta la calle.

Su electrovehículo dobló una esquina y se detuvo en la acera frente a él. Era un coche abierto, como había marcado, y en lugar de molestarse en abrir la puerta, entró una pierna por el lateral y se acomodó tras los controles manuales. Los controles eran la simplicidad misma: un acelerador, un freno, el volante. Colocó su transceptor de bolsillo en la pantalla de pago para que el viaje se dedujera de su saldo, pisó el acelerador con el pie derecho y partió rumbo a la entrada de la autopista subterránea en el centro comunitario.

Normalmente prefería conducir por la superficie, manualmente, pero esta vez tenía prisa por llegar a su destino. Antes de que Englebrecht cambiara de opinión, pensó con ironía. Pero, además, quería pensar sin la distracción de conducir.

En el centro comunitario, saludó un par de veces a sus amigos en las canchas de tenis y la piscina, luego condujo hasta el despachador automático de la autopista, estacionó en el coordinador de despacho y apagó los controles manuales. Marcó su destino: el edificio de administración de University City VI1. Los controles automáticos tomaron el control y el coche avanzó con suavidad. Sabía por experiencia que el trayecto duraría veintidós minutos o, si hubiera permanecido en la superficie, al menos una hora,

probablemente más, según el tráfico. El tráfico bajo tierra no importaba.

Su electrovehículo se mezcló con el flujo de coches, camiones y autobuses en el carril más lento, se desvió hacia la izquierda hacia el intermedio y luego hacia el carril de alta velocidad. Ted cerró los ojos y se recostó.

No tenía ni la más remota idea de lo que su director de tesis tenía en mente. Y, francamente, desconfiaba de él. Lo consideraba un incompetente. Supuestamente, en la sociedad actual, era imposible que un incompetente mantuviera su puesto. Supuestamente, las computadoras de los Bancos Nacionales de Datos examinaban tu Coeficiente de Habilidad hasta el último pelo y, a menos que tuvieras la mayor capacidad para mantener el puesto en cuestión, eras expulsado por el hombre o la mujer que sí la poseía.

El Coeficiente de Capacidad, tuvo sus inicios, quizás, en las primeras pruebas de CI, como las que se aplicaban a los escolares y, posteriormente, al personal militar, en las categorías de aptitud general, aptitud mecánica y aptitud matemática. Pero el Coeficiente de Habilidad fue mucho más allá del CI. Las pruebas de CI no habían medido ni podían medir la inteligencia en general, ya que no existía tal cosa. Pero fueron el comienzo. La sociedad actual todavía utiliza una forma mejorada de las pruebas de CI, pero también evaluaban la capacidad verbal, la fluidez verbal, la capacidad numérica, la capacidad espacial, la capacidad perceptiva, la

memoria, la velocidad de reflejos, la propensión a los accidentes, la destreza digital, el poder de análisis, la aptitud mecánica, la aptitud administrativa, la madurez emocional, la veracidad, la discriminación de tonos, la sensibilidad al gusto, el encanto natural, el daltonismo, la precisión, la persistencia, el impulso, la neurosis, los poderes de observación, la salud y algunas otras cosas.

A todos los habitantes de Estados Unidos se les realizaron las pruebas, casi continuamente desde la cuna hasta la tumba, aunque en realidad se suspendían al llegar a la edad de jubilación. De hecho, si uno lo deseaba, no era necesario realizarlas más tiempo después de ese período. Muchos no lo hacían. Les creaba un complejo de inferioridad darse cuenta de hasta qué punto los jóvenes que ascendían duplicaban o incluso triplicaban sus propios, antaño orgullosos, coeficientes de capacidad. Era un mundo en rápida evolución.

En teoría, el Día de la Asignación de trabajo, cada año, las computadoras seleccionaban, de los bancos de datos, a la persona más adecuada para cada puesto en la nación, con base en el Coeficiente de Habilidad, pero había más que eso. Además de la capacidad básica, se consideraba la experiencia. Y un hombre que había hecho un trabajo superlativo en su trabajo el año anterior tenía buenas posibilidades de conservarlo, aunque otro, recién salido de la escuela, tuviera un Coeficiente de Habilidad más alto. Pero esto no siempre era así. La selección se hacía

frecuentemente de acuerdo con la posición y el nivel alcanzado en la jerarquía laboral, y la permanencia contaba más, particularmente si uno tomaba cursos de refuerzo en su campo para mantenerse al día con los últimos avances.

Su coche giró bruscamente hacia el carril intermedio, luego al más lento, para salir enseguida a una calle lateral. Después de medio kilómetro, tomó un camino aún más estrecho y en pocos instantes entró en la zona de aparcamiento del edificio administrativo de la ciudad universitaria. Se detuvo frente a los ascensores y Ted Swain pulsó el botón de la puerta para salir. Dijo en la pantalla del coche: «Retirado», y el coche se deslizó para estacionarse solo hasta que las computadoras lo llamaran para otro pasajero.

Ted se dirigió a los ascensores que conducían a los apartamentos en las plantas superiores del rascacielos de 110 pisos, revestido de aluminio y con dos torres. Englebrecht vivía en la segunda torre, al igual que muchos otros profesores de alto rango y jefes de departamento. No todo el profesorado de la escuela optó por quedarse en la residencia, en el ambiente algo estéril del edificio ultramoderno, pero la mayoría lo hizo. Había en ello cierto elemento de estatus social.

Ted miró la pantalla del compartimento y dijo: “Theodore Swain quiere ver al académico Englebrecht, apartamento 355, torre dos”.

“Su identificación, por favor”, dijo la pantalla con su voz mecánica.

Ted ya había sacado su transceptor de bolsillo de la chaqueta. Abrió la tapa y lo acercó a la pantalla, revelando su número de identificación: S-204-121645M.

“Lo esperan”, dijo la voz y el ascensor comenzó a subir, acelerando a un ritmo constante, pero no demasiado rápido para su comodidad.

Se desaceleró lentamente, se detuvo y luego se desvió hacia un lado, a un ritmo mucho más lento.

Se detuvo nuevamente y la puerta se abrió y la pantalla decía: “Apartamento 355”.

Ted salió y entró en las habitaciones del académico Engjebrecht. Hacía tiempo que no estaba allí y, una vez más, el lujo absoluto del lugar lo impresionó profundamente.

Se quedó allí un momento, esperando, y poco después entró un joven, muy enérgicamente. Iba vestido de forma imaculada, aunque bastante conservadora, con pantalones cortos marrones a medida, una camisa a cuadros sin cuello, reforzada con una corbata byroniana, y una chaqueta sin solapas ni bolsillos. Sus zapatos eran marrones y muy serios; probablemente importados de Gran Bretaña, decidió Ted. Era un tipo pálido, enérgico, con cierta cualidad altanera. Vestía un Van Dyke suave, tenía los labios demasiado rojos,

y Ted Swain sospechó que era un bicho raro. Supuestamente era uno de los secretarios de Englebrecht y vivía en las habitaciones del académico, lo que dio lugar a las opiniones sarcásticas de Ted sobre su director de tesis. Englebrecht era un soltero de toda la vida.

El nombre del secretario era Brian Fitz, y dijo: "Ah, el doctor Swain, ¿no?"

Ahí estaba, el toque arrogante. Fitz sabía perfectamente que era Swain; el ascensor le había avisado automáticamente de la llegada de Ted. Además, ya se conocían.

—Así es, Fitz —dijo Ted—. El académico me llamó hace una hora diciendo que quería verme.

Fitz hizo un gesto con la mano para que lo siguieran y se giró para guiarlos, diciendo por encima del hombro: «Claro. Está en su santuario de escape».

Ted siguió al otro por un pasillo alfombrado. En las paredes había varias pinturas que sospechaba que deberían haber estado en el museo de la ciudad universitaria. Bueno, Englebrecht no era el único miembro de la alta dirección del profesorado que lo hacía. La excusa siempre era que no había espacio para colgarlas en el museo y, de lo contrario, estarían acumulando polvo en los sótanos. En una ocasión, de joven, Ted Swain participó en una excavación en México

y regresó orgulloso con varios excelentes ejemplares de cerámica de Chipícuaro, una máscara de cerámica y dos figurillas. Por supuesto, las había donado al museo de la escuela, y más tarde se sintió un poco desilusionado al ver los artefactos precolombinos expuestos en la casa del director del departamento de arqueología.

Se detuvieron frente a una enorme puerta de madera y Brian Fitz murmuró suavemente: "El doctor Swain, señor".

La mampara de la puerta decía: "Pase", y la puerta se abrió.

Ted Swain quedó impresionado, una vez más, con la magnificencia de la habitación.

Franz Englebrecht estaba sentado detrás de un escritorio impresionantemente repleto de papeles y carente de televisión, teléfono, amplificador de biblioteca o cualquier otro dispositivo electrónico de los actuales.

Muy impresionante, pensó Ted.

El otro no se molestó en ponerse de pie para estrecharle la mano. Sonrió radiante y dijo: «Excelente, Swain. Debo decir que eres puntual».

"Buenos días, señor", dijo Ted. "Tiene toda la razón, soy puntual", pensó. "Usted también sería puntual si hubiera estado esperando esto casi una década". Su mirada recorrió la habitación de nuevo.

Era una sala de escape diseñada por alguien que no sabía ahorrar ni se esperaba que supiera hacerlo. Era grande y cuadrada, y el techo era muy alto. Había tela rosa de pelo suave en los zócalos, persianas venecianas de metal blanco y cortinas de damasco dorado en las ventanas, y paneles de secuoya en la única pared que no estaba forrada con estanterías de libros con ricas encuadernaciones tras un cristal. Un soporte circular de secuoya en una esquina sostenía un enorme globo terráqueo. Entre dos ventanas se encontraba el enorme escritorio donde se sentaba el académico. Sostenía una lámpara de bronce mate.

Englebrecht vio la expresión en el rostro de su visitante y rió entre dientes. «El rango tiene sus privilegios, muchacho, incluso en una sociedad colectivista. Verás, para sacar el máximo provecho de nosotros, los altos ejecutivos, necesitamos instalaciones que no requieren nuestros superiores».

“¿Llamarías a esto una sociedad colectivista?”, preguntó Ted.

Claro que sí. No se me ocurre un término más apropiado. Algunos la llamarían socialista, pero prácticamente todos los países que quedan en el mundo se consideran socialistas, y casi dos de ellos difieren. El término es demasiado flexible. Abarca desde el complejo soviético hasta el norte de África, que sigue siendo principalmente una sociedad agraria y musulmana.

El hombre mayor miró a su secretario. «Supongo que es demasiado temprano para tomar algo», dijo. «Brian, ¿podrías prepararnos un café al doctor Swain y a mí?».

—Oh, sí, señor. —Se dio la vuelta rápidamente y se fue a preparar la bebida en la pseudococina.

—Siéntese, Swain, muchacho —dijo el director. Volvió a sonreír alegremente, para disgusto de su visitante.

Ted Swain se sentó en una silla de cuero frente al escritorio de su anfitrión. «No hace falta decirlo, académico Englebrecht, me alegró mucho recibir su llamada».

—Claro, claro. Te he tenido vigilado durante mucho tiempo, muchacho. Llevo años dándole vueltas a tu vida.

Ted Swain intentó disimular el escepticismo en su rostro y esperó tener éxito. El disimulo no era su punto fuerte.

"Muy amable de su parte, señor."

La inspiración me llegó anoche. Para ser sincero, consulté los bancos de datos para ver si alguno de mis otros candidatos podría estar mejor cualificado para la investigación. —Le sonrió con cariño a Ted Swain—. Ninguno se acercaba ni remotamente a tus cualificaciones.

—Bueno, gracias, señor. Pero, bueno... ¿cuál es esa tesis?

Englebrecht infló ligeramente las mejillas, como si estuviera a punto de sorprender a su interlocutor. «Es usted un estudioso empedernido de Henry Lewis Morgan y Bandelier».

“Por supuesto que lo soy.”

Muy bien, claro, claro. Ambos, en el siglo XIX, se especializaron en los clanes primitivos que constituían la base de la sociedad en el Neolítico.

—Gens —murmuró Ted—. Los llamaban gens.

—Claro, claro —dijo el otro, dándose una palmadita en la rodilla—. ¿Sociedad comunal, eh? La familia, el clan, la tribu.

No fue exactamente como lo hubiera dicho Ted Swain.

Englebrecht dijo: “¿Conoce usted las actuales comunas que están surgiendo por todo el país como hongos después de una lluvia?”

Ted lo miró con la mirada perdida. «Bueno, he oído hablar de ellas. No he tenido la oportunidad de ver ni investigar el fenómeno».

Englebrecht sonrió radiante. «Lo harás, muchacho. Tu tema será una comparación de las comunas actuales con las comunas primitivas de la sociedad antigua».

Capítulo III

Ted Swain lo miró fijamente. "¿Qué posible conexión podría haber?"

Englebrecht estaba impaciente. «Mira, muchacho, si no te interesa esta investigación...»

Ted dijo apresuradamente: "Oh, no es que... el concepto es simplemente nuevo para mí".

—Por supuesto. Sin embargo, debe admitir que, según Morgan y Bandelier, la sociedad primitiva era comunal. Basada en la familia, en lo que equivalía a una forma temprana de comunismo. No existía la propiedad privada. A menudo, incluso las mujeres eran propiedad común.

El hombre obviamente no tenía ni idea de lo que hablaba. Ted dijo con desesperación: «Pero las comunas actuales no

están compuestas necesariamente por familias emparentadas, y aunque quizás algunas practiquen la propiedad comunitaria, esa no es necesariamente la regla. Es... bueno, es prácticamente imposible comparar estos desarrollos modernos de la vida comunitaria con lo que existía en el Neolítico».

Englebrecht sonrió con suficiencia. "¿Estás seguro?"

Ted Swain lo miró fijamente otra vez.

Englebrecht dijo: "Entiendo que usted mismo vive en lo que equivale a una comuna".

¿El hombre estaba completamente feliz?

—Es cierto —dijo el académico, con un gesto de su mano regordeta— que no es una sociedad de clanes. ¿Cuál es la idea básica del pueblo al que se han retirado?

Ted dijo con tristeza: «Quizás 'retirado' sea válido, pero nunca lo consideré una comuna. Somos una comunidad de posiblemente mil solteros».

"¿Solteros?", dijo el otro triunfante, como si hubiera ganado un punto revelador.

Pues sí. Ninguno de nosotros está casado, aunque algunos viven juntos. Tenemos aproximadamente ochocientas casas con un centro comunitario. La mayoría somos personas

como yo: estudiantes, algunos con trabajos artísticos, hombres y mujeres solteros, que tienen trabajo pero quieren privacidad en su tiempo libre. Ese tipo de cosas. Pero yo no lo llamaría una comuna.

Se sentía un poco desesperado. Esto se desmoronaba a cada minuto. El hombre era plano, no tenía ni la más remota idea de cómo giraban las cosas. ¿Cómo demonios podía mantener un departamento en una importante ciudad universitaria?

—De acuerdo, muy bien, por supuesto. Su comuna, huyendo de las pseudociudades, prioriza a los solteros. Otras priorizan a los dobles... —Englebrecht rió lascivamente—... de cualquier sexo. Algunos con hijos, otros sin ellos. Otras son las llamadas familias extensas, donde cada hombre está casado con cada mujer y los hijos son hijos de todos. Y, me permito afirmar, ¿no es esa la sociedad comunal del hombre más primitivo?

No sabía de qué estaba hablando, y ahí estaba él, el jefe del maldito departamento, se dijo Ted Swain una y otra vez.

Ted dijo, con cuidado: «Bueno, algo así. Sin embargo, aunque no es mi tema, no creo que muchas de estas comunas actuales se basen en la familia extensa. Suelen basarse en una comunidad de intereses».

"¿Qué quieres decir?"

Bueno, por ejemplo, se está formando una nueva comunidad móvil en una zona de acampada cerca de donde vivo. No he estado allí, pero he oído hablar de ella. Ya hay unas doscientas caravanas y otras casas móviles. Su, digamos, tema, son las artes. Es una colonia artística móvil. Hay que ser artista o tener un gran interés por las artes. Entiendo que otras comunidades móviles podrían estar formadas solo por personas mayores, y otras por deportistas que llevan su comunidad de un evento deportivo a otro.

Ted Swain lo pensó un momento y luego continuó: «En la zona que antes llamaban Vermont, conozco una comuna agrícola. La agricultura moderna no es práctica en esa zona, como sabemos, así que no tuvieron dificultad en obtener el permiso del Congreso de Producción para ocupar varios miles de acres. La cultivan a la antigua usanza, incluso usando caballos y mulas en lugar de maquinaria. Supongo que se podría decir que son jardineros glorificados, más que agricultores, pero esa es su afición y ese es el lema de su fundación».

Brian Fitz entró con las tazas de café humeante, sirvió primero al académico y luego a su invitado.

Englebrecht decía: «Claro, de acuerdo. Muy bien. Eso es exactamente lo que queremos. Tu tarea será buscar estas diversas comunas y averiguar todo lo que haya que saber sobre ellas. Consigue tu material y luego compáralo. Podrías escribir varios trabajos sobre la marcha. Con el tiempo,

podrás reunirlo todo y escribir tu tesis, digamos de unas doscientas páginas, comparando las comunas antiguas con las actuales. ¡Amigo, te garantizo que te graduarás!».

Una pequeña luz roja se hizo evidente en el escritorio del académico y frunció el ceño.

¡Maldita sea! ¿Acaso un hombre no está a salvo de ser interrumpido en su propio santuario de escape? Mira quién es, Brian.

El secretario salió apresuradamente

Ted Swain fruncía el ceño levemente al ver los patrones de luz solar en el suelo. Finalmente, preguntó: "¿Qué tipo de material tenías en mente?"

Su anfitrión se frotó las manos regordetas con satisfacción. «Todo, muchacho. Averigua todo: qué los motiva, cuáles son sus objetivos. Investiga su economía...».

¿Economía? ¿Qué economía? Prácticamente todos reciben la Renta Universal Garantizada, igual que el resto de nosotros. Una de las razones por las que se agrupan en estas comunas es que no les dan trabajo y se unen, refugiándose en sus propias aficiones o placeres.

Brian Fitz volvió a entrar en la sala, seguido de otro hombre. Dijo: «El académico Dollar, señor».

Franz Englebrecht se puso de pie, radiante, con la mano extendida. «Ah, George. Un placer verte».

Ted Swain también se puso de pie. Nunca lo había conocido, pero lo había visto en programas de televisión en alguna ocasión. George O. Dollar era el director de los Bancos Nacionales de Datos de esta región, un puesto de gran importancia. Con la redistribución de los antiguos cincuenta estados en regiones más razonables y fáciles de administrar, un director de una sección regional de los Bancos Nacionales de Datos era un rango impresionante.

El recién llegado era del mismo molde que Englebrecht. Es decir, rondaba los sesenta, tenía sobrepeso en una época en la que pocos se permitían tenerlo, vestía de forma conservadora y solía tener una expresión que, en otros tiempos, se habría considerado la de un político.

Dollar se inclinó sobre el escritorio y estrechó la mano de Franz Englebrecht. «Deberíamos reunirnos más a menudo. Estaba por aquí y no pude resistirme a pasar». Miró a Ted Swain con aire interrogativo. «Espero no molestar».

—Para nada, para nada, George. Te presento al doctor Theodore Swain, uno de los candidatos bajo mi tutela para el grado académico.

George Dollar estrechó la mano de Swain y él y Ted murmuraron las cortesías habituales mientras Fitz acercaba una silla para el recién llegado.

Dollar rió con amabilidad. "¿Un académico, eh? Bueno, te diré que con los nuevos métodos de enseñanza se están otorgando tantos títulos que no me sorprendería que, en un futuro próximo, el Gremio de Educación inventara uno más alto, aún más difícil de conseguir". Volvió a reír, con desdén. "Entonces tendríamos licenciatura, maestría, doctorado, académico..." Miró a su amigo. "¿Cómo podríamos llamar al siguiente, Franz?"

—Zoroastro no lo quiera —dijo Englebrecht jovialmente, volviendo a sentarse—. Me costó mucho llegar a académico. No fue tan fácil como hoy, ya que estábamos en apuros, ¿verdad, George?

Ted Swain dijo: "Hoy en día tampoco es tan fácil".

El jefe del banco de datos lo miró. "¿Cuál es el tema de su tesis, doctor Swain?"

Ted Swain dijo con tristeza: "Contrastes entre comunas primitivas y modernas".

Fascinante. Tengo muchas ganas de verlo cuando lo publiques.

—Muy amable de su parte —murmuró Ted.

No, lo digo en serio. Será invaluable para mí. Estoy ansioso por incluir una obra como esa en los bancos de datos.

Ted lo miró. "¿Quieres decir que es una buena idea?"

Desde mi punto de vista, sin duda lo es. Nuestra cobertura del fenómeno comunal es una farsa. Cualquier información adicional que podamos obtener será muy bienvenida. Y quizás impulse a otros a profundizar en ello. ¿Qué aspectos de la cultura comunal iban a investigar?

Ted se removió ligeramente en su silla. —Eso era justo lo que estábamos discutiendo cuando entró, señor.

Englebrecht miró al recién llegado. "¿Alguna sugerencia, George?"

El otro hizo una mueca pensativa. "Pues sí. Y si el doctor Swain me contacta más tarde, tendré más. Pondré a algunos de mis muchachos a ello". Se volvió hacia Ted, quien ahora se sentía mucho mejor con todo el asunto. "Las comunas difieren radicalmente, sin duda lo sabes. Es difícil encontrar dos que sean básicamente similares. Cada una tiene un tema diferente... Ahí estaba esa palabra otra vez. «Cada una, eh, se va al infierno a su manera. Y casi todas cooperan muy mal con los Bancos Nacionales de Datos y con las estadísticas en general. La mayoría parece estar en una revuelta hosca contra los bancos de datos».

Hizo un gesto con ambas manos, como si estuviera desesperado. «Nuestra civilización se basa en bancos de datos y computadoras. ¿Cómo podemos servir a esta gente si no nos mantienen informados?»

Frunció los labios pensativo y ladeó ligeramente la cabeza. «Casi cualquier dato sobre la composición de estas comunas nos resulta valioso: su *razón de ser*, sus objetivos, su composición, en cuanto a grupos de edad, sexos, creencias políticas y...».

“¿Creencias políticas?”, dijo Ted.

Sí, claro. Un número cada vez mayor de comuneros ni siquiera participa en las elecciones civiles. La mayoría no puede participar en las elecciones gremiales porque no tiene trabajo, pero tampoco se molesta en votar en las elecciones civiles. Dicho sin rodeos, son anarquistas.

Ted Swain miró al encargado de los bancos de datos. «En nuestro sistema, nadie está obligado a votar. Ni, por cierto, a presentar estadísticas sobre sí mismo para su expediente en el banco de datos».

Es cierto, aunque no estoy seguro de que no debieran existir tales requisitos. Por el bien de cada persona, ¿entiendes? Por ejemplo, tu historial médico. En teoría, desde tu nacimiento —incluso antes, ya que tenemos los registros de tus padres y, a menudo, de tus abuelos—, cada

informe sobre tu salud, cada vez que consultas con un médico, se archiva. Supongamos que resides en la zona este de nuestro país, pero viajas a la Costa Oeste y sufres un accidente. En cuestión de segundos, el médico que te atiende puede tener tu historial médico completo.

—Es cierto —asintió Ted—. Pero, por otro lado, cualquier agente de Seguridad Nacional que te arreste también tiene un historial completo de tu carrera criminal.

Englebrecht rió con desdén. "¿Por qué no? ¿Quién tiene antecedentes penales hoy en día?"

“Algunos de los que viven en las comunas más alejadas”, respondió Dollar con ironía. “Puede que la delincuencia sea mínima hoy en día, desde que hemos prescindido del dinero, pero aún hay alguna, generalmente de psicópatas. Los bancos de datos deberían tener registros, incluso de los criminales, por el bien del criminal. ¿Cómo se le puede tratar si no sabemos qué le pasa?”

Dollar fruncía los labios. Dijo: «Se me ocurre, doctor Swain, que está en una posición ideal para realizar su investigación. Será mucho más eficiente que los representantes de los bancos de datos. No sospecharán de usted. Puede fingir que desea unirse a ellos. Está en el grupo de edad más favorable, no tiene trabajo actualmente, es soltero; en resumen, un recluta ideal para cualquiera de las mil o más de estas comunas».

Englebrecht sonrió radiante. «Claro, claro», dijo. «Justo lo que tenía en mente».

Lo discutieron más a fondo, y ambos hombres mayores hicieron sugerencias sobre qué debería buscar Ted en su investigación. Ambos exigieron que se mantuviera en contacto con ellos y les permitiera revisar sus primeros artículos. Ambos pensaron que tendrían más sugerencias después de reflexionar un poco.

Cuando Ted se fue, el otro visitante se quedó, obviamente para charlar de los viejos tiempos. Dos compinches de sesenta años, reviviendo su juventud.

En el ascensor, de regreso al aparcamiento en los sótanos del edificio de administración, Ted se preocupaba por ello. Tenía la terrible sensación de que, a pesar de cómo había ido la conversación, Dollar ya sabía de su propuesta de tesis antes de entrar. Que su visita y encuentro accidental con Ted era un montaje, ensayado de antemano.

Para empezar, ¿cómo sabía George Dollar que Ted Swain estaba desempleado y soltero? Nadie había mencionado esos hechos, aunque Englebrecht los conocía.

El problema era que no tenía sentido. ¿Qué posible razón podrían tener los dos para convencerlo de que investigara las comunas?

Capítulo IV

Cuando regresó a su casa en la comunidad de West Hurley, recibió una bofetada en la cara.

Ted Swain era soltero. Nunca se había casado. Como suele ocurrir con los solteros, mantenía su establecimiento impecable. Todo estaba en su sitio, todo estaba inmaculado. Era motivo de asombro para sus visitas femeninas, que solían esperar camas deshechas, vasos y platos sucios, suelos sin barrer y demás. Pero no en el de Ted Swain.

Así fue como, al entrar, supo casi de inmediato que el lugar había sido saqueado. El trabajo se había hecho con pulcritud, y obviamente quienquiera que hubiera registrado la casa se había esforzado por disimularlo. Pero no se lo podía ocultar a Ted Swain. Un lápiz de escritura, que siempre guardaba a la derecha de su escritorio, estaba a la izquierda. Un archivo

con sus notas no estaba exactamente en el mismo orden en que lo había dejado. Había otras discrepancias.

No parecía faltar nada, absolutamente nada. Pero ¿qué podía faltar? No tenía nada que valiera la pena robar. Los delitos menores y los robos eran prácticamente desconocidos en aquella época. ¿Para qué robar cuando la Renta Universal Garantizada te proporcionaba todo lo que necesitabas?

Desconcertado, marcó el Banco Nacional de Datos y solicitó un informe sobre quién había sido registrado en la pantalla de identificación de su puerta ese día. Las computadoras archivaban automáticamente dicha información. Era muy útil si querías saber quiénes habían visitado tu casa mientras estabas fuera.

Sólo pudo quedarse mirando cuando el NDB le informó que su pantalla de identidad no había registrado a nadie.

Deambuló por la casa con el rostro contraído por la incredulidad. El intruso no podía haber entrado por las ventanas; se cerraban automáticamente al salir, a menos que las configurara de otra manera. El cristal era irrompible, o casi, así que daba igual. Y no estaban rotas. La única entrada era por la puerta principal o por la trasera, que daba a su jardín de rocas de estilo japonés. La puerta trasera también estaba cerrada con llave y tenía una pantalla de identificación.

Era simplemente imposible. Sabía que la casa había sido registrada, pero quién y con qué fin, simplemente era incontestable. Era un erudito universitario; no tenía secretos, nada de valor más allá de unos pocos recuerdos familiares, sin significado para nadie más.

Él se rindió.

El estimulante que había tomado esa mañana para estudiar había pasado, pero no tomó otro. Se acercaba la hora del almuerzo.

Sin embargo, no pudo resistirse a una rápida aproximación inicial a su tema. El entusiasmo de los dos hombres mayores había disipado algunas de sus dudas iniciales. Si el director local de los bancos de datos creía que una disertación sobre las comunas era lo ideal, ¿quién era Ted Swain para negarse? Se sentó ante la pantalla de su biblioteca.

Le costó localizar al sujeto. Bueno, no era la forma correcta de decirlo. En realidad, había tan poco que localizar que no podía creerlo.

Los Bancos Nacionales de Datos supuestamente contenían toda la información disponible. Todo comenzó a finales de la década de 1960, cuando New Haven consolidó los archivos de la ciudad sobre individuos en un único banco de datos abierto a todas las agencias municipales. Y el Condado de Santa Clara, en California, ingresó a todos los residentes del

condado en un banco informático, registrando edad, dirección, registro de nacimiento, licencia de conducir, estatus de votante y jurado, propiedades, ocupación, salud, bienestar social y antecedentes policiales.

El Gobierno Federal no se quedó atrás. En 1968, el Servicio de Impuestos Internos (IRS) comenzó a utilizar computadoras para recaudar el impuesto sobre la renta, y había mucha más información en los formularios de impuestos sobre la renta que la relativa a los ingresos por sí solos. Añadir información de la seguridad social a estos datos obviamente tenía sentido, así como material de la Oficina de Estadísticas Laborales y la Comisión de Servicio Civil de EE. UU., que ya contaba con expedientes de casi todas las personas que habían solicitado empleo federal desde 1939. Luego se añadió la información de la Oficina del Censo, los registros militares del Departamento de Defensa y, finalmente, los archivos del FBI. Una vez que los registros del FBI se incorporaron a los bancos de datos, pronto les siguieron los del Comité de Actividades Antiamericanas de la Cámara de Representantes y los de la CIA. Parte del material era, por supuesto, de acceso restringido y solo estaba disponible para los funcionarios competentes.

Hasta ese momento, todos estos registros habían sido federales, pero la adición de los archivos del FBI y de otras policías tuvo tanto sentido que la policía local de cada estado, ciudad y pueblo cooperó y pronto se llegó a tener un registro criminal nacional de prácticamente todos los

habitantes del país, incluso cuando el registro de un individuo pudiera consistir en nada más que una infracción de tráfico.

Pero eso fue solo el comienzo. Pronto se añadió la información médica. Al mismo tiempo, otro elemento fue la utilización de los bancos de datos informáticos: las universidades, las bibliotecas, los periódicos y otros depósitos de conocimiento humano. Desde el principio, comenzaron a cooperar en el almacenamiento de información. Pronto se creó un gigantesco banco de datos de libros, enciclopedias, depósitos de periódicos; desde las obras de Einstein hasta el *Libro de Cocina* de Escoffier. El gran paso se dio cuando se decidió incluir la Biblioteca del Congreso y, unos años más tarde, mediante un acuerdo especial de intercambio en colaboración con el Gobierno de Su Majestad, la Biblioteca del Museo Británico.

Finalmente, este material educativo se combinó con la información del Gobierno Federal sobre cada ciudadano y todo se incorporó a los Bancos Nacionales de Datos. El proyecto había comenzado en serio. Todos los periódicos, revistas, libros y folletos publicados en el mundo, en todos los idiomas escritos, fueron digitalizados para computadora y archivados, tanto en su versión original como en su traducción.

A la par de estos avances se encontraban los de la banca y el crédito: la tendencia hacia una sociedad sin efectivo ni

cheques y la cuenta de crédito universal. La computadora, junto con el teléfono portátil de bolsillo con televisión, posibilitó un sistema nacional de crédito que eliminaba el dinero, en el sentido tradicional de la palabra. Los ingresos de una persona se adicionaban a su cuenta. Al colocar su transceptor de bolsillo en la pantalla de pago de cualquier tienda, restaurante, transporte público o cualquier otro lugar, se sustraía el importe requerido.

Sí. Todo, por insignificante que fuera, estaba en los bancos de datos. ¿Por qué no? Había espacio infinito. Las primeras tarjetas perforadas habían sido reemplazadas por cintas magnéticas, y estas, a su vez, por métodos mucho mejores para almacenar la información que inundaba las bases de datos. La *Enciclopedia Británica* podía comprimirse en un área no mayor que una moneda de cincuenta centavos. Entonces, ¿por qué no almacenar todo, toda la información acumulada?

Pero lo que Ted Swain tenía ante sí era que había muy poco, sorprendentemente poco, sobre la cultura comunal moderna, si es que así se la podía llamar.

Imaginó que su obra debería incluir al menos un capítulo sobre la historia de la comuna, para rastrearla hasta sus orígenes más remotos. La idea se remontaba a *La República de Platón* y *La Utopía* de Moro. Pero no era exactamente así. Ambas eran ficticias.

Sin embargo, pensó, frunciendo el ceño ante la pantalla mientras indagaba una y otra vez, tratando de rastrear la pequeña información que estaba disponible, había números reales equivalentes de la comuna moderna en los movimientos cooperativos del siglo XIX, la mayoría de ellos basados en el socialismo utópico temprano.

Sí, podría encontrar toda la información que necesitaba para un capítulo o dos sobre los antecedentes del movimiento comunal moderno. Y no tendría ningún problema con las comunas primitivas. Estaba tan al tanto del tema que apenas tendría que investigarlo.

¡Pero sobre el actual no había prácticamente nada! Con razón Dollar estaba tan interesado en que siguiera adelante.

Oh, había algo de material, la mayoría no aplicable a su estudio, como él lo veía en ese momento; artículos y folletos sobre cómo organizar una ciudad móvil; cómo establecer un autogobierno local para ella; una asamblea, un comité central, una unidad de bomberos, un hospital comunitario móvil, etc. Hacían hincapié en la necesidad de una comunidad de intereses adecuada. Había, notó, incluso una ciudad arqueológica móvil, completa con un pequeño museo móvil. Evidentemente iban de excavación en excavación, por toda América del Norte, a veces realizando excavaciones propias cuando podían obtener permiso. A Ted Swain se le ocurrió que sería una comuna a su gusto. Pero no; quería ser un profesional, no un aficionado.

Le rugía el estómago. Apagó la televisión y miró al frente, preguntándose qué hora sería. Había perdido la noción del paso de las horas. Estuvo sentado allí hasta casi la hora de cenar, sin nada en el estómago salvo los huevos que había preparado para él y para Martha, o Marsha, o como se llamara, esa mañana.

Bueno, pensó que no tenía tiempo de llamar al ultramercado para pedir los ingredientes para cocinar una comida decente. Iría al restaurante. Se puso de pie, bostezando y frunciendo el ceño. La verdad era que esto no era algo que se pudiera investigar en los bancos de datos. Tendría que hacer trabajo de campo.

¿Por dónde demonios iba a empezar? Ni siquiera parecía haber listas de las distintas comunas. Evidentemente, iban y venían a tal ritmo que ningún registro podría conservarse. Se desplazaban. Un comunero podía estar en una comuna local de Nueva Inglaterra un día y viajar a una en la península de Florida al siguiente. O, en realidad, toda la comuna podía hacer ese traslado.

Se dirigió a la sala y a la puerta. Ese cabrón de Englebrecht no tenía ni la menor idea, cuando se le ocurrió esta idea, de lo que implicaba. Ted sospechaba que literalmente decenas de millones de estadounidenses vivían en los diversos tipos de comunas; fugitivos de la vida ordinaria bajo esta supuesta utopía, la sociedad de ultrabienestar que se había desarrollado en el último cuarto de siglo.

¿Decenas de millones? Por primera vez, se dio cuenta de que más del noventa por ciento de la población de Estados Unidos vivía según lo que en realidad era la norma: la Renta Universal Garantizada. Era a partir de esta enorme cantidad de gente que se estaban formando las comunas.

Los edificios comunitarios de West Hurley estaban a aproximadamente un kilómetro de la casa de Ted Swain. Los habitantes del pueblo valoraban la privacidad por encima de todo y sus casas no estaban amontonadas. La sola idea de vivir en un rascacielos junto con miles de personas más le helaba la sangre a Ted Swain.

No se molestó en pedir un coche, ya que nunca lo hacía si podía caminar. Un estudiante de tiempo completo podría arruinarse rápidamente si no aprovechara cada oportunidad para hacer ejercicio.

En la piscina, las canchas de tenis e incluso la cancha de jai alai se estaba disfrutando de la tarde. Ted saludó a varios conocidos, pero siguió adelante hasta el restaurante, que encontró prácticamente vacío.

Mike Latimer estaba sentado en la barra, tomando una copa. Cuando Ted se sentó a una mesa, tomó su vaso y se le acercó.

Él dijo: "¿Sabes lo que ha desaparecido de este mundo nuestro?"

—No —dijo Ted, levantando la vista del menú colocado sobre la mesa—. ¿Qué?

El camarero, eso es. Antes, un bebedor bienintencionado podía entrar en un bar y pasarse la tarde contándole todos sus problemas al sufrido camarero. Y el camarero tenía que escuchar. Era un riesgo laboral. Ahora todo está automatizado. Se sentó frente a Ted Swain.

Ted dijo: "Siempre puedes hablar con un amigo".

No, no es eso. No entiendes la situación. Si estás bebiendo con un amigo, quiere contarte *sus* problemas, no escuchar los tuyos. El camarero tradicional nunca te contó sus problemas, solo escuchó *tus* penas con compasión.

Ted rió entre dientes. Mike era delgado, amable, guapo, de cabello y cejas oscuras y con una hermosa voz. Todo encajaba con su oficio. Era comentarista de noticias de televisión, especializado en la zona, noticias locales y chismes locales. Tenía un sentido del humor brillante y era popular. Le gustaba su trabajo, y como sus oyentes lo apreciaban, lo reincorporaban al trabajo una y otra vez los días de asignación. Era uno de los pocos en West Hurley que tenía empleo.

Ted recorrió el menú con el dedo y pidió un filete de ballena, acompañado de verduras y ensalada. Tenía un hambre voraz. Puso su transceptor en la pantalla de pago,

marcó el menú, se recostó y miró pensativo a su compañero de mesa.

Tiró del lóbulo de su oreja derecha, que ya era bastante grande como para no necesitar estirarse, y dijo: "Sabes, se me ocurre que eres justo el hombre que necesito".

Mike Latimer fingió una mueca. "¿Así que has llegado a eso, eh? Te has vuelto raro. Bueno, no, gracias. Me gustan las chicas".

¿No lo sabe todo el mundo? Has metido la pata prácticamente en todas las fregonas del pueblo. Lo que quería decir es que si alguien supiera algo sobre las comunas de esta zona, ese serías tú.

¿Comunas? ¿Las comunas?

El académico Englebrecht me propuso un tema para mi tesis. Quiere que escriba mi libro sobre una comparación entre las comunas prehistóricas y las modernas.

Mike lo miró con curiosidad. "Creía que tu especialidad era la sociedad antigua".

Lo es. Esto es un nuevo punto de partida para mí. Prácticamente no hay nada en los bancos de datos sobre las comunas modernas, algo que me deja perplejo. ¿Cómo es posible que algo tan grande como lo son actualmente no tenga datos sobre ellas?

Mike Latimer dio un trago a su bebida. "Son desertores", dijo. "Son inadaptados a esta cultura. Algunos están resentidos. A otros les da igual. Pero no tienen intención de vivir como nosotros. Quieren hacer lo suyo, que la sociedad no los moleste. Así que contribuyen lo menos posible a las estadísticas que recopilan los bancos de datos".

Ted Swain dijo: "¿Te refieres a todos ellos?"

No, no todos. West Hurley, esta, es un tipo de comuna. Quizás menos alejada que la mayoría, pero una comuna de gente soltera, mayoritariamente joven, interesada en mucho toqueteo, muchos deportes, mucho entretenimiento. Pero no hay muchos verdaderos rebeldes entre nosotros. De hecho, somos más bien conservadores, en comparación con otras comunas. Cooperamos con las autoridades, incluyendo los Bancos Nacionales de Datos, votamos en las elecciones municipales, nos llevamos bien con todo el mundo. Pero no vivimos en apartamentos en una de las seudociudades; hemos abandonado las ciudades.

Mike lo pensó un momento antes de añadir: «Sospecho que esto de la comuna es considerablemente más grande de lo que se ha dicho. Y sospecho que va a crecer aún más. En cierto modo, se podría decir que Robert Owen vive».

“¿Robert Owen?”

"¿Nunca has oído hablar de él? Un reformador británico de principios del siglo XIX. Padre del movimiento cooperativo. Supongo que lo llamarías una especie de socialista utópico", dijo Mike.

El centro de la mesa se desplomó y luego regresó con la comida de Ted. Tomó su servilleta y cubiertos y dio el primer bocado con el tenedor.

Dijo: «Conocí a George Dollar en el apartamento de Englebrecht. Estaba entusiasmado con el proyecto. Me dio la impresión de que creía que las comunas se estaban descontrolando».

Mike se sorprendió. "¿Dollar, eh? ¿Te apoya?"

En la medida de lo posible, evidentemente. Por lo que dijo, le gustaría ver más información sobre las comunas en los Bancos Nacionales de Datos. No parece que hayan tenido mucha suerte consiguiendo información de ellas.

Mike gruñó. "Ya entiendo por qué. Supongamos que quisieras información sobre esa nueva colonia artística móvil que se está formando cerca de Saugerties. Supongamos que enviaras a un hombre, haciéndose pasar por artista, a curiosear. ¿Cuánto tiempo crees que pasaría antes de que supieran con certeza que no era un artista?"

Cortó un bocado del filete. Como siempre, estaba buenísimo. Marsha tenía razón; el autochef nunca fallaba.

Sin embargo, *aún* conservaba su prejuicio infundado contra la cocina automatizada.

Ted dijo: “¿Por qué no enviar a un hombre que no fuera artista?”

Porque si un hombre ha sido seleccionado por las computadoras para un puesto en los Bancos Nacionales de Datos, no es un artista. Es un experto en datos, ¿y cuántos estadísticos distinguen una punta de un pincel de la otra?

Ted dijo: «Bueno, evidentemente estoy comprometido. Así que mañana empiezo a explorar las comunas de la zona. ¿Tienes alguna idea?»

"Sí, no lo hagas."

Ted lo miró con el ceño fruncido. "¿Qué quieres decir? ¿Por qué no? Es mi gran oportunidad de obtener mi título académico, hombre".

“También es tu gran oportunidad de que te den una buena patada en los dientes”.

Capítulo V

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Ted irritado.

“Mira”, dijo Mike con seriedad, después de terminar su bebida, “no estás leyendo el guion, no entiendes la situación. Esta gente no quiere que la molesten. No quieren que los investigue un títere de Dollar. Claro, no tendrás ningún problema en una comunidad de ancianos, llena de gente mayor que se ha unido para tener compañía. Pero supón que investigas una de esas comunidades juveniles donde se niegan a votar, esconden fugitivos y todo eso. ¿Cómo crees que reaccionarían si el doctor Theodore Swain estuviera husmeando y haciendo preguntas sobre todo lo que hacen?”

—Como dije, me temo que estoy comprometido —se quejó Ted—. ¿Cómo voy a localizar a algunas de estas personas?

Mike no estaba contento con él, pero dijo: "Probablemente lo mejor sea conseguir nombres y ubicaciones de las comunas que investigues. Unas te informarán sobre otras. Conozco algunas en las cercanías con las que puedes empezar. Por ejemplo, esa nueva ciudad móvil de colonias artísticas, New Woodstock. Luego está Lesbos, cerca de Kingston. Es algo así como West Hurley, aquí, solo que varias veces más grande. Luego está Walden, cerca del lago Bomoseen; es una comuna agrícola.

—He oído hablar de eso —asintió Ted—. Pensé que habrían elegido un clima mejor.

“Parece que les gusta el cambio de estación”, dijo Mike. “Hay bastantes comunas agrícolas. El regreso a la naturaleza. Alimentos naturales y todo eso. Excrementos de caballo y vaca, en lugar de fertilizantes químicos”.

—Tendré que probar al menos una —asintió Ted—. Bueno, mañana empiezo.

—Zoroastro sabe dónde acabarás —le dijo Mike con amargura—. ¿Qué te parece una copa después de cenar?

—Esta noche no es para mí —le dijo Ted—. El engullido me da sueño y tengo que pensar un poco.

"Seguro que sí", le dijo Mike Latimer.

—No te molestes, hombre —dijo Ted, poniéndose de pie. Nos vemos en el futuro.

"Espero que tengas uno", dijo Mike.

Al salir del edificio, Ted Swain se cruzó con una chica atlética que llevaba una raqueta de tenis y olía ligeramente a sudor, justo al entrar. Estaba en topless, lo que revelaba su bronceado, y lucía una sonrisa radiante que dejaba al descubierto una dentadura tan hermosa como ninguna otra que Ted hubiera visto jamás. Recordó con tristeza esa dentadura, de un compromiso anterior. Fay era propensa a morder, incluso en el clímax.

Hola, Fay, ¿qué tal?, le preguntó.

Hola, Ted. Oye, ¿tienes a alguien para esta noche? Marsha ha estado hablando de tu postura hindú, o lo que sea.

Dijo: «Esta noche no, cariño. Normalmente diría que sí, pero tengo cosas que resolver. Llama a Mike, que está allí, si necesitas que te dé un empujoncito. Parece que no tiene nada que hacer».

"Me gustan los hombres más grandes", dijo. "Voy a explorar un poco". Le sonrió al pasar al comedor. "Hombre, la cosa se está poniendo difícil en West Hurley cuando una chica tiene que rogar para tener sexo".

—Quizás las cosas mejoren más adelante —gritó mientras se daba la vuelta para irse.

De regreso a la casa, tomó algunas notas sobre lo que Mike le había contado, incluidos los nombres de las comunas que conocía.

Observó con recelo la pantalla de refuerzo de la biblioteca en su escritorio. Había planeado reanudar sus investigaciones ese mismo día, pero por alguna razón no se sentía con ánimos. Mañana sería otro día; entonces colaboraría, decidió.

Volvió a la cocina, cogió un bote de cerámica de uno de los estantes y le quitó la tapa. Solo quedaban dos trozos de dulce de hachís. Tendría que preparar otra tanda; no le gustaban los comerciales. Tomó uno y se lo comió despacio.

Ted Swain invariablemente comía su cannabis, ya sea en forma de dulce de azúcar o mermelada, ya que nunca había aprendido a fumar, o, al menos, a inhalar, lo cual era necesario para obtener cualquier efecto real al fumar marihuana.

Para cuando llegó a la adolescencia y cursó las asignaturas obligatorias sobre narcóticos y sus afines, el consumo de tabaco había disminuido drásticamente. Una vez que el afán de lucro desapareció de la producción y la distribución, y los cursos se hicieron obligatorios para todos los ciudadanos,

algunos de los viejos medios de escape de la realidad desaparecieron. No desaparecieron, sino que se esfumaron. Pocos entre las generaciones más jóvenes consumían tabaco o incluso alcohol. El cannabis, tras su legalización, se impuso para todos los que aprobaran los exámenes sobre el tema. Las drogas duras eran tan ilegales como siempre y sus fuentes estaban tan agotadas que eran prácticamente desconocidas.

Ted Swain se había sometido a sus exámenes de narcóticos y desde entonces podía comprar tanto alcohol como cannabis. No era un gran consumidor de ninguno de los dos, pero disfrutaba ocasionalmente de la evasión que ambos le ofrecían.

Regresó a su sala de estar para ver el noticiero de la noche que tanto le gustaba.

Las Naciones Reunidas aún estaban debatiendo si debía o no haber una mayor consolidación de las naciones más pequeñas que aún permanecían. Ahora que el idioma Interlingua era entendido literalmente por todos los menores de veinticinco años y también por la mayoría de los demás, no había ninguna razón por la cual las pequeñas islas, las antiguas áreas tribales y las naciones enanas no se fusionaran o posiblemente se unieran a una de las grandes unidades políticas como los Estados Unidos, la Europa Común o el Complejo Soviético.

En ese momento, Ted Swain se preguntó por qué todavía lo llamaban el «Complejo Soviético». Era tan soviético, en el sentido antiguo, como Europa o las Américas. El tiempo había transcurrido.

Evidentemente, se habían producido nuevos avances en el campo de los topos láser, que ahora excavaban hasta ocho kilómetros en la corteza terrestre en operaciones mineras. Completamente automatizados, por supuesto; los humanos no podían trabajar a esa profundidad. Bueno, pensó Swain, eso al menos significaría el fin de la alarma sobre el agotamiento de los recursos mundiales. Eso y la extracción de minerales y otros activos valiosos del mar.

Hubo un breve destello desde Denver, la nueva capital nacional. Warren Edgar, Director de las Fuerzas de Seguridad Nacional, había solicitado al Congreso Civil un aumento de 50.000 agentes de policía en su departamento.

Ted miró la pantalla con la mirada perdida. ¿50.000 agentes de policía más? ¿Para qué? Hasta donde él veía, la nación ya tenía más de los que necesitaba. Siempre había pensado que la gran cantidad de agentes de Seguridad Nacional empleados era solo un asunto más para compensar.

Había un par de artículos sobre la base lunar y Ciudad Satélite, pero estaban completamente fuera de su alcance y su importancia se le escapó.

El cannabis empezaba a hacer mella en él. Se sentía un poco drogado y decidió que había cometido un error al rechazar a Fay. Si las chicas de la comunidad querían probar algunas de las posturas sexuales más exóticas que había descubierto en sus investigaciones sobre otras culturas, ¿quién era él para negarse?

Apagó la pantalla, sacó su radiotransmisor de bolsillo y llamó a Fay. Estaba sentada en el bar comunitario, obviamente un poco nerviosa.

Ted dijo: «Hola, chica. Oye, cambié de opinión».

Ella le sonrió burlonamente. "Ah, sí, ¿eh? Genial. Pero el problema es que este pequeño visón ha encontrado a otro hombre, así que puedes ir a que te den una paliza."

—Mmm —dijo—. Vale, pero nunca sabrás cómo lo hicieron los mayas, sea quien sea. Tengo el monopolio.

"Hasta luego, camarada", se rió, y su rostro se desvaneció.

Gruñó una leve irritación y llamó a Marsha.

Marsha estaba en la cama y detrás de ella, débilmente, podía distinguir la cabeza de un hombre.

—No importa —dijo—. Sigue.

Había muchísimas otras chicas en el pueblo, claro, pero decidió que al diablo con todo y se fue a su habitación, se desnudó y se retiró. Tomó la biblioteca de su dormitorio de la mesita de noche y buscó las reseñas literarias del día. Echó un vistazo a las novelas y se decidió por una ambientada en Perú, una especie de historia de exploración y suspense.

Por la mañana, tras la rutina habitual de ir al baño y desayunar, tuvo que afrontarlo. Si quería seguir adelante con este proyecto, tenía que ponerse en marcha. Quizás Englebrecht tenía razón; alguien más podría adelantarse a él en la publicación. Con tan poco material disponible sobre las comunas, era solo cuestión de tiempo hasta que escritores, tanto académicos como no académicos, comenzaran a llenar el vacío.

Bajó la vista hacia las pocas notas en su escritorio e hizo una mueca. No sabía por dónde empezar. Bueno, una cosa era segura: si algunos de estos grupos eran tan susceptibles como Mike Latimer había dicho, no iba a poder sentarse a tomar notas a la vista de todos.

Regresó a la cocina-comedor, a su buzón de pedidos y marcó el ultramercado en los edificios comunitarios. Marcó información y preguntó: "¿Hay alguna minigrabadora disponible que pueda esconderse en la ropa y transmitirse a casa?".

Una voz metálica dijo: “No tenemos este artículo en stock, pero podemos conseguir uno en los almacenes de Kingston en diez minutos, señor”.

"Por favor", dijo Ted. Colocó su transceptor de bolsillo en la pantalla de pago para que le descontaran el importe de su saldo.

Eso le recordó que probablemente tendría más gastos de lo habitual durante las próximas semanas. Dijo en la pantalla: «Saldo, por favor, a favor de S-204-121645M».

La pantalla decía: “Tres mil cuarenta y dos pseudodólares y cincuenta y cuatro centavos”.

Bueno, eso debería ser más que suficiente, sobre todo porque le correspondía un pago trimestral de su Renta Universal Garantizada en menos de un mes. Ted Swain rara vez agotaba sus ingresos. De hecho, pocos lo hacían. Cuando no lo hacía, el saldo revertía a la nación; no existía tal cosa como dejar que se acumulara o dejarlo en testamento. El gasto excesivo era en gran medida cosa del pasado. No del todo, pero sí en gran medida. Por fin, el país había alcanzado el punto de poder producir abundancia para todos. Con ello, se había desvanecido el viejo mal de la tentación de no tener nada que envidiar a los demás. Nadie se molestaba en intentar superar las posesiones de su vecino.

Mientras esperaba la alarma, se metió en la bañera. Tiró su ropa interior, calcetines y la camisa Yucatán al vertedero, luego regresó a la cocina-comedor y se compró ropa limpia en el ultramercado, tras poner su transceptor en la pantalla de pago. La entrega fue inmediata y, para cuando se la puso, el equipo de minigrabadora ya había llegado en la caja de entrega de tubos de vacío.

Abrió el contenedor y se llevó el dispositivo y sus instrucciones a su estudio. Se sentó y leyó las instrucciones. Era bastante sencillo. El micro era diminuto y tenía un alfiler que se podía clavar en algún lugar escondido de la ropa. Evidentemente, cualquier lugar servía. Dejabas la caja de grabación sobre tu escritorio o donde quisieras. Cuando querías grabar, activabas el micro y lo que captaba se transmitía al disco de la caja.

Muy sencillo, en efecto. Lo intentó varias veces, solo para asegurarse, y quedó satisfecho con la excelente recepción. Limpió el archivo donde había estado grabando y se prendió el micrófono en la solapa interior de la chaqueta.

Listo para partir. Se marcó un biplaza eléctrico y, mientras lo esperaba, dejó un mensaje en su videoteléfono. «Me he ido un tiempo a investigar un nuevo proyecto y no tengo ni la menor idea de cuándo volveré». De hecho, cualquiera que lo deseara con urgencia siempre podía encontrarlo en su radiotransmisor de bolsillo.

Se dirigió a su puerta principal y dejó un mensaje en la pantalla de identificación para posibles visitantes. "Me voy, no sé cuánto tiempo. A investigar".

El coche se acercó zumbando a la acera y se acercó. Era casi idéntico al que había tenido el día anterior, con la excepción de que este tenía capota. No tenía ni idea de si llovería antes de regresar.

Sacó el mapa de carreteras de la guantera y recorrió la zona con el dedo. Sí, allí estaba la comunidad que Mike había mencionado, Lesbos, cerca de Kingston. Podría detenerse allí primero y, si la visita no era productiva, ir a Saugerties, donde había oído que se estaba construyendo la nueva colonia artística de la ciudad móvil.

Arrancó y salió de West Hurley, siguiendo las carreteras de superficie. No tenía prisa y disfrutaba del paisaje. Bajo tierra, era como estar en un túnel sin fin. Bien ventilado e iluminado, cierto, pero sin absolutamente nada que ver. Lo mejor que podía hacer era encender el televisor.

Ted Swain recordaba la época anterior a la construcción de las autopistas subterráneas. Las superautopistas y autopistas de aquella época estaban abarrotadas y posiblemente cuatro de cada cinco vehículos se dedicaban a fines comerciales.

Había muchos camiones y autobuses, pero incluso la mayoría de los coches llevaban pasajeros con poco o ningún interés en el paisaje. Un hombre yendo a trabajar, un vendedor, una ama de casa yendo al supermercado. Les traía sin cuidado la vista.

Hoy en día, dicho tráfico se limitaba a lo subterráneo. Quienes deseaban disfrutar del campo conducían por la superficie. Y las medidas de reforestación y anticontaminación estaban restaurando esta parte de Estados Unidos a una condición similar a la que había tenido un siglo antes. La zona no era realmente apta para la agricultura moderna y estaba siendo devuelta a zonas habitadas y a lo que equivalía a un enorme parque nacional. Había pueblos y comunidades aún más pequeñas, y también casas aisladas para quienes las preferían, pero la industria que prevalecía era tan subterránea como las autopistas, y muy alejada de la vista del peatón, ciclista o automovilista.

El camino serpenteaba, trazado con miras a la belleza más que a la velocidad. Una de las tareas más monumentales de la nueva sociedad había sido destruir las autopistas de mediados del siglo XX y restaurar la superficie de la nación a la aceptable y agradable condición que había sido antes de la llegada de la primera y la segunda revolución industrial.

Mike Latimer tenía razón sobre el tamaño de Lesbos. Parecía ser aproximadamente el doble que West Hurley. Ted se sorprendió un poco al no haber oído hablar nunca del

lugar. Pero entonces, con el éxodo de las seudociudades al campo, literalmente miles de nuevos pueblos y comunidades habían surgido en zonas tan codiciadas como esta.

En muchos aspectos, esta comunidad era similar a la que él habitaba. Había poca gente en las calles y ningún niño. Imaginó que sería otra comuna que los prohibía, al igual que West Hurley. Las casas estaban quizás un poco más cerca unas de otras, y los edificios comunitarios eran más amplios, pero eso era de esperar dada la mayor población. Y, evidentemente, Lesbos prosperaba. Se estaban construyendo nuevas estructuras. Ted notó que el Gremio de la Construcción se estaba volviendo aún más robotizado. Dos hombres, o mujeres, parecían ser suficientes para supervisar las máquinas que construían una casa. Y al parecer, un día aproximadamente era el tiempo requerido.

Los edificios comunitarios estaban ubicados en las afueras de la ciudad, en lugar de en el centro, como en West Hurley, y observó que contaban con un campo de golf de nueve hoyos. Se preguntó cuánto tardarían los residentes de West Hurley en hacerlo. En su comunidad había bastantes golfistas, aunque él no era uno de ellos.

Dejó su transporte eléctrico en el aparcamiento, sin apagarlo, y se dirigió a lo que parecía ser un edificio administrativo. Probablemente habría algún funcionario allí. Con un pueblo tan grande, con cientos de casas,

seguramente tendrían a alguien a tiempo completo. Por muy automatizadas que pudieran estar la gestión, la recogida de basuras, el mantenimiento de las calles, etc., seguía siendo necesaria la actividad humana para el funcionamiento de una comunidad.

Una chica salió por la puerta cuando él estaba a punto de entrar.

Ted dijo: «Disculpe, señorita. ¿Hay algún funcionario municipal con quien pueda hablar?»

Arqueó las cejas. Era una cosita femenina, con muchos más adornos de los que se solían usar en West Hurley. En su comuna, las jóvenes se inclinaban por los deportes y vestían acorde a ellos.

Ella dijo: “Gloria está en la oficina que hay a la derecha, justo cuando entras”.

—Genial —dijo, y la siguió con la mirada mientras ella avanzaba a trompicones por el sendero. Era tan femenina que parecía artificial. Se encogió de hombros, se dio la vuelta y entró.

Una mujer, que evidentemente era Gloria, estaba sentada en un escritorio en una pequeña oficina. La única otra ocupante de la sala estaba sentada en otro escritorio, detrás de una autosecretaria. Ella también parecía ultrafemenina.

Pero no Gloria. De hecho, Ted Swain tuvo que mirar dos veces para darse cuenta de que era Gloria, y no, digamos, George. Gloria era un mujerón enorme, con la complexión de un leñador y más o menos con ese aspecto, por no hablar de su vestimenta.

Su voz ronca, y su apariencia armonizaba con la suya, "¿Qué puedo hacer por usted?". Su tono indicaba que no estaba desesperadamente interesada en la respuesta. De hecho, parecía resentida.

Ted dijo con vacilación, deseando haberlo repasado un poco: «He estado pensando en unirme a una comuna y estoy buscando. Ya sabes, evaluando las diferentes, a ver si encuentro una que parezca compatible».

Ella se puso de pie, rodeó el escritorio y lo enfrentó con el rostro furioso.

“¿Qué clase de tipo eres?”

La chica detrás del autosecretario se rió en voz alta.

Ted se quedó estupefacto. "¿Qué dije?"

Tenía las manos en las caderas, pero de repente una de ellas se abalanzó sobre él, cerrando el puño, y le dio de lleno en el ojo derecho. A continuación, se abalanzó con rapidez, golpeando con ambas manos.

—¡Oye, por Dios! —soltó—. ¡Tranquila!

—¡Maldito! ¡Esterilízate! —gritó, golpeándolo con todas sus fuerzas.

Ted se echó hacia atrás, levantando las manos para protegerse de ella.

"¿Qué carajo está pasando aquí?" gritó.

Capítulo VI

La agarró con desesperación, sujetándole los brazos a los costados del cuerpo. Furiosa como estaba, él la superaba en al menos nueve kilos, y en su época universitaria, Ted Swain había sido miembro del equipo de lucha libre de la universidad.

—¡Suéltame, bastardo! —gritó.

Detrás de ella, la secretaria, o lo que fuera, dijo en tono estridente: “¡Dale un rodillazo, Gloria!”

Pero Gloria ya había pensado en eso y lo intentó.

Ted Swain se giró de lado. La sacudió con todas sus fuerzas, considerando su posición.

—¿Qué demonios les pasa? —gritó—. ¿Se han vuelto completamente locas? ¿Qué les dije?

Él la empujó lejos de él y dio varios pasos hacia atrás y levantó las manos como si se rindiera.

Gloria al principio intentó abalanzarse, pero luego se detuvo y lo fulminó con la mirada. Jadeaba de furia.

Ella escupió finalmente: "¿Qué te pasa, loco?"

Hizo un gesto de desesperación, golpeándose la frente con el puño para mostrar su total incompreensión. "Todo lo que hice fue decir que estaba interesado en unirme a una comuna y "La comuna de Lesbos es uno de los lugares que pensé visitar".

—Ah, sí, ¿eh? —Tenía las manos en las caderas otra vez. Lo miró con recelo, pero luego espetó: —Lesbos, Lesbos. ¿No te importa?

La miró con la mirada perdida. "El original es una isla frente a Grecia, ¿verdad?"

—Sí, maldita sea. ¿Y por qué es famosa?

De repente se sintió como un imbécil. «El hogar de la poetisa Safo», dijo. «¿Te refieres al tema de esta comuna...?»

—Sí, estúpido. ¿Has visto a algún hombre en este pueblo?

—Bueno, no. Excepto en la pareja que está construyendo esas casas nuevas.

No podemos dejarlos fuera. El Gremio de la Construcción decide quién supervisa la construcción de las casas.

Ella pareció un poco apaciguada, evidentemente aceptando que él había sido sincero y no había intentado provocarla deliberadamente. Se giró, rodeó su escritorio y se sentó.

La otra chica se rió de nuevo y sin girarse Gloria le espetó: "Cállate, Phyllis".

—Sí, querida —dijo Phyllis contrita.

Ted las miraba fijamente. "¿Te refieres a todo este pueblo? Me refiero a... vuestro, eh, tema... eh..."

Ella espetó: "¿Crees que nos avergonzamos? El tema de esta comuna es el amor lésbico. No se admiten hombres. Si eres gay, ¿por qué no te vas a Nueva Tánger?".

La miró sin comprender. "¿Dónde?"

Nueva Tánger. Cerca de la Universidad de Princeton. Deben de haber al menos dos mil de ustedes allí. ¡Genial como un carnaval!

—Dos mil —dijo—. ¿Te refieres a dos mil?

—Qué raro —dijo—. Yo misma no soporto verlos. Pero quizá tú...

Él negó con la cabeza. "No. A mí me gustan las chicas".

La secretaria se rió.

Gloria dijo: "Cállate, Phyllis".

"Sí, querida."

Gloria estaba más tranquila, aunque seguía sin invitarlo a sentarse. Le dijo: "¿Por qué no pruebas en Gomorrah?".

—Buena pregunta —dijo Ted—. ¿Qué es Gomorra?

Ella lo miró con lascivia. "Todo vale. Gomorra, Gomorra. ¿No conoces la Biblia? ¿Sodoma y Gomorra?"

—Ah —dijo—. Sí, claro. Siempre me he preguntado qué hacían en Gomorra.

En esta Gomorra lo hacen todo. Demasiado fuera de lo común para mí. Soy conservadora.

Phyllis se rió.

Gloria dijo: «Son bisexuales. Hacen lo que sea con cualquiera. ¡Rayos, hacen lo que sea con lo que sea! Así que

no lleves a tu perro, a menos que esté acostumbrado a ese tipo de cola». Resopló con picardía.

De repente, se cansó del tono de la conversación. Dijo: «Disculpe la intromisión y la interpretación errónea». Se dispuso a marcharse.

—Está bien —dijo Gloria con brusquedad—. Pero ahora, márchate. Estamos en Lesbos para alejarnos de ustedes, machos machistas, y no nos gusta que vengan a buscarnos.

No pudo evitar mirar a Phyllis. «Qué desperdicio», murmuró.

"Quítate de encima", se burló.

Regresó al coche, notando ahora lo que no había notado antes: todas las personas en la calle eran mujeres. Eran de distintas edades, pero todas eran mujeres, si es que a una lesbiana se le podía llamar "mujer". La mayoría vestía con dos atuendos extremos: o muy masculinos o con el mismo estilo excesivamente femenino de Phyllis y la chica a la que le había preguntado por información.

Volvió al coche, respiró hondo y negó con la cabeza. «Menuda comunidad», murmuró, poniendo en marcha el vehículo. «Bueno, está todo grabado. Debería ocupar un párrafo o dos en la tesis. Me pregunto cuántas más de este tipo hay repartidas por el país».

Mientras conducía hacia Saugerties, lo reflexionó y decidió que tenía bastante sentido, dada la perspectiva homosexual. En la antigüedad, habían sido en gran medida parias, obligadas a ocultar sus gustos sexuales o a sufrir el desprecio o la diversión de sus conciudadanos, en el mejor de los casos, y el peligro físico real o incluso la cárcel, en el peor. De hecho, había leído en alguna parte que en algunos estados de la antigua América la homosexualidad era un delito capital. Bajo la Constitución Revisada, la homosexualidad era legal entre adultos que consintieran, y Lesbos, evidentemente, era el resultado final. Las lesbianas se unían en su propia comunidad y llevaban lo que para ellas era una vida normal. Al parecer, lo mismo se aplicaba a los hombres homosexuales.

¿Cómo se llamaba el pueblo que había mencionado? Nueva Tánger, cerca de Princeton. Se le ocurrió, con cierta tristeza, que probablemente debería investigar el lugar. Quizás no recibiría una recepción tan violenta como la de Lesbos. Pero, por otro lado, ¿y si intentaran convertirlo? Resopló divertido. ¡Qué demonios! ¿Y si intentaran violarlo? Algunas opiniones, en contra, indicaban que los homosexuales no eran necesariamente afeminados y excitados. Podían ser tan rudos y duros como cualquier otro hombre.

Pero ahora que tenía en mente comunas con temas sexuales, ¿qué otras posibilidades había? Claro que la palabra «homosexual» era bastante abarcativa, y

posiblemente algunas de esas comunas fueran variaciones de la norma, cualquiera que esta fuese. Pero quizás Nueva Tánger estuviera poblada por practicantes de la sodomía; o fuese una comuna dedicada a la felación.

Ahora que lo pensaba, se dio cuenta de que se podría dedicar un libro entero, o incluso un panfleto, a estas comunas con temas sexuales.

¿Qué más? ¿Podría existir una comuna formada por sádicos y masoquistas? Podrían desahogar sus penas entre ellos. Sería digno de ver. Gruñó. Y llevándolo aún más lejos. ¿Qué tal una comuna dedicada a la ninfomanía y el satirismo? Tuvo que reírse entre dientes ante la imagen evocada, pero, en realidad, podría tener algún sentido.

Empezó a comprender algunas de las razones por las que George Dollar ansiaba incorporar más información sobre las comunas a sus bases de datos. En ellas se estaban desarrollando formas de vida completamente nuevas. ¿Quién había oído hablar de pueblos enteros compuestos únicamente por lesbianas practicantes? No se le ocurría otro ejemplo en la historia. Sí, había habido mucha homosexualidad entre los antiguos griegos, pero no comunidades enteras de ellos.

Aunque nunca lo había visto, sabía que había uno de los nuevos campings de tamaño king justo al oeste de la ciudad de Saugerties. Eran un fenómeno que se veía por toda

Norteamérica, y los más grandes podían albergar a miles de campistas, remolques y casas móviles. No tuvo ninguna dificultad para localizarlo.

Se detuvo en la entrada y le preguntó al recepcionista: "¿Dónde puedo encontrar New Woodstock?"

La voz metálica dijo: "Sus unidades auxiliares y administrativas están estacionadas en la esquina de las calles D y Décima".

No fue difícil descifrar la distribución del terreno. Había letreros en cada esquina, para ayudar. Y había un letrero delante del pueblo móvil que buscaba. NEW WOODSTOCK, en letras grandes, y, debajo, *Colonia de Arte Móvil*.

Aparcó y se dirigió hacia allí.

Había un niño pequeño jugando en el césped frente al más grande de los que evidentemente eran los edificios administrativos de la ciudad. Tenía un camión eléctrico de juguete que podía mover rápidamente por la zona con un aparato de control remoto que parecía complicado aunque el niño no tenía ninguna dificultad.

Ted Swain se detuvo frente a él y le preguntó: "Hijito, ¿dónde puedo encontrar a uno de los funcionarios de la ciudad?"

El camión le pasó por encima del pie derecho. Era sorprendentemente pesado y se estremeció.

El niño dijo: “Mi nombre no es Sonny¹, es Timmy”.

—Oh, lo siento, Timmy. Me llamo Ted.

“¿Eres un artista?” dijo el niño.

—No. No, no lo soy.

“Entonces no podrás unirme a New Woodstock”.

Ted Swain respiró hondo. "No lo planeaba".

No se te permite, a menos que seas artista. Mi papá es artista. Y yo lo seré cuando crezca.

—Muy bien, genial. ¿Pero dónde encontraría a un funcionario de New Woodstock?

—Quizás sea mejor que veas al policía del pueblo —dijo el chico señalando—. Allí.

Allí había una casa rodante de tamaño moderado, comparada con las demás de los alrededores. Frente a ella, estacionada, se encontraba lo que a Ted Swain le pareció un

1 Recordemos que le ha llamado “hijito”, es decir “son my” (son= hijo). [N. T.]

vehículo policial reconvertido, de los que patrullaban las autopistas automatizadas.

Él dio las gracias y se dirigió en esa dirección.

Al parecer, New Woodstock no tenía tabúes contra los niños como los que se aplicaban tanto en West Hurley como en Lesbos. Se le ocurrió que hoy en día debía de haber muchísimas comunas que prohibían la entrada a niños, comunidades de personas mayores a las que les irritaba el ruido, comunas de todo tipo de homosexuales, comunas de solteros, como la suya, y comunas de personas a las que simplemente no les gustaban los niños. Se preguntó si el tabú se estaría extendiendo. Tendría que considerarlo en su tesis.

Antes de llegar al remolque, la puerta se abrió y un hombre salió. Era de estatura moderada, con porte militar. Tenía el cabello áspero, la tez oscura y los rasgos tan marcados que difícilmente se le habría considerado guapo según los estándares estadounidenses promedio. Vestía un semiuniforme caqui.

Le dijo a Ted: "¿Puedo hacer algo por usted?"

"¿Es usted el representante local de Seguridad Nacional?"

El otro negó con la cabeza. «No. No tenemos un oficial de Seguridad Nacional a tiempo completo. Soy extraoficial.

Todos los funcionarios municipales son elegidos y trabajan voluntariamente. No hay nada más que honor».

“Ah, ya veo.” En vista de su experiencia en Lesbos, Ted Swain optó por un enfoque diferente. Dijo con cautela: “De hecho, estoy escribiendo un libro sobre las comunas. Busco material sobre al menos una de las ciudades móviles. Pensé que quizás me dejaría hacer algunas preguntas.”

El otro frunció el ceño ligeramente y se mordió el grueso labio inferior. Ted Swain calculó que era al menos un cuarto africano. Evidentemente, no había barreras raciales en la colonia de arte móvil. Lo que le recordó que había un aspecto que debía investigar. ¿Había comunas de negros, comunas de orientales, judíos, comunas de hispanoamericanos, amerindios, etc.? Debía haberlas. ¿Cómo iba a poder investigarlas? Seguramente estarían resentidos.

El policía no oficial de la ciudad dijo: "¿Qué tipo de preguntas?"

Ted tuvo que reírse con autodesprecio. «La verdad es que no lo sé. Tendré que improvisar. No tengo ni idea de pueblos móviles, y mucho menos de una colonia artística móvil. Supongo que lo mejor sería sentarme contigo y dejarte hablar. Quizás se me ocurran algunas preguntas».

“¿No eres un hombre del gobierno, husmeando?”

Ted negó con la cabeza. «Me llamo Swain. Doctor Theodore Swain. Estudio Etnología en la ciudad universitaria. Puede comprobar mi identificación».

—No será necesario. —El otro extendió la mano—. Me llamo Bat Hardin.

Se dieron la mano y Hardin se giró y dijo: «Pase y siéntense. ¿Tienen permiso para beber?».

—“Por supuesto.” Ted lo siguió hasta el remolque.

Nunca había estado dentro de uno. Nunca había tenido la oportunidad. Miró a su alrededor con curiosidad. Era un milagro de compacidad. Aproximadamente del tamaño de un miniapartamento en una pseudociudad, constaba de dormitorio, baño, cocina y sala de estar, y aparentemente tenía todas las comodidades de las que presumía su propia casa, más espaciosa. Notó una pantalla de televisión, un equipo de sonido de biblioteca, un refrigerador, un bar, una cocina eléctrica e incluso una máquina de escribir sobre un pequeño escritorio.

Su anfitrión se acercó al autobar y le dijo por encima del hombro: «Siéntate. Nunca has estado en una caravana, ¿verdad? ¿Qué quieres tomar? Tengo un bar preparado con ron, ginebra, vodka, brandy, whisky, tanto escocés como bourbon, Coca-Cola, ginger ale, tónica y soda. No es una

selección tan amplia como si fuera un bar fijo, pero es suficiente».

—No, nunca he estado en una caravana —dijo Ted, sentándose en un cómodo sofá—. Un ron con Coca-Cola estaría bien.

Hardin marcó, esperó y, en un instante, la barra se hundió para regresar con dos vasos largos y fríos. Los recogió, le entregó uno a Ted y se sentó en un sillón frente a su invitado.

Swain levantó su copa para brindar. «¡Salud, salud!», dijo.

“¡Salud, salud!” Bat Hardin tomó un sorbo y dijo: “Ahora, ¿por dónde empezamos?”

Ted Swain se mostró arrepentido. «Como dije, no lo sé. Me asignaron este puesto sin previo aviso. Nunca me ha interesado especialmente el movimiento comunal, aunque, como me han dicho, supongo que vivo en una comuna. ¿Llamarías a New Woodstock una comuna, verdad?»

Bat Hardin lo pensó. «Supongo que sí. El término es flexible. Supongo que el espíritu de Robert Owen aún vive».

Ted Swain frunció el ceño. "¿Owen... Owen? Me parece que lo escuché hace poco. Un reformador británico".

Mmm. Vaya idealista. Bueno, veamos qué puedo contarte sobre las ciudades móviles. De hecho, imagino que el

germen ya existía casi desde el desarrollo del automóvil. Los remolques se popularizaron ya en la década de 1920. Para las décadas de 1930 y 1940, comenzaron a surgir ciudades permanentes. Durante la Segunda Guerra Mundial, con la enorme escasez de viviendas que se generó en torno a las nuevas industrias bélicas, cobraron gran impulso. Los remolques podían producirse en masa, y lo hicieron.

“¿Pero ciudades móviles?”, preguntó Ted Swain.

En realidad, comenzaron a pequeña escala poco después de la Segunda Guerra Mundial. Grupos de propietarios de caravanas formaban clubes y se iban de vacaciones largas. No eran realmente pueblos, por supuesto. Para entonces, había literalmente multitud de parques de caravanas, y algunos albergaban miles de caravanas y grandes casas móviles que no se esperaba que se movieran. Normalmente, incluso se les quitaban las ruedas y se apuntalaban las casas. Para entonces, alrededor del quince por ciento de todas las casas construidas en Estados Unidos eran móviles.

Ted dijo: "¿Por qué alguien preferiría vivir en un remolque en lugar de una casa?"

En aquella época, principalmente por la vida barata. Estaban libres de impuestos y eran relativamente fáciles de mantener.

Pero esos no eran pueblos móviles. Los residentes de esos parques de caravanas no vinieron en masa, ¿verdad?

Bueno, no. Eso realmente empezó a despegar con la llegada de la Renta Universal Garantizada (UGR) en la década de 1970. De repente, quienes recibían ayuda, como la llamaban entonces, ya no tenían que quedarse en Nueva York, Chicago, Los Ángeles ni en ninguna otra gran ciudad para cobrarla. Podían ir a cualquier parte. La ayuda pasó a ser federal en lugar de local. Obviamente, nadie en su sano juicio quiere vivir en un lugar como debieron ser Harlem o Watts. Desaparecieron de las ciudades como lemmings. Algunos se establecieron en comunidades más pequeñas en zonas codiciadas del país, pero otros se dedicaron a las ruedas. Quienes disfrutaban de la vida nómada pronto vieron las ventajas de unirse. En un grupo de tan solo veinte o treinta personas, uno era reparador de televisores, otro mecánico de coches, otro médico o enfermero, otro maestro de escuela, y así sucesivamente. Con el tiempo, las comunidades móviles se volvían lo suficientemente grandes como para unir recursos y contratar a uno o dos auxiliares.

"¿Qué es eso de auxiliares?"

Bueno, por ejemplo, planeamos llegar a tener unas quinientas casas. Tendremos un hospital móvil, una escuela, un edificio administrativo, un taller de reparación de electrónica, un taller mecánico e incluso una tienda móvil. Los habitantes del pueblo que tengan más de un conductor

en su familia se turnarán para conducirlos cuando estemos en marcha.

Ted Swain lo pensó. "¿Dónde consigues estos remolques auxiliares?"

En el mismo lugar donde conseguimos nuestras casas. Las alquilamos al Congreso Nacional de la Producción. Tenemos un fondo comunitario. No es un problema. Vivir en estos pueblos móviles es barato. Casi nunca usamos todo nuestro crédito.

Ted estaba fascinado. Miró el interior del remolque compacto. "Veo que el tuyo es más pequeño que algunos otros. ¿A qué se debe?"

El otro se encogió de hombros. «Comodidad y conveniencia. Algunas familias tendrán varios hijos. Necesitarán más dormitorios, más espacio. A veces tendrán dos unidades que deben remolcarse por separado durante el viaje, pero que se enganchan al acampar».

Ted dijo: "Dime, ¿a dónde planeas ir cuando tu ciudad esté completamente reunida?"

"Por la Carretera Panamericana hacia Sudamérica, tomándonos nuestro tiempo, parando donde quisiéramos y permaneciendo tanto tiempo como quisiéramos en cada parada".

Ted lo miró con el ceño fruncido. Dijo: «Pero los miembros que trabajan, ¿cómo irán y volverán del trabajo? Desde luego, unas vacaciones no durarían tanto».

"Eso es todo", dijo Bat Hardin. "Ninguno trabaja. Todos tenemos la Renta Universal Garantizada".

"¿Las quinientas casas?", preguntó Ted Swain con incredulidad. "¿No se ha llevado a nadie el día de la inspección?"

—Así es —dijo Hardin con voz serena—. La mayoría, aunque no todos, somos artistas de algún tipo. Pintores, escultores, escritores, ceramistas, incluso un compositor. Al resto nos atraen las artes, y posiblemente la llamada vida bohemia. No queríamos aceptar un trabajo ni aunque nos seleccionaran el día de la revista.

Capítulo VII

Ted Swain dijo: «Bueno, supongamos que tu pueblo está en marcha, en este viaje, por ejemplo, en Panamá, y llega el día de la asignación y un par de tus hombres son seleccionados. Tendrían que regresar y aceptar el trabajo».

Bat Hardin lo miró. «No, no lo harían. Verá, *en realidad somos una comuna*. Mancomunamos nuestros recursos. Los ingresos de todos van a parar al fondo común. Si alguien tiene la mala suerte de perder su derecho a la Renta Universal Garantizada, no hay diferencia. Con quinientas casas, la mayoría con más de un habitante, podemos permitirnos el lujo de tener algunos que se han quedado sin emolumentos. Pero esa es una de las razones por las que no nos gusta que vengan agentes de Seguridad Nacional ni fisgones de los Bancos Nacionales de Datos. En teoría, es

ilegal no acudir a una llamada de revisión si las computadoras te seleccionan para un trabajo».

“Mira”, dijo Ted. “No quiero molestarte. No es asunto mío. Pero este es un aspecto de las comunas y es lo que intento averiguar. Ahora, tal como lo veo, el hombre finalmente ha llegado al punto en que puede aplicar ese viejo dicho: 'de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades'. ¿Quién lo dijo por primera vez, Kropotkin?”

—Regístrate —dijo Hardin—. Adelante.

El problema es que ahora se necesita tan poca mano de obra que la mayoría no tenemos la oportunidad de mantener un empleo. Simplemente no nos necesitan. Recibimos nuestra Renta Universal Garantizada, trabajemos o no, y nadie recibe más que nadie. Sin embargo, creo que le debemos a nuestra sociedad responder cuando nos llamen el día de la asignación. ¿No lo crees?

“No necesariamente.”

"¿Por qué no?" preguntó Ted.

Que trabajen en producción y distribución quienes quieran. Esta comunidad no está compuesta por un grupo de holgazanes. Es una colonia artística. Crear arte es trabajo. Suele ser mucho más duro que atender una máquina en una fábrica automatizada. En el contexto socioeconómico actual no existe un gremio de artistas, y con razón. Algo que una

computadora no puede lograr, al analizar el Coeficiente de Habilidad necesario para algún trabajo, es determinar la capacidad de un artista, un escritor o un escultor. Así, un artista, sea cual sea su tipo, obtiene su Ingreso Universal Garantizado, como todos los demás, y es libre de hacer lo que quiera.

“¿Quién decide si es artista o no?”

Se hace, como se ha hecho a lo largo de la historia. El artista hace su trabajo porque tiene que hacerlo. Si a su prójimo no le gusta el resultado, qué lástima, pero él sigue con lo suyo.

El policía no oficial del pueblo se levantó, renovó sus bebidas y regresó con ellas.

Ted Swain dijo con tenacidad: «Me rebelo porque no consigo trabajo. Me avergüenza cobrar mi Renta Universal Garantizada. Pero aquí estás diciendo que toda esta comunidad no haría su parte, ni siquiera si se lo pidieran».

—Estás haciendo tu parte —dijo Hardin con sensatez—. Estás intentando trabajar. Igual que todos los artistas de New Woodstock. Es solo que la humanidad ha llegado a un punto en el que prácticamente no se necesita trabajar para producir mucho.

Se inclinó hacia delante y por un momento se quedó mirando el dorso de las manos mientras lo resolvía. "Míralo por aquí, Swain. Imaginemos una fábrica textil ultramatizada

hoy. Dos o tres hombres por turno supervisan la maquinaria. Aparentemente, producen, digamos, cien mil pantalones al día. Sin embargo, en realidad no son ellos quienes producen. Son miles de generaciones de seres humanos cuyos esfuerzos acumulados han llegado hasta nosotros a través de los siglos. Alguien tuvo que inventar el fuego, desarrollar los metales, la agricultura, inventar la rueda, desarrollar las ciencias. Cada generación aportó su granito de arena y transmitió su conocimiento acumulado a la siguiente. Este es un patrimonio común de todos los seres humanos. Trabajando solos, esos dos o tres supervisores no podrían producir más de, digamos, media docena de pantalones al día. Se necesitó la contribución de toda la humanidad a lo largo de los siglos para construir esa fábrica ultramatizada, así que es perfectamente lógico que todo el país se beneficie de ella, en lugar de solo los tres hombres seleccionados para sus puestos.

"Nunca lo había pensado de esa manera", admitió Ted.

Bat Hardin se puso de pie. "Termina tu bebida", dijo, "y te mostraré el pueblo".

Ted Swain hizo lo que le dijeron y salieron.

Bat Hardin señaló un vehículo monstruosamente grande, o mejor dicho, una combinación de vehículos. Dijo: «Ese es el hospital del pueblo. Supongo que «clínica» sería la palabra más adecuada. Para cualquier operación importante u otras

complicaciones, tenemos que recurrir a las instalaciones médicas de la ciudad o pueblo cercano donde estemos estacionados. Cuando estamos en carretera, se mueve en dos secciones, tiradas por dos pesados camiones de tracción eléctrica. Cuando estamos estacionados, los camiones pueden funcionar también como ambulancias. Cuando está instalado, como está ahora, consta de dos plantas, con doce compartimentos en total. Eso incluye las habitaciones del médico y la enfermera».

“¿Tienen un médico a tiempo completo?”

—Lo tendremos. Aún no ha aparecido.

“¿El Gremio de Salud nombra a alguien dispuesto a mudarse con vosotros?”

No. En este caso no. Algunas ciudades móviles tienen médicos regulares del gremio, pero nosotros usamos a uno que otra ciudad móvil le quitó de su puesto como médico. Trabajo voluntario, por supuesto. Igual que yo soy voluntario y no soy miembro de Seguridad Nacional.

Ted Swain se sorprendió. "¿El Gremio de Salud lo permite? Sería como ejercer sin licencia".

Bat Hardin lo miró con ironía. «Es posible que no lo sepan. Te dije que no nos gustaba que las autoridades anduvieran husmeando. Queremos ser lo más independientes y

discretos posible. A una colonia de artistas no le gusta la reglamentación».

“Es difícil escapar en la sociedad moderna”.

"Así es."

Pasaron junto al hospital y Bat Hardin le señaló otro vehículo grande. «Ese es el edificio de administración. Contiene una sala de juntas para el comité ejecutivo, varias oficinas y los archivos municipales. Da más trabajo, no solo archivar el material en los Bancos Nacionales de Datos, pero nos gusta así. En la medida de lo posible, nos reservamos el derecho de no informar a nadie».

“¿Hay Comité ejecutivo?”, dijo Ted.

Así es. Tenemos muy pocas reglas en New Woodstock, pero hay algunas. Elegimos un Comité ejecutivo de seis miembros. Asisto a sus reuniones y tengo voz, pero no voto. Cada semana rotan el cargo de miembro senior, algo así como un alcalde.

"¿Qué pasa si hay algún tipo de pelea entre dos miembros del pueblo?"

Se presenta ante el comité ejecutivo y este decide. Si el fallo en contra no acepta la decisión, puede apelarla ante la asamblea municipal, compuesta por todos los miembros adultos de New Woodstock.

“¿Qué pasa si aún no acepta la sentencia?”

Bat lo miró. «No tenemos una cárcel móvil, si es lo que te preguntas. Solo tenemos un castigo para quien no cumpla con nuestras pocas normas: lo expulsan del pueblo».

A Ted Swain le intrigó todo. Dijo: "¿Qué es ese complejo? Parece el más grande de todos".

Sí. Se divide en tres secciones cuando vamos en camino. Es la tienda comunitaria. Claro, cuando estacionamos en un estacionamiento normal, como este, usamos el ultramercado del lugar. Pero a veces estacionamos al aire libre, o en uno de los estacionamientos más pequeños con pocas instalaciones, y tenemos que llevar nuestras propias provisiones.

Señaló algunos remolques más pequeños. «Reparación de remolques. Electrónica, taller; mantenimiento de remolques y reparaciones varias».

“¿Y tenéis mecánicos para todo eso?”

—Ah, sí. Varios para cada categoría. Todo trabajo voluntario, por supuesto. Lo reparten. Si surge algún problema importante, dependemos de los gremios correspondientes en cualquier ciudad o pueblo cercano, pero en el camino podemos encargarnos de casi cualquier cosa. Verás, incluso los artistas suelen tener formación en algún campo además del arte en el que se especializan.

Ted miró al otro mientras caminaban. "¿Y todas las ciudades móviles funcionan así?"

Cada una es un poco diferente. Algunas son más grandes, otras más pequeñas. Estuve un tiempo en una que se dedicaba por completo al hedonismo. Casi mil casas móviles. Dos de los auxiliares eran clubes nocturnos móviles. Dirigían algo así como un circo antiguo, con carpas grandes. Bailaban y todo. Nos mudábamos al sur por las playas en invierno, al norte durante los veranos. Estábamos de fiesta sin parar. Consumíamos suficiente alcohol y marihuana como para mantener a un ejército en plena forma.

Ted negó con la cabeza. "¿Por qué te fuiste? Parece el sueño de un soltero".

Bat Hardin le restó importancia. «Para mí, una fiesta es algo ocasional. Algo que disfrutas, quizás, una vez a la semana, más o menos. Cuando todo se reduce a una fiesta continua, se vuelve monótono. Quería hacer algo más significativo. No soy artista, pero aquí puedo contribuir a la comunidad. Aquí me necesitan».

Se acercaron a una chica sentada en una silla plegable frente a una de las casas móviles. Había un caballete frente a ella. Tenía varios tubos de pintura en un pequeño soporte junto a ella y aplicaba directamente de ellos sobre el lienzo, sin usar pinceles.

Era una mujer guapa, al estilo de la Marlene Dietrich de antaño, pero no estaba a la altura de su potencial. Obviamente, le importaba un bledo su apariencia. No llevaba maquillaje alguno, y tenía una mancha de pintura verde en una mejilla, como si se la hubiera tocado distraídamente. No llevaba nada más que unos pantalones cortos salpicados de pintura. Sus pechos, que Ted Swain no pudo evitar notar, eran magníficos.

Al verlos acercarse, levantó la vista y dijo: «Hola, Bat What Hard». Miró a Ted con expresión interrogativa. «¿Te han dicho alguna vez que te pareces al joven Abraham Lincoln?».

Ted dijo: "Sí".

El policía del pueblo dijo: «Sue Benny, este es Ted Swain. Le estoy enseñando New Woodstock».

Dejó los tubos de pintura, se levantó y estrechó la mano con aire varonil. Con un gesto de la cabeza, señaló el cuadro en el que había estado trabajando.

¿Qué opinas de ello?

Bat se rió. "¿Qué esperabas que pensara?"

—Esterilízate, maricón. —Miró a Ted—. ¿Qué?

Dijo incómodo: “Francamente, no estoy al tanto del arte moderno”.

Ella dijo: "Se supone que debes decir que es interesante".

"¿Tú crees?" Lo miró de nuevo. Era un destello de color, pero no pudo encontrar nada a lo que aferrarse. "¿Por qué?"

Eso es lo que dices cuando ves un cuadro que no te gusta o no entiendes. Es parte de la terminología absurda del mundo artístico.

Ella lo miró con desagrado. «Quizás debería haber aprendido a tocar el violín, como quería mi querida madre».

Hizo una mueca. «De hecho, estoy probando una nueva técnica. No creo que me esté funcionando».

Un adolescente se acercó y dijo: «Señor Hardin, Ferd Zogbaum lo está buscando».

El funcionario municipal dijo: «¿Ah, sí? Gracias, Johnny». Se volvió hacia Ted Swain. «Tendremos que cancelarlo, doctor Swain. ¿Alguna otra cuestión?»

—Pues no lo sé. Ah, una cosa: ¿conoces otras comunas por aquí? ¿Sobre todo alguna con temáticas más extravagantes?

El otro pensó un momento. «Hay bastantes por aquí, y se forman más cada semana, pero no se me ocurre ninguna particularmente exótica. Veamos, ahí está Nature, hacia Phoenecia. Un lugar bastante grande. Una comunidad nudista».

¿Nudista? ¿Te refieres a una colonia nudista móvil?

Tanto la niña como Hardin se rieron.

Hardin dijo: «Bueno, no. Aunque supongo que no habría ninguna ley que lo prohibiera. Sin embargo, no me imagino una ciudad móvil conduciendo desnudo por la carretera. Es permanente. Cuando alguien sale de la comuna, para ir a trabajar o lo que sea, se viste. Pero todo el tiempo que está en la comuna, permanece desnudo. Todo por el bien de la salud, supongo».

Le estrechó la mano a Ted y le dijo: «Si se te ocurre algo más, vuelve a visitarnos. Ah, por cierto, te das cuenta de que algunas de las cosas que te he contado son confidenciales. Te agradecería que fueras discreto al respecto».

“Por supuesto”, dijo Ted.

Bat Hardin se giró y se fue, acompañado por el niño.

Sue Benny Voss miraba a Ted con curiosidad. Preguntó: "¿Qué buscas?".

“Estoy reuniendo material para una tesis sobre las diferencias entre las comunas modernas y primitivas”.

"¿Qué es, una disertación?"

Un libro. Tienes que escribir un libro sobre algún tema nuevo, alguna contribución al aprendizaje, antes de poder obtener tu título universitario.

—Ah —dijo ella. Tapó sus tubos de pintura—. Pase adentro y tome algo. De todas formas, tengo que tomarme un descanso para que se seque la pintura.

"Genial", dijo, siguiéndola hasta el remolque.

Tras la pulcritud de la casa de Bat Hardin, este lugar era un caos. Había cuadros y tubos de pintura, pinceles y latas de aguarrás, trapos y toallas salpicados de pintura. Había ropa femenina esparcida por los muebles, cigarrillos a medio consumir en ceniceros rebosantes. Había varios vasos, aquí y allá, algunos con restos de bebidas.

Sue Benny dijo: «¡Menudo desastre! ¿Eh? Mira, espera a que limpie una silla». Tomó la ropa de una de las sillas y la metió en el fondo de un armario, en lugar de colgarla.

Ted dijo: “Parece muy... interesante”.

Ella se rió. "Estás aprendiendo. ¿Qué vas a beber?"

"He estado bebiendo ron con Coca-Cola", dijo, hundiéndose en la silla.

"Ya voy", dijo. Y luego, "Maldita sea, parece que me he quedado sin ron. Tendré que pedirle a uno de los chicos que me compre uno nuevo en el ultramercado".

—Bourbon servirá —dijo—. ¿Qué quieres decir con «uno de los chicos»?

Regresó con las bebidas y le entregó la suya. "No tengo crédito, así que cuando necesito algo tengo que pedirle a alguien que me lo compre. Al final, todo sale de los fondos de la comunidad".

La miró. "¿Ah, eres una de las habitantes del pueblo que se negó a aceptar un trabajo y le cancelaron la Renta Universal Garantizada?"

Ella se sentó frente a él y cruzó las piernas, y tenía unas piernas estupendas. "No, no estoy *desaliñada*. Simplemente no soy apta".

“Bueno, ¿por qué no?”

No soy estadounidense. Mi gente llegó hace bastante tiempo, de la Europa Común. Creían tener suficiente dinero para vivir indefinidamente y no se molestaron en hacerse ciudadanos. Papá no sabía distinguir entre el dinero y la vida, y lo perdió todo. Fue justo cuando entró en vigor el nuevo acuerdo de la Renta Universal Garantizada (UGG) y, obviamente, a todos en el mundo, a efectos prácticos, les habría gustado hacerse ciudadanos estadounidenses para

aprovechar las ventajas. Así que el gobierno tomó medidas drásticas. No más ciudadanos nuevos, salvo en contadas ocasiones. Así que no soy ciudadana, no tengo derecho a la UGG.

Dijo: "¡Zoroastro! ¡Menudo lio! Pero si eres ciudadana de la Europa Común, ¿por qué no regresas? Ahora tienen una organización muy parecida".

Me gusta estar aquí. Crecí en Estados Unidos.

—Pero ¿cómo lograste salir adelante antes de venir a New Woodstock, donde estaban dispuestos a acogerte?

Encogió sus bien formados hombros, meneando sus pechos al hacerlo. «De joven, tenía una tía y un tío que eran ciudadanos y me mantenían. Después, solía ligar con algún hombre que me cuidara a cambio de usar mi hermoso cuerpo. En teoría, ya no hay prostitutas, pero en realidad, si una chica está en una situación donde tiene que salir a comer, lo hace, y con casi cualquiera. Mira, si no dejas de mirarme las tetas, me voy a poner un suéter».

Capítulo VIII

—Lo siento —dijo Ted—. Son muy atractivas.

—Mira —dijo ella en tono acusador—, quieres pincharme, ¿no?

—Claro —dijo—. ¿Cómo lo supiste?

“Lo noté por la expresión de tus faldas”, dijo con sarcasmo. “De acuerdo. Siempre tuve debilidad por Abraham Lincoln. Era el hombre más feo que jamás haya existido y posiblemente el más hermoso, con esa infinita tristeza en su expresión”.

"Oye", se quejó Ted, "no soy tan feo como el viejo Abe".

Casi. ¿Qué te parece si comemos algo primero? Me muero de hambre.

—Me parece bien. ¿Me paso por el ultramercado del camping a comprar algo?

Se levantó y fue a su pequeña cocina. "No hace falta. Tengo algunas cosas aquí". Se agachó y rebuscó en su refrigerador-congelador. "Queda chili con..."

El gourmet que había en él hizo una mueca, pero dijo: "Genial".

Sacó dos recipientes individuales y los puso en el calentador electrónico. Observó cómo la tapa se derretía, integrándose al contenido preparado. El chili con carne se calentó, pero los recipientes permanecieron a temperatura ambiente. Los trajo y los puso en la mesita de la sala. Ted Swain nunca había visto comida presentada de esta manera, pero había oído hablar de ella. Evidentemente, las ciudades móviles habían desarrollado sus propias necesidades.

Sacó unos cubiertos de un cajón y una caja de galletas de un armario y los llevó a la sala. "¿Cerveza?", dijo.

"Genial."

Ella sacó dos recipientes plásticos de cerveza del refrigerador y le entregó uno, luego tomó su lugar frente a él.

Miró la cerveza. «Nunca había visto un envase como este».

Ella asintió alegremente. «Están hechas especialmente para viajeros. Antes, alguien que se tomaba una cerveza mientras conducía tiraba las latas a la cuneta. Después de unas décadas así, el país estaba inundado de latas de cerveza oxidadas. Las de aluminio eran aún peores; no se oxidaban. Las de plástico desechables eran igual de malas; duraban una eternidad. Tardamos años en limpiar todo ese desorden».

Ted Swain le dio un mordisco al chili con carne, que resultó no estar tan mal.

“¿Y ahora qué?” dijo.

Así que ahora siguen tirando sus envases de cerveza vacíos por la ventana. Pero este plástico es diferente. Un par de días al sol o con lluvia, y el envase se derrite. Dio un sorbo con agradecimiento.

Terminaron el chili y ella tomó el plato en el que venía y empezó a comerlo también. Ted Swain la miró parpadeando.

Ella notó su sorpresa y se rió. Dijo: «Postre. Evidentemente, hay muchas cosas desarrolladas para las ciudades móviles de las que ustedes, los que viven en pseudociudades o comunidades permanentes, nunca han oído hablar».

Dio un mordisco cauteloso a su propio plato. Una extraña combinación de gelatina con sabor a fruta y una masa de

tarta muy dura, casi como galleta dura. La verdad es que no estaba tan mal.

“Se ahorra mucho espacio cuando estás de viaje y no puedes llegar a los ultramercados con mucha facilidad”, explicó.

—Apuesto a que sí. —Cambió de tema—. Mira, Sue Benny, ¿no hay alguna manera de que puedas ganar dinero con tus pinturas?

Ella lo miró y torció su expresiva boca. "¿Cómo, por Dios?"

Bueno, no sé nada de arte moderno. Soy etnólogo. Me especializo en el pasado. Pero seguramente...

“¿Qué es un etnólogo?”

Él se lo dijo.

Tomó los cubiertos, los lavó rápidamente en el pequeño fregadero y los guardó en su cajón. Guardó las galletas y limpió la mesa con un paño no muy limpio, luego se sentó frente a él.

Ella dijo: «Estás diciendo tonterías, no sabes nada de arte moderno, tío. Ya veo que no entiendes la situación. Así es como funciona. Ya no te pagan nada por ser artista. Tienen casi todas las demás categorías de trabajo que existen en el Congreso de Producción. Incluso la educación es un gremio.

Pero no las artes. Tomemos como ejemplo la escritura. Un artista escribe un libro y lo envía a los Bancos Nacionales de Datos. Lo listan de media docena de maneras: ficción, no ficción, poesía o lo que sea. Lo listan por categoría: novela, novela corta, cuento, ensayo o lo que sea. Lo listan por tema: una historia de suspense, ciencia ficción, romance, viajes o lo que sea. Lo listan por el nombre del autor. Y tienen a mano todas las reseñas escritas al respecto. Ahí está, en los bancos de datos. Si alguien quiere leerlo, puede marcarlo y verlo en la pantalla de su biblioteca».

Ted Swain dijo con amargura: «Sí, genial. A menudo me he preguntado qué gana el escritor con esto. ¿Por qué se molesta?».

No seas un desaliñado. Obtiene lo mismo que cualquier artista, a lo largo de la historia, desde que los cromañones pintaban en las paredes de las cuevas y el narrador tribal recitaba las tradiciones y cantos tribales a quienes se reunían alrededor del fuego para escucharlo. El artista obtiene el reconocimiento de sus semejantes, si lo merece. Antes, el pobre funker tenía que adular a otros —editores, publicadores y, finalmente, lectores— para ganarse la vida. Ahora escribe lo que le da la gana. Obtiene su Renta Universal Garantizada, igual que cualquiera, y no besa el trasero de nadie, pero de nadie. ¿Por qué, allá en la Edad Media, un artista de cualquier tipo, que no fuera rico, tenía que conseguir un mecenas adinerado que lo mantuviera? Leonardo y Miguel Ángel, entre otros artistas, Maquiavelo y

Dante, entre otros escritores. ¿Te imaginas lo que significaba eso, lamerle las botas a esos aristócratas mediocres para poder comer?

“Bueno, más o menos entiendo al escritor en la sociedad actual, pero ¿qué pasa con el pintor?”

Más o menos lo mismo. Creo que empezó en Francia, allá por los años 60. Un tipo con ojos brillantes ideó un nuevo sistema para duplicar pinturas. El problema era que no se podía pintar sobre lienzo ni papel, ni nada. Había que pintar sobre cartón de multicopista Presdwood y con pintura acrílica metálica de secado rápido.

De acuerdo. Hoy en día, un artista hace lo suyo y lo envía a los Bancos Nacionales de Datos. Como la obra de un escritor, se cataloga y se cruza. Nombre del pintor, escuela de pintura, tipo de pintura: retrato, paisaje, abstracto, etc. Incluso la catalogan por tamaño. Y enumeran los comentarios que recibe de los críticos. De acuerdo. Si alguien está interesado, la ve en la pantalla de su biblioteca. Si el interés persiste, compra una copia. No cuesta prácticamente nada. Solo el gasto de imprimir una copia más.

Se acercó a su bar y pidió dos bebidas más, y luego las trajo. Estaban en copas de cordial.

Ted dijo: “Ya tomé cuatro tragos hoy y apenas es poco después del mediodía”.

Este es Khalua, de México. Uno de los mejores licores del mundo. Bébelo; lo necesitarás cuando te lleve a la cama.

Lo tomó y le dio un sorbo. Obviamente era a base de café y estaba delicioso. Nunca había oído hablar de él.

Dijo: «Sí, todo eso está muy bien. ¿Pero qué hay del original? Los únicos cuadros que tengo en casa los heredé de mis padres. Todos son originales. ¿Acaso no hay gente que prefiere el original a una reproducción?»

"¿Qué original?", dijo. "Estas supuestas reproducciones son idénticas a la pintura que pintó el artista. Ni siquiera él puede notar la diferencia. Es decir, *realmente* las reproducen".

—Ah —dijo—. Como te dije, soy especialista en etnología. Indios americanos; mi subespecialización definitiva son los aztecas en la época de la conquista española. Quizás, algún día, tal como están las cosas, tenga que añadir una subespecialización. Pero tal como están las cosas ahora, sé todo lo que hay que saber sobre los aztecas. Ojalá pudiera pasar un tiempo allí, descubriendo nuevos datos. En fin, ese es mi campo. No sé qué hacer con tu campo.

Ella dijo: “Deberías venir con nosotros”.

"¿Qué quieres decir?"

¿No te lo contó Bat Hardin? Estamos recorriendo toda Latinoamérica. Una de las principales razones es que un gran porcentaje de nuestros artistas quiere pintar, esculpir o escribir sobre las civilizaciones indígenas. Los aztecas, los mayas, y más allá, los incas, en Perú. Si vinieras, tendrías una rica experiencia. Podrías decirnos qué buscar, explicarnos lo que vemos, ese tipo de divagaciones.

"Sabes, me tientas", dijo. "Sin embargo, por fin he tenido mi gran oportunidad. Podré obtener mi título y dar clases, o tener otro trabajo en este campo. Tu amigo, Bat, tiene muy buenos argumentos para que un artista no trabaje en el mundo actual, pero no se me aplican. Quiero aportar mi granito de arena".

"Pongamos en marcha el espectáculo", dijo. "Quiero volver a pintar".

La condujo de vuelta al dormitorio, al fondo de su casa rodante. Era sorprendentemente grande, considerando que estaba en una caravana. Grande, con una cama doble y un baño contiguo que tenía bañera y ducha. Parecía que el desorden de la sala de estar no se permitía en el dormitorio. La decoración era femenina y pulcra.

Se giró y lo encaró con una leve sonrisa mientras se bajaba la cremallera lateral de los pantalones cortos y los dejaba caer. Tenía una mata de vello púbico fino y dorado sorprendentemente grande.

Ella dijo: "Bueno, ¿como yo?"

"Sí." Su voz estaba ligeramente ronca.

Se acercó a él y lo miró fijamente a los ojos mientras forcejeaba con sus faldas escocesas. "¿Cómo te quitas estas malditas cosas?"

Juntos lo desnudaron. Ella se recostó en la cama y él se quedó allí un momento, mirándola. Ella dijo: «Zoroastro, qué herramienta tan mágica. ¿Cuánto tiempo lleva así de dura?».

"Prácticamente desde que te conocí."

—¡Qué manera de terminar una comida! —dijo con sarcasmo. Lo miró a la cara, con ojos soñolientos y sensuales—. ¿Quieres que te lo bese?

—Claro —dijo. Ahora tenía la voz muy ronca.

"Entonces acércate más."

Se acercó y cerró los ojos en una agonía de placer. "Para mí, esto es mejor cuando es mutuo".

—Está bien —dijo ella, dejándose caer sobre la cama y dejando espacio para que él se estirara a su lado, de la cabeza a los pies.

Más tarde, cuando el sexo ya no tenía importancia, se tumbaron boca arriba y miraron al techo.

Sue Benny dijo: "¿Un cigarrillo de marihuana?"

"¿Tienes algún dulce de hachís o mermelada?"

"No, sólo cigarrillos."

"No, gracias."

Debería haberme tomado uno antes de que empezaras a pincharme. Me gusta estar un poco colocada cuando me penetran.

Dijo, de repente: "¿Has leído alguna vez las novelas antiguas? ¿Las que se remontan a mediados del siglo pasado, o, más aún, a antes de la Primera Guerra Mundial?"

—Claro. *Lo que el viento se llevó*, y todo eso. De niño era un gran lector. Sobre todo novelas románticas.

Dijo pensativo: "¿Recuerdas cómo trataban el sexo, las relaciones entre hombres y mujeres en general?"

Su risa era más bien una risita. "Sí, era una pasada. A veces, lo más sexy era que el hombre la besara una vez en el último capítulo".

Como antropólogo, a veces me pregunto cómo se produjo el gran cambio. Cómo y cuándo, en realidad.

"No hay duda al respecto", dijo. "Y, de hecho, me pregunto cuán grande fue realmente el cambio. A veces sospecho que

siempre hubo tantos toqueteos entonces como ahora. Simplemente lo ocultaron”.

Negó con la cabeza. «No. No, no lo había. Para empezar, era más difícil para los jóvenes reunirse, aunque eso fuera lo que tuvieran en mente. Supongo que la llegada del automóvil fue el primer gran avance. Permitted a los jóvenes salir en coche y meterse en problemas».

Yo habría dicho que la llegada de las primeras píldoras y otros anticonceptivos que realmente funcionaban. De repente, una chica ya no tenía que preocuparse por quedarse embarazada y un chico ya no tenía que preocuparse por casarse con la chica con la que había tenido relaciones sexuales ocasionalmente.

"¿Qué tal la liberación femenina?"

—Eso también. A partir de entonces, cada vez había menos esa basura de la época victoriana sobre que las mujeres eran el sexo débil y modesto. —Volvió a reír—. Empezaron a hurgar en serio.

Dijo: «Luego se revirtió la censura. Se legalizó lo que antes llamaban 'pornografía'. De repente, los jóvenes descubrieron exactamente de qué se trataba y, obviamente, quisieron probarlo de inmediato».

Se movió con deleite. «Imagina cómo era antes, poder tocar a los trece años y no tener la oportunidad de hacerlo,

al menos en lo que a mí respecta, hasta los veinte. ¡Diez malditos años se fueron al carajo! Me sorprende que no estuvieran todos obsesionados con las tonterías».

Sue Benny miró a su compañero de cama. "Por Dios, ¿eres uno de esos hombres que se pone nervioso solo por hablar de ello?"

"¿Lo crees?"

—No. ¿Tienes alguna idea más ingeniosa? ¡Al diablo con mi pintura!

Una hora después, estaban realmente saciados.

Sue Benny dijo: "Mira, ¿qué ibas a hacer el resto del día, Paul Bunyan?"

¿Bunyan? Me llamo Ted Swain.

No has leído tanto como te propones. Paul Bunyan fue un leñador legendario. Podía hacer cualquier cosa, veinte veces más que cualquier otro hombre.

Ted fingió gemir. "¡Veinte veces! ¿Es que nunca te cansas, mujer?"

Casi nunca. Por eso me gustas. Me sacas media docena de orgasmos mientras estás en uno. No me he corrido tanto en mi vida. ¿Qué planeabas hacer el resto del día?

“Pensé que podría visitar al menos una comuna más”.

Demasiado tarde. ¿Por qué no te quedas aquí a pasar la noche y averiguas más sobre esto? Podríamos cenar en la autocafetería. Tienen un asistente en este sitio.

Suspiró. "Me acabas de convencer".

Capítulo IX

Ted Swain había olvidado despedir su vehículo la noche anterior. No es que fuera importante. El alquiler de los coches era bajo y su cuenta de crédito estaba saneada, normalmente saneada; como estudiante a tiempo completo, no se permitía muchos lujos. Sin embargo, por regla general, se aseguraba de devolver el vehículo cuando no lo usaba. Esto reducía la congestión vehicular. Fue uno de los grandes avances que la nueva sociedad había inaugurado. Antiguamente, cuando la mayoría de los coches eran de propiedad privada, la mayoría pasaba al menos tres cuartas partes del tiempo aparcados en garajes o en las calles. Cada familia tenía uno, dos o incluso tres. El país había estado inundado de coches. Ahora, cuando se necesitaba, se pedía uno: un biplaza, si solo uno o dos necesitaban transporte, un sedán si eran de tres a seis, un minibús para grupos, o un vehículo aún más grande, si era necesario. Y cuando se

terminaba, se despedía para que volviera automáticamente al aparcamiento o garaje más cercano. Cualquier cosa que invocaras, siempre estaba en óptimas condiciones.

Estaba a punto de subirse a su vehículo eléctrico, con la mente todavía pensando en los placeres de Sue Benny, cuando Mike Latimer se acercó y estacionó a su lado.

El comentarista de noticias pareció igualmente sorprendido de ver a Ted Swain. Dijo: "¿Qué demonios...?" Zoroastro, ¿qué haces aquí tan temprano en la mañana?

Ted dijo: "El pájaro madrugador atrapa el gusano". "Genial, ¿pero a quién le gustan los gusanos?"

Ted se acercó y se apoyó en el lateral del vehículo de Latimer. «He comenzado mi investigación sobre las comunas. Esta es una de las primeras».

Mike dijo: «De hecho, vine a ver si podía conseguir algo para la transmisión. Ya sabes, la Colonia de Arte Móvil se prepara para un safari sudamericano. Obviamente, pasaste la noche. ¿Qué te parece la maquetación?»

Ted Swain consideró la pregunta. «Bueno, para empezar, ¿se dan cuenta de que ni una sola persona en esta comuna trabaja? Al menos, no en la industria tradicional. Todos reciben la Renta Universal Garantizada o se aprovechan de otros que sí la reciben. Y ahora se están marchando del país. Incluso si llamaran a uno al trabajo en la siguiente

convocatoria, simplemente abandonaría la escuela y viviría de la comunidad».

Mike Latimer lo pensó: «Ya en la década de 1960, Richard Bellman, de la Corporación Rand, se animó a creer que para el año 2000, el dos por ciento de la fuerza laboral podría producir todo lo que el país consumiría. Y aquí estamos. No necesitamos a estos desertores. Si quieren irse a Sudamérica, pues que se vayan».

“Está más cerca del diez por ciento, ¿no?”

—Algo así. Pero la mayoría de los empleados hoy en día tienen trabajos improvisados. No es realmente necesario. Algo así como el exceso de personal de antes. —Lo pensó un poco más—. A veces me pregunto por qué gente como yo se molesta en competir por un trabajo. Si las computadoras te seleccionan el día del examen, y no ganas mucho más que los desempleados.

“No estás leyendo el guion”, dijo Ted Swain. “Es una compulsión. Aquí estoy, en mis treintas. Desde niño, he recorrido el camino de mis habilidades latentes. Mi mayor interés en la vida es la etnología. Tengo tantas ganas de participar en este campo que puedo saborearlo. Quiero un trabajo. Me frustra no poder conseguirlo. Seguro que a ti también te pasa, pero te has sentido realizado. Tienes un trabajo en el campo que te apasiona.

"Sí, supongo que sí", admitió Mike Latimer. "Mira, he estado pensando en tu tesis y se me ocurrieron algunas comunas más en esta zona. ¿Has oído hablar de Nueva Atenas?"

"No creo."

No muy lejos. Cerca de Lake Hill. Todos son atletas. Solo les interesa el culturismo y los deportes. Ahora que lo pienso, debería ir a echarles un vistazo. Hacer algo interesante. Y luego está Jissom.

—¿Jissom? —resopló Ted Swain—. ¿Por qué no le dicen simplemente "semen"?²

Mike lo ignoró. "Es una comunidad juvenil, cerca de Bearsville. Nadie mayor de treinta. Se rumorea que son de la cultura de la droga. No solo marihuana, sino que, evidentemente, de vez en cuando envían a alguno a México para conseguir hongos sagrados. Alguien me dijo que intentaban contactar con Perú para conseguir hojas de coca. ¿Qué clase de gamberrada es masticar coca?"

Ted aprovechó sus conocimientos de antropólogo. «Se remonta a la época inca. La cocaína se deriva de la coca. En realidad, la coca no es adictiva. Es un estimulante, pero no un narcótico. ¿Jissom, eh? Supongo que debería ponerlo en mi lista. Bueno, supongo que me largo. Busca al policía del

² La traducción de jissom es esperma. [N. T.]

pueblo, Bat Hardin. Buen tipo. Aléjate de Sue Benny Voss. Es mi chica».

Mike Latimer negó con la cabeza. «No sé cómo lo haces. Eres feo como un cerdo y les das más asco que nadie que conozca».

Ted dijo, con considerable dignidad: “Me parezco a ese comentario”.

Mike empezó a salir de su coche mientras Ted subía al suyo. "Hasta luego", dijo Latimer. "Sue Benny, ¿eh? Sue Benny. Si te hace el amor a ti, le hace el amor a cualquiera".

De regreso a su casa en West Hurley, Ted Swain seguía dándole vueltas a su situación. De hecho, le sorprendió que Englebrecht le hubiera encomendado la tarea. No le convenía ver surgir tantos académicos nuevos en su campo, ya que solo de entre ellos podría ser expulsado, si es que lo expulsaban. Ted había sospechado durante años que el otro le había estado impidiendo obtener el título. Pero ahora esto...

Ser despedido de un puesto se aplicaba particularmente en aquellos campos donde el conocimiento humano se desarrollaba con mayor rapidez. Ya a mediados de la década de 1950, el físico Robert Oppenheimer señaló que el conocimiento humano se duplicaba cada ocho años. Esto, a su vez, significaba que la educación recibida tenía una vida

media de cuatro años. Es decir, en cuatro años la mitad de todo lo aprendido estaba anticuado, y obviamente estabas en el basurero a menos que regresaras a la universidad y tomaras cursos de actualización o, como alternativa, estudiaras unas horas al día en casa.

Las ciencias físicas eran las peores. Había que correr tan desesperadamente como Alicia en el país del espejo, solo para mantenerse al día. Pero las ciencias sociales eran diferentes y fue allí donde Englebrecht tenía su ventaja. Las ciencias sociales no evolucionaban en una progresión tan geométrica. Evolucionaban, sí, pero no a una velocidad tan vertiginosa. En arqueología, por ejemplo, podrían surgir grandes avances, como la datación por carbono, y más tarde procesos de datación aún más precisos, y revolucionar el conocimiento de las culturas pasadas, pero en gran medida era un asunto más pesado. Y, sin duda, cuando alcanzabas las cotas de excelencia reconocidas en el ámbito de tu especialidad, que antes ocupaba Franz Englebrecht, tu experiencia y tu posición consolidada en tu género habían contribuido en gran medida a contrarrestar el coeficiente intelectual de los jóvenes que iban subiendo.

Ted Swain sentía cierta amargura por la naturaleza de las cosas en su campo elegido. Como director de tesis, Englebrecht recibía el mismo crédito que cualquiera de los candidatos a los que supuestamente asesoraba, tanto en artículos científicos como en la tesis doctoral o de catedrático. Y, como era jefe de departamento, era el

responsable de todos los títulos de posgrado en antropología y etnología. No había forma alguna de obtener el título sin que él te arrebatara la mitad del mérito.

¿Qué capacidad real tenía Franz Englebrecht para mantener semejante posición?, se preguntaba a veces Ted Swain.

Había leído sobre el sistema de clasificación de las ocupaciones en primarias, secundarias, terciarias y cuaternarias. Las ocupaciones primarias eran la pesca, la caza, la silvicultura, la agricultura y la minería. Las ocupaciones secundarias se ocupaban del procesamiento de los productos de una ocupación primaria. Las terciarias se ocupaban de la prestación de servicios a las ocupaciones primarias y secundarias, por ejemplo, la docencia, el transporte y los bomberos. Y las ocupaciones cuaternarias eran aquellas que prestaban servicios a las ocupaciones terciarias o entre sí. Eran los puestos más altos, las agencias gubernamentales, las profesiones, los altos directivos de la producción, etc.

Con los empleos primarios, era bastante fácil para las computadoras calcular los coeficientes de capacidad de los potenciales empleados en el campo. Bastante fácil medir la capacidad de un hombre en minería, agricultura o lo que fuera. Y lo mismo se aplicaba a los secundarios. Bastante fácil determinar la eficiencia de un hombre trabajando en una acería, una fábrica de automóviles o lo que fuera. Para los

terciarios se volvía un poco más difícil. Juzgar a un profesor, un artista, incluso a un policía, es otra cosa. Pero sobre todo, las ocupaciones cuaternarias estaban casi exentas del juicio de las computadoras. No del todo, pero casi. Las ocupaciones cuaternarias se absorbían mutuamente, por así decirlo, y como la experiencia, más que el coeficiente de capacidad, era tan importante, tu puesto dependía ampliamente de las opiniones de tus colegas. Ted sospechaba que había mucho de "tú me rascas la espalda y yo te rasco la tuya".

De vuelta en casa, desactivó su electrovehículo y entró. No había mensajes en su videoteléfono. Regresó a su estudio, tomó una pastilla estimulante, se sentó al escritorio y activó el amplificador de la biblioteca del Banco Nacional de Datos.

Necesitaba más información, ¡maldita sea! Ni siquiera sabía qué preguntarles. En estos tiempos de especialización, si querías llegar a algún lado en cualquier campo en el que trabajaras, prácticamente te liberabas de cualquier otra participación. Sabía muchísimo sobre sistemas sociales primitivos, comunas primitivas, por así decirlo, pero no sabía nada de los modernos.

Muy bien. El día anterior había consultado la *Utopía* de Moro y *La República* de Platón. Pero seguramente había habido algo entre esos días y el presente. Empezó a investigar de nuevo en los Bancos Nacionales de Datos.

Y sí, se topó con una que existía relativamente hace poco. En la década de 1920, para ser exactos. Llano, una cooperativa en Luisiana que en su apogeo contaba con más de mil personas. Evidentemente, un grupo de comuneros con ideas afines... no, no creía que le gustara el término. ¿Debería llamarlos «comunitaristas»? En cualquier caso, los Llano habían fusionado sus recursos y adquirido un pueblo maderero que había sido abandonado cuando se agotó la reserva de árboles. Lo iniciaron a principios de la década de 1920 y se mantuvo durante al menos un par de décadas antes de desaparecer.

Sí, podría usar a Llano como ejemplo de una comuna temprana. ¿Qué más?

Encontró el movimiento Padre Divino, iniciado durante los años de la Depresión de la década de 1930. Muy similar, en muchos aspectos, a la comuna moderna, si es que tenía alguna idea de esta última, y, en realidad, ya había admitido que no la tenía. Supuestamente un líder religioso —sus seguidores lo aclamaban como Dios— en realidad la organización del Padre Divino era económica. Cien o más de ellos juntaron recursos y compraron una vieja mansión, en el norte del Estado de Nueva York. Algunos eran carpinteros desempleados, algunos electricistas, algunos fontaneros, algunos agricultores, algunos cocineros, etc. Todos colaboraban. Las mansiones se reformaban, se cultivaban amplios jardines, las mujeres hacían colchas para las camas, los hombres hacían muebles, los mecánicos compraban

cacharros de la edad de piedra y los reconstruían. Todos trabajaban. Los que podían conseguían trabajo fuera y todos los ingresos iban al fondo común de la comunidad.

Ted gruñó. Parecía que todo había ido sorprendentemente bien hasta que terminó la Depresión y los miembros del Padre Divino consiguieron trabajo en los astilleros por 100 dólares o más a la semana.

Se le ocurrió una idea. ¿Podría en ese primer capítulo mencionar a los primeros cristianos, tal como se describe en los Hechos de los Apóstoles? ¿Por qué no? Vivían en lo que equivalía a comunas. ¿Y qué decir de los esenios, tal como se describe en los Rollos del Mar Muerto? Vivían en una comuna, ¿no?

Estaba empezando a entusiasmarse con su trabajo cuando sonó el videoteléfono del escritorio. Desactivó el amplificador de la biblioteca y encendió la pantalla del teléfono. Era el académico Englebrecht, con la expresión de su rostro tan insulsa como siempre.

—Swain, muchacho —dijo con cariño, como si Ted fuera realmente su amado hijo.

Ted Swain hizo una mueca por dentro, pero dijo: "Buenos días, señor".

“¿Ya te embarcaste en el proyecto?”, preguntó cordialmente su director.

—Bueno, sí, señor. Esta mañana he estado investigando material para los capítulos preliminares, sobre los orígenes de la comuna. *La República* de Platón, los esenios, los primeros cristianos de la época de los Hechos...

El otro frunció el ceño y lo interrumpió. «Mira, Swain. En este momento creo que es más importante que empieces a investigar personalmente las comunas actuales. Puedes investigar más tarde, en los Bancos Nacionales de Datos. De todos modos, ¿puedes venir ahora mismo? Hay alguien que quiero presentarte».

—Pues... sí, señor. Por supuesto.

Cuando el rostro del otro desapareció de la pantalla, Ted continuó mirándola con tristeza. Parecía que, una vez que uno se ponía a trabajar en la tesis, el viejo Englebrecht lo controlaba de cerca. Se preguntaba por qué demonios Englebrecht estaba tan interesado en llevarlo al trabajo de campo, en lugar de permitirle dedicar un tiempo preliminar a averiguar qué era lo que supuestamente buscaba. ¿Cómo iba a poder comparar las comunas actuales con las del pasado si no sabía cómo eran las del pasado? Conocía las comunas primitivas, pero no las que se encontraban entre la prehistoria y el presente.

Le restó importancia y se puso de pie. Franz Englebrecht era el jefe. Ted Swain podía soportar casi cualquier cosa si eso finalmente le conducía a su título y a un trabajo.

Repitió su ruta de dos días antes, terminando en la entrada del apartamento 355, como antes. Brian Fitz estaba allí, toqueteando con impaciencia su sedoso Van Dyke, con sus labios rojos en un gesto de malicia.

Dijo: “Cielos, Doctor Swain, el académico lo está esperando”.

Ted lo miró. "Habla con el Gremio de Transporte. Vine tan rápido como me trajeron".

Fitz, molesto, se giró y, con un silbido, los condujo al santuario de escape. Era un bicho raro, sí, decidió Ted Swain.

Englebrecht estaba de nuevo en el escritorio, con su rostro sonrosado y bien alimentado, radiante de bienvenida. Junto al escritorio, sentado en un cómodo sillón de cuero, había un desconocido. No, no exactamente un desconocido. Ted Swain lo había visto en varias ocasiones en programas de televisión.

—Swain, muchacho —balbuceó Englebrecht—. Quiero presentarte a un viejo compañero de clase y querido amigo, Henry Neville. Hank, este es el joven del que te hablé, el doctor Theodore Swain. Toda una autoridad en comunas primitivas y ahora investiga las actuales para compararlas.

Henry Clark Neville era el director de las Fuerzas de Seguridad Nacional de la región, que, en resumen, era una combinación de las policías local, estatal y nacional de la

sociedad anterior. La NSF se encargaba de todo, desde la policía de tráfico hasta las tareas que antes realizaban el FBI, el Servicio Secreto e incluso algunas de las funciones de la CIA. Neville era más bajo de lo que Ted Swain habría imaginado al verlo en pantalla, posiblemente de un metro y medio de altura, delgado y de rostro agrio, labios finos y bigote canoso. Tenía una cara de hurón. No parecía de los que atraen a muchos amigos, pero evidentemente el viejo Englebrecht era uno de ellos.

El policía se puso de pie y estrechó la mano con una mano huesuda y muy seca. Asintió bruscamente y dijo: «Ya era hora de que las investigaran, doctor».

Brian Fitz había traído otra silla.

Cuando todos estuvieron sentados, excepto Fitz, que estaba en el fondo, Ted le preguntó a Neville: "¿Cómo es eso, señor?".

“En este momento, ya son literalmente millones los malhechores e incluso los criminales declarados, y a todos los efectos prácticos no tenemos registros de ellos”.

Ted Swain se sorprendió. «Bueno, ¿por qué no? Supongo que a sus oficiales no les resultaría difícil entrar en cualquier comuna y averiguar lo que quisieran».

Neville negó con la cabeza, irritado. «Se quedan callados. A menudo dan información errónea, deliberadamente.

Algunos incluso han destruido sus transceptores, lo cual es ilegal. Impide que el gobierno se ponga en contacto inmediato con una persona, si es necesario. Ocultan a sus fugitivos, se mudan de una comuna a otra, o a menudo trasladan todo su equipo, si se trata de una de las nuevas ciudades móviles, sin avisar a nadie. Es prácticamente imposible controlar a muchos de ellos».

¿Destruir sus transceptores? ¿Fugitivos? Pero... no se puede vivir en esta sociedad sin un transceptor, proporcionado por el gobierno a cada ciudadano. Es tu teléfono móvil, tu identificación, tu contacto con los bancos de datos, tu cabina de votación. No puedes comprar nada sin él. No puedes recoger tu Ingreso Universal Garantizado [UGI]. No puedes alquilar un coche. No puedes hacer nada —dijo Ted.

Neville dijo con gravedad: «Puedes si vives en una comuna. Se cuidan entre sí. Quienes conservan sus transceptores y recogen su Ingreso compran suministros para los demás. Muchos viven con una fracción de lo que una persona normal espera». Resopló con desprecio. «Sí, fugitivos. Supongamos, por ejemplo, que te seleccionan el día de la selección de trabajo para un trabajo que no quieres aceptar. Por ley, estás obligado a aceptarlo o perderás tus derechos de ciudadanía y tu Ingreso Universal Garantizado. Les da igual. Se unen a una comuna y los demás los apoyan. ¡Excéntricos vagos! O supongamos que un hombre es un verdadero criminal, un violador o lo que sea. Puede

desaparecer en la cultura de la comuna y nos cuesta encontrarlo».

En realidad, lo que decía Neville no era tan nuevo para Ted Swain. Bat Hardin había mencionado que la colonia de arte móvil funcionaba como una comunidad, uniendo sus recursos y que si alguno de sus miembros perdía su derecho al UGI, por cualquier motivo, se hacía cargo de ellos con el fondo combinado de New Woodstock.

Englebrecht decía con suavidad: «Claro, claro. Y no me cabe duda, Hank, de que las investigaciones del doctor Swain te resultarán muy interesantes».

Ted dijo tristemente: “No pensé que la información que obtenía pudiera usarse para algo más que mi tesis”.

El director de la NSF lo miró fijamente y preguntó: "¿Cuál es su opinión de nuestro actual sistema socioeconómico, doctor Swain?"

Ted se quedó atónito. «¡Pues yo estoy a favor, claro! Por primera vez en la historia, el hombre es verdaderamente libre. Cada uno tiene las mismas oportunidades y hay abundancia para todos. ¿Quién puede oponerse a la utopía?»

—¡Sabio! —dijo Neville con aprobación—. Pero incluso en la utopía puede haber cánceres, y debemos erradicarlos. Como patriota estadounidense, doctor, espero que

mantenga los ojos bien abiertos e informe a mis oficinas sobre cualquier discrepancia con nuestras instituciones. Estas comunas son potenciales focos de subversión.

¿Subversión? Ted Swain solo podía pensar en su propio West Hurley. O, ya puestos, en Lesbos o New Woodstock. No tenía ni la menor idea de lo que era la subversión. De hecho, no recordaba haber conocido a un subversivo en su vida.

Englebrecht sonrió radiante. «Por supuesto que Swain cooperará, Hank». Infló las mejillas y añadió con humor desmedido: «Si no lo hace, verá un verano nevado antes de que obtenga ese título académico».

Ted Swain dijo, todavía disgustado con todo el asunto: «Si me topo con algo de naturaleza subversiva e ilegal, sin duda se lo comunicaré, Sr. Neville. Pero, francamente, no esperaba que surgieran tales asuntos. Por lo que tengo entendido, la mayoría, si no todas, de estas comunas se basan en algún tema como el arte, los deportes, el nudismo, los movimientos de regreso a la naturaleza, ese tipo de cosas».

«No se deje engañar», dijo Neville con la voz áspera. «En la superficie, sí. Pero en el fondo hay agitación. En particular, me gustaría que estuviera atento a cualquier tema político. Si descubre algo, averigüe los nombres, doctor».

"¿Político?"

Sin duda, los estadounidenses nos enorgullecemos de nuestro sistema bipartidista: los republicanos demócratas y los progresistas. Pero nada impide que surja un nuevo partido. Nada, al menos por ahora. Sin embargo, ¿se da cuenta de que menos del diez por ciento de nuestra población son miembros realmente útiles de la sociedad? El noventa por ciento son zánganos, y tal como están las cosas ahora, ese noventa por ciento podría influir en el voto e imponer cualquier cambio que quisiera.

Ted Swain sintió la tentación de preguntar qué cambios podrían ser, pero estaba creando una sensación de irrealidad sobre todo esto. Henry Neville, como director de las Fuerzas de Seguridad Nacional de esta región, obviamente estaba obligado a vigilar a cualquier subversivo potencial, pero simplemente veía fantasmas donde no los había.

El académico dijo: “Y ahora, muchacho, ¿cuándo planeas salir y comenzar tu investigación sobre estos asuntos?”

Ya empecé, señor. Ayer visité Lesbos y New Woodstock. Al principio no vi nada. El tema era el lesbianismo y que los hombres no son bienvenidos. Tuve más suerte en la colonia de arte móvil.

Espero un informe completo. Cuéntame con detalle todo lo que has aprendido.

Ted Swain lo miró. "¿Un informe?"

Claro, claro. Quiero un informe de cada comuna que investigues. Al examinarlos, sin duda podré darte consejos y sugerencias para que tu tesis sea aceptable.

Capítulo X

Tras abandonar el rascacielos que albergaba a su director de tesis, Ted Swain lo pensó. Bueno, una cosa: si tanto George Dollar, del Banco Nacional de Datos, como Henry Neville, de las Fuerzas de Seguridad Nacional, estaban entusiasmados con su proyecto, parecía que no podría fallar en obtener su título, suponiendo que pudiera presentar la investigación de forma aceptable. Ejercían una influencia enorme en este ámbito y, al parecer, se contaban entre los amigos más cercanos de Englebrecht.

Se sentó en su vehículo eléctrico y miró la lista que había acumulado hasta el momento de comunas cercanas. Supuso que más adelante tendría que hacer viajes más largos, pero por ahora había suficientes a corta distancia para mantenerlo ocupado.

Nueva Atenas, cerca de Lake Hill. ¿Quién le había hablado de esa? Mike Latimer, probablemente. Gloria, en Lesbos, había mencionado Nueva Tánger y Gomorra, pero ambas tenían temas sexuales poco convencionales. Se suponía que Nueva Atenas era una comuna de atletas.

Bueno, era Nueva Atenas. Sacó el mapa del coche de la guantera, buscó las coordenadas de Lake Hill y las marcó.

Mientras el vehículo avanzaba a toda velocidad por la vía subterránea, recapituló interiormente la escena.

El santuario de escape de Englebrecht necesitaba un informe exhaustivo de cada comuna que visitaba, atento a cualquier indicio de subversión o interés político. No entendía por qué los miembros de las comunas no tenían tanto derecho a ser políticos como cualquier otro. Pero al diablo con eso. Iba a tener éxito con esta disertación aunque fuera la penúltima cosa que hiciera. Morir sería la última.

Apareció en Lake Hill, un pequeño pueblo al más puro estilo de Catskill, y preguntó al primer peatón que encontró. Luego, siguiendo las instrucciones, se dirigió a las faldas de Overlook Mountain. Era un paisaje excepcional, sobre todo en esa época del año, principios de otoño. El rojo de los arces, el amarillo de los robles, el marrón de los olmos. Las montañas Catskill no habían estado tan contaminadas, corrompidas y destruidas como gran parte de Estados Unidos durante el siglo XX. Había sido relativamente fácil

limpiarlas, restaurarlas a la belleza que ostentaban a principios de siglo. Había alguna pradera, algún manzano. Era prácticamente un parque nacional. De vez en cuando pasaba junto a una antigua casa de campo, con humo de leña saliendo de la chimenea. Su leve sonrisa contenía un toque de envidia irónica. Raros. Conocía a esa clase de gente. Aquellos que rechazaban por completo la vivienda moderna en los suburbios, las seudociudades o incluso las comunas, y vivían anclados en el pasado. Estaba seguro de que tenían sus puntos, pero aún así el noventa y cinco por ciento de la población los consideraba “bichos raros”.

El estrecho camino se convirtió en tierra. Hacía mucho tiempo que no conducía por un camino de tierra. Esto resaltaba lo mucho que la zona se parecía a la Nueva Inglaterra de antaño.

Su primera visión de Nueva Atenas lo hizo retroceder.

Se encontró con un campo deportivo tan grande que dos partidos de fútbol podrían haber estado celebrándose al mismo tiempo, y con espacio de sobra para un partido de béisbol.

Se detuvo y se quedó mirando.

Ni el fútbol ni el béisbol estaban en proceso, pero sí casi todos los demás deportes de los que había oído hablar.

Eran quizás mil hombres, mujeres y niños haciendo de todo, desde lanzamiento de jabalinas y discos, hasta carreras, saltos (tanto de longitud como de altura), salto con pértiga, levantamiento de pesas, boxeo, lucha libre, y todo lo demás. A Ted le vino a la mente la idea de unas *Olimpiadas para pobres*. La mayoría parecía entrenar solos, excepto los boxeadores y luchadores. No había nada que implicara equipos.

Fue su atuendo lo que lo atrajo. Algunos hombres estaban completamente desnudos, aunque la mayoría llevaba faldas escocesas blancas cortas con dobladillo de color y sandalias. La mayoría de las mujeres llevaban monos ligeros de falda corta, aunque algunas, como los hombres, llevaban el torso desnudo. Todos con un aspecto muy griego.

Todos, hombres, mujeres y niños, parecían sudar la gota gorda con un entusiasmo desbordante. A Ted Swain le cansaba simplemente verlos.

Más allá del campo deportivo, se extendían pequeñas casas de ladrillo en todas direcciones. Posiblemente a media milla de distancia, un edificio largo, de dos pisos, insinuaba un centro administrativo. Ted se dirigió hacia él. Iba con controles manuales y, mientras conducía, observó el campo deportivo de reojo. ¡Zoroastro! Pasó junto a dos tipos musculosos armados con espadas y escudos de madera y cascos de fútbol americano. Se atacaban con más brío que habilidad. Ted Swain negó con la cabeza.

A medida que se acercaba a su objetivo, comprendió por qué fruncía el ceño: un vago reconocimiento. El edificio era una reproducción de la Estoa de Átalo. La original, en Atenas, Grecia, era una estructura de dos pisos con 21 tiendas que daban a un pórtico con profundas columnas. Había sido reconstruida por la Fundación Rockefeller, una réplica del mercado construido por Átalo, rey de Pérgamo. En la antigüedad, filósofos como Sócrates habían utilizado la Estoa para gran parte de sus enseñanzas.

Las calles ahora estaban adoquinadas. Otro poco de bullicio para recrear la Edad de Oro, supuso. Esta gente se tomaba en serio su tema comunitario. Negó con la cabeza de nuevo. Todo menos carros.

La mayoría de los peatones con los que se cruzó también vestían trajes pseudogriegos, aunque no todos. Quienes vestían ropa moderna resultaban incongruentes en comparación. El entorno exigía el atuendo antiguo.

Ahora comprendía que las pequeñas casas eran otro intento de reproducir la época de Pericles. Los griegos nunca se habían molestado en embellecer sus hogares. No eran para ellos las mansiones que prevalecerían bajo el dominio romano. Para ellos, una casa era un lugar para comer, dormir y encerrar a su esposa e hijos. Un hombre pasaba su tiempo en los edificios públicos: las stoas, las tabernas, los baños, las bibliotecas, el mercado.

Ted Swain se detuvo frente a la entrada principal de la estoa y se quedó allí un momento antes de bajarse. Los transeúntes no le hicieron caso. Suspiró y salió, tras comprobar primero su micrófono. Parecía funcionar. Lo activó con un pequeño botón y se dirigió a la puerta.

En el interior, se hizo evidente que los nuevos atenienses solo se permitían manifestaciones exteriores que duplicaran la antigua civilización griega. La sala albergaba una veintena de estatuas de mármol de dioses y diosas, de Hércules con piel de león y maza, de Aquiles, o de algún otro héroe de la Ilíada, con armadura completa. Había bancos de piedra y sillas de madera de diseño antiguo, sin duda copiados de las salas griegas de algún museo.

Ted Swain se acercó a un hombre de mediana edad envuelto en lo que parecía ser una sábana, en contraste con la gente más joven que pasaba con faldas escocesas blancas y sandalias, o con vestidos drapeados hasta los tobillos.

Dijo: «Soy nuevo y busco información sobre Nueva Atenas. ¿Podría decirme a quién debería visitar?»

El otro lo acogió y le dijo: «Te convendría vivir en Nueva Atenas, joven. Estás demasiado fofo, aunque te falta carne».

—De acuerdo —admitió Ted—. ¿A quién debo ver para saber más sobre tu comuna?

El crítico de su físico lo dirigió.

Ted Swain recorrió el pasillo hasta la puerta indicada. Estaba abierta, así que entró sin llamar. No había identificación, probablemente porque no existió en la Edad de Oro.

Había tres escritorios, dos de ellos ocupados. El del centro, el más grande, tenía detrás a un hombre mayor que cualquiera que Ted Swain hubiera visto hasta entonces en Nueva Atenas. Él también estaba envuelto en la toga que Ted insistía en considerar una sábana. Su cabello era de un blanco liso en las sienes, que se fundía con un gris hierro en la parte superior. Tenía una sonrisa sobria, ojos grises sin emociones y una voz suave y pausada.

Él dijo: “¿Qué puedo hacer por usted?”

Ted dijo: "Soy Theodore Swain..."

—Aristóteles Burton —dijo el otro asintiendo.

Ted continuó: «He oído hablar de Nueva Athenas y pensé en pasarme a ver qué tal». Estaba tanteando a medio camino entre Lesbos y New Woodstock. No había dicho que estuviera interesado en unirse, pero por otro lado no se había manifestado abiertamente como lo hizo con Bat Hardin.

El otro asintió de nuevo y dijo con naturalidad: «Por eso estamos aquí. Terpsícore, querida».

La ocupante del otro escritorio era una chica con su habitual vestido blanco y vaporoso. Sus ojos se posaron en Ted. Eran preciosos, muy separados y de un fresco azul verdoso, bajo unas cejas oscuras y pronunciadas. Se puso de pie con gracia. Con mucha gracia, de verdad. Solo el sari indio realzaba la feminidad tanto como su vestido drapeado.

"Estaré encantada de mostrarte los alrededores", dijo.

Ted, preparándose para seguirla, le dijo a Aristóteles Burton: «Gracias», y recibió otro asentimiento como respuesta. No podía creer ese nombre. Ni Terpsícore tampoco. ¿No era la diosa griega de la danza? Supuso que adoptaban nombres griegos al unirse a la comuna.

En el corredor de más allá, Terpsícore dijo: "Hay una taberna al otro lado de la calle, si quieres tomar un vaso de retsina³ mientras hablamos". Su voz era gutural y sexy.

¿Qué es una taberna? Aunque supongo que puedo adivinarlo, pero ¿qué es la retsina? Creía que en mi época bebía todo lo que no fuera lo suficientemente espeso para comer.

3 Retsina es un vino blanco resinado griego que se ha elaborado durante al menos 2000 años. Su sabor único tuvo su origen en la práctica de sellar los recipientes del vino, particularmente ánforas, con la resina del pino de Alepo en épocas antiguas. [N. T.]

“Un bar y vino”, dijo ella haciendo una mueca con sus labios carnosos.

Pensaría que los atletas como ustedes serían abstemios. Y no es que me queje.

Ella lo guió —su andar era un sueño de gracia— desde la estoa al otro lado de la calle adoquinada, diciendo: «Los griegos probablemente inventaron el vino. Suele atribuírsele a Dioniso, el dios de la vid. Es, sin duda, la bebida alcohólica más saludable. La bebemos con moderación».

Entraron en un edificio sencillo de una sola habitación con un cartel colgado delante de la puerta que representaba un racimo de uvas rojas, pero sin texto. Había unas veinte mesas dentro y una barra sin taburetes. El lugar estaba prácticamente vacío. Para sorpresa de Ted Swain, había un camarero. No había visto a un camarero en vivo desde su juventud. Con la automatización se había prescindido de ellos.

Mientras buscaban asientos, Terpsícore dedujo su reacción y dijo: «Evitamos la automatización en la medida de lo posible. Los que estamos desempleados nos turnamos en tareas como camareros, pregoneros, etc.».

Al parecer, la carta de vinos era limitada. El camarero se acercó con dos botellas y dos copas y las dejó sobre la mesa. Le guiñó un ojo a la chica y regresó a la barra.

“Recomiendo la retsina blanca”, dijo Terpsícore.

Había blanco y tinto. Ted Swain tomó el blanco y les sirvió. Aunque era blanco, el vino no estaba frío. Supuso que los antiguos griegos no usaban hielo.

Levantaron las copas y ella dijo: "Salud, salud".

Ted dijo: “No hay más Dios que Alá”, y bebieron.

Con los ojos desorbitados, casi escupió la mayor parte de la bebida. Miró a la muchacha con reproche.

—En nombre del santo Zoroastro, ¿qué es esto?

Soltó una carcajada. «Te lo advertí. Es retsina. Ese sabor a pino es resina, que se añade al vino después de la fermentación. Verás, los griegos forraban sus odres con resina para facilitar su conservación. Se acostumbraron al sabor, algo así como los escoceses se acostumbraron al sabor de la turba en su whisky y, cuando dejaron de usarla en la destilación, añadieron el sabor artificialmente. Los griegos, a lo largo de la historia, han añadido el sabor a resina a su vino».

"Y todo lo que hicieron los antiguos griegos es mágico para ustedes, ¿eh?"

Ella lo miraba con extrañeza, con el ceño ligeramente fruncido. «Pero, claro. Seguramente sabes que esa es la base

de nuestra comuna. Los griegos crearon la cultura más elevada que el mundo haya visto jamás. Intentamos revivirla».

"Pensé que los estadounidenses estábamos construyendo la cultura más elevada que el mundo haya visto jamás", dijo Ted, tomando otro sorbo de vino con cautela. ¿De verdad podrías desarrollar gusto por esto?

"Podría ser", dijo.

Pensaba que la economía griega se basaba en la esclavitud. Todo era muy beneficioso para el ciudadano ateniense, por ejemplo, pero cada ciudadano tenía un promedio de ocho esclavos. ¿Cuánto de esa alta cultura apreciaban esos esclavos?

—Es cierto —sonrió—. Solo los ciudadanos varones disfrutaron de la Edad de Oro. Pero hoy todos somos ciudadanos. Tenemos esclavos...

"¿Tenéis *esclavos*?", exclamó.

"...pero hoy nuestros esclavos son máquinas. La automatización, la industria informatizada, ha absorbido prácticamente toda la mano de obra. Menos del diez por ciento de los residentes de Nueva Atenas participan en la industria nacional."

“¿Todos trabajan en esta zona?”

"Sí, claro."

“Supongamos que el Día de la Asignación de trabajo, un miembro de su comuna consigue un puesto que lo lleva, digamos, a la Región Cuatro, al Suroeste. Entonces tiene que dejar de vivir aquí”. Dudó y añadió: “¿O hacen lo que hacen algunas de las otras comunas? Es decir, ¿dejar que renuncie a su Ingreso Universal Garantizado y el resto lo apoya con el fondo comunitario?”

Ella lo miró con una expresión de leve sorpresa. «Pues no. Lo más probable es que se transfiera al demo más cercano de esa zona».

“¿Demo?”

Así llamamos a nuestras comunas. A ver, en el suroeste están Nueva Esparta, Nueva Delos, Nueva Tebas...

Un momento. ¿Quieres decir que estas comunas del renacimiento griego están repartidas por todo el país?

—Pues sí. ¿No lo sabías? Me imagino que somos como medio millón en total.

"¿Medio millón?" Se quedó atónito. Se le ocurrió algo. "¿Cómo estáis políticamente? O sea, ¿votáis en bloque?"

Observó cómo otro ceño fruncido dibujaba una pequeña línea irregular en la piel clara sobre sus ojos. "No. En gran medida, nos manchamos con la política. Supongo que se podría decir que, en lo que respecta a nosotros, los del Renacimiento griego, Robert Owen sigue vivo."

¿Robert Owen? ¿Qué tiene que ver con esto?

Pues bien, fue más o menos el padre de la comuna moderna. Despreciaba la política, considerándola una farsa, un medio para engañar al pueblo haciéndole creer falsamente que era libre y que controlaba su gobierno.

Ted Swain negó con la cabeza. «He pasado la vida sin oír el nombre de Owen jamás. Estos últimos días, al investigar las comunas, lo he oído varias veces».

Ella se encogió de hombros levemente, un movimiento que sacudió sus pechos perfectos. No pudo evitar notar que la tela de su vestido era tan diáfana que incluso se podía detectar el color rosado de sus pezones.

Dijo: «Supongo que la mayoría de los residentes de las comunas conocen a Robert Owen. Pero ahora querrás ver un poco el pueblo. ¿Vamos?». Se puso de pie, con una media sonrisa burlona en sus labios carnosos. «Sobre todo porque no pareces apreciar la retsina».

Él sonrió con tristeza al ponerse de pie también. «Un gusto adquirido, sin duda, pero me pregunto cómo demonios se le

pega el tiempo suficiente para adquirirlo. Por cierto, ¿cómo pago esta botella?»

Ella los condujo hasta la puerta. «No. Tenemos nuestros propios viñedos y los trabajamos en cooperativa, los que no tenemos trabajo. El vino es de Nueva Atenas».

Caminaron por la calle adoquinada. No había vehículos y él comentó al respecto.

“Los odiamos”, dijo. “Obviamente, no podemos prescindir de ellos por completo. Algunos tenemos que ir a trabajar y demás. Pero los mantenemos ocultos en un aparcamiento a las afueras del pueblo”.

Por todas partes se veían los símbolos de la ciudad: pistas de tenis, piscinas, canchas de jai alai, un campo de tiro con arco. A lo lejos se veía un campo de golf.

"¿Un campo de golf?", dijo. "Creía que era un campo de fútbol escocés".

No somos fanáticos. Mencionaste que estabas investigando las comunas. ¿Entonces tu interés no se limita a Nueva Atenas?

Ahora tenía que andarse con cuidado. Dijo: «No, no solo Nueva Atenas. Hasta hace un par de días, apenas había oído hablar de las comunas. Pero cada vez me resultan más fascinantes. En Nueva Woodstock, la colonia de arte móvil,

me sugirieron que los acompañara en su proyecto de viaje a Sudamérica».

Llegaron a un parque de hermosa factura. En su centro se alzaba una réplica del Teseo, el templo griego mejor conservado.

—Oh, *vamos* —protestó Ted Swain—. No me digas que practican la antigua religión griega. ¡Zoroastro! Eso es exagerar.

Se rió con una risa tintineante. «No es Zoroastro, sino Zeus. Pero no, no realmente. Hablamos de la mitología de boquilla, pero ninguno de nosotros, que yo sepa, al menos, cree de verdad en los dioses olímpicos. ¿Eres religioso?»

Bueno, la verdad es que no. Mis padres eran metodistas, o presbiterianos, o algo así, pero eran de esos que van a la iglesia una vez al año, en Pascua o Navidad. Si les hubieras preguntado si creían en Dios, habrían respondido con indignación: «Claro», pero en realidad no eran verdaderamente religiosos. Supongo que soy agnóstico.

Dijo: «Me temo que así somos los Olímpicos, pero al menos eran un poco más interesantes que dios Jehová judío. Debió de ser un pueblo sombrío el que ideó a ese dios. Ahora bien, Apolo y Dioniso son otra cosa, por no hablar de Cupido. En cualquier caso, el templo es un lugar agradable y tranquilo para meditar. Pero ya has visto la ciudad. ¿Te gustaría entrar

en una de las casas y ver la distribución? Quizás te convenzamos de unirme después de todo».

"Genial", dijo.

—Mi casa está justo aquí. —Lo guió, mirándolo con sus ojos azul verdosos—. Eso si no te importa entrar en la casa de una soltera.

“Esta es la segunda vez, en muchos días, que señalo que soy gay con las chicas”.

Ella hizo un mohín y lo miró de arriba abajo. "¿En serio?"

“Sí, por supuesto.”

Ella lo acompañó a una de las pequeñas casas de ladrillo. La puerta no tenía identificación y la abrió manualmente.

El interior era espartano para los estándares de West Hurley. Bastante cómodo, pero espartano. La sala de estar, a la que daba directamente la puerta, ni siquiera tenía una pantalla de televisión en la pared. Los muebles, obviamente, habían sido copiados de fuentes griegas; supuso Ted por las escasas pinturas antiguas y lo poco que había llegado a través de la historia a los museos actuales. Sospechaba que parte de ello era romano, más que griego. Pompeya había ofrecido una gran selección de muebles antiguos, aunque, ciertamente, habían sido principalmente artesanos griegos

quienes diseñaron y ejecutaron los artículos domésticos romanos.

Miró a su alrededor. "¿No hay cocina?"

Dijo: «Comemos en comedores comunitarios. Evitamos mucha automatización, ya que es demasiado trabajo pesado para que cada hogar de Nueva Atenas prepare su propia comida, limpie, etc.».

—Sabio —dijo—. Sin embargo, soy un chef aficionado.

—Una vez más, no somos fanáticos. Podrías tener una cocina en tu casa, si quisieras. —Se giró y me guió de nuevo—. Aquí está el dormitorio y el baño.

Él la siguió. El dormitorio era tan espartano como la sala de estar, pero, al menos, la cama parecía amplia.

Se giró para mirarla y tiró del fajín de su vaporoso vestido. El vestido cayó a sus pies. Terpsícore no solo no llevaba sostén, sino que también era desconocedora de cualquier otra ropa interior. Ted Swain sintió un nudo en la garganta. Tenía una figura hermosa, Afrodita en mármol rosa. Sus brazos estaban flácidos a los costados.

"¿Está bien?" dijo ella suavemente, con la garganta espesa por el sexo.

Se acercó y le levantó la barbilla con el dedo índice. "Con todos estos chicos musculosos en la ciudad, ¿eliges a un tipo tan débil como yo?"

Bajó la mirada con fingido recato y murmuró: «Estoy segura de que no siempre estás... flácido. Te sorprendería cuánta energía dedican a ese ejercicio interminable. No les queda suficiente para... Ven, déjame ayudarte con la ropa». Buscó torpemente su cinturón.

Ella se estiró boca abajo en la cama, y él se sentó en el borde y le acarició la parte superior de las piernas y sus fabulosas nalgas. Le recorrió la espalda con un dedo y ella contuvo el aliento.

Dijo: «No puedo creerlo. ¿Es esto parte de la visita guiada que Aristóteles Burton te encargó que me dieras?»

Ella rió suavemente. "¿No has oído hablar de las hetairas griega?"

—Bueno, sí, pero no esperaba encontrarme con una. — Estaba más que dispuesto a llevársela.

Sus piernas eran como satén; las palmas de sus manos se deslizaban suavemente sobre la parte posterior de sus muslos y pantorrillas. Vio el brillo de su fino cabello rubio bajo la luz del sol que se filtraba a través de las persianas venecianas, y sintió la forma y la tensión de sus delgados músculos bajo el movimiento de sus dedos. Y descubrió que

podía rodear completamente sus delicados tobillos con la mano.

“Date la vuelta”, dijo con voz ronca.

—¿Por qué? —murmuró contra la almohada—. Hazme el estilo chico. ¿No has oído hablar de los griegos?

Capítulo XI

Ted Swain estaba trabajando en sus informes para Englebrecht cuando Mike Latimer apareció al día siguiente. Inicialmente, había pasado el disco donde había grabado todas las conversaciones que había tenido en las comunas y lo había plasmado todo en papel. Lo había releído, resoplando con amarga diversión por sus travesuras en Lesbos con la marimacha llamada Gloria, y resoplando aún más divertido por los sonidos que emitía en su ocasión con Sue Benny Voss, primero, y, al día siguiente, con Terpsícore. La chica de Nueva Atenas había dejado escapar un grito ahogado de sorpresa al verlo por primera vez; evidentemente, era más grande de lo que esperaba. En ambas ocasiones, había olvidado apagar el micrófono.

Los informes eran difíciles de redactar. En realidad, no se le ocurría nada que pudiera aportar. Ciertamente, nada que

fuera de particular interés para el académico Englebrecht. Intentó ordenar y analizar los datos que había recopilado hasta el momento, pero el esfuerzo parecía conducirlo a callejones sin salida.

Claro que hasta entonces solo había investigado dos de estas comunas en expansión, pero su investigación ciertamente le aportó poco para comparar las comunas primitivas con las modernas. Aquí estaba su gran oportunidad, y en el fondo sentía que la estaba desaprovechando. Simplemente no entendía la situación.

Se oyó un suave zumbido y pulsó el botón de identificación de la puerta en su teléfono. El rostro que apareció fue el de Mike Latimer. Apretó el botón para abrir la puerta principal, se puso de pie y fue a la sala a recibir a su visitante.

El otro vestía pantalones cortos bermudas, llevaba zapatos gruesos para caminar y llevaba un bastón de espinas negras.

Le hizo un gesto con el bastón a Ted a modo de saludo, se dejó caer en un cómodo sillón y dijo: «Pasaba por aquí dando un paseo y pensé en pasarme un momento. ¿Te apetece algo?».

—¿A estas horas de la mañana? —gruñó Ted, pero señaló con la cabeza hacia el autobar—. ¿Qué tal una copa de retsina?

Mike se levantó con dificultad de la silla y se acercó a la barra. "¿Qué es la retsina?"

"Vino con resina."

—Suenan horrible. —Mike se preparó un vaso de cerveza.

—Sí, pero los griegos lo bebían así, así que eso es lo que beben en Nueva Atenas. Hacen otras cosas que los griegos solían hacer en Nueva Atenas. Incluso las chicas.

Mike Latimer regresó a su silla con el vaso en la mano. «Ah, sí. Tu libro sobre las comunas. ¿Cómo va?»

"Es un auténtico jazzero", dijo Ted con tristeza. Casi estaba decidido a tomar una copa con el otro.

Mike dio un sorbo a su cerveza. "¿Sabes, Ted? Creo que tienes un mal ambiente. Si yo fuera tú, saldría de ahí como un bailarín de ballet".

No me molestes. A mí no me entusiasmaba mucho la idea, pero a todos los demás parece que sí.

"¿Quiénes son los demás?"

Te hablé de George Dollar. Bueno, ayer el académico me invitó a conocer a Henry Neville. Ya sabes, el director local de las Fuerzas de Seguridad Nacional. Él también está muy interesado.

Los ojos de Mike se posaron en el rostro de Ted y había un brillo en ellos que no había estado allí antes. Dejó su vaso, luego puso una mano sobre el dorso de la otra y apretó los nudillos.

—Henry Neville. ¿Por qué demonios debería interesarle tu tesis sobre las comunas?

—¿Qué pasa con Neville? —preguntó Ted frunciendo el ceño.

Me lo he encontrado una docena de veces. Si esto hubiera sido hace cincuenta años, estaría trabajando con el senador Joe McCarthy.

“¿McCarthy?”

“O, si hubiera sido hace sesenta años, probablemente habría obtenido la ciudadanía alemana para poder alistarse en la Gestapo de Hitler”.

—Vamos, no es más que un policía de alto rango.

No es su culpa. Dale una mínima oportunidad y con gusto empezará una cadena de campos de concentración. Personalmente, espero que contraiga piedras en la orina.

Ted Swain decidió que seguía sin querer beber alcohol a esa hora de la mañana. Solo le haría sentir pesado. Sin embargo, se puso de pie y fue a la cocina a buscar el bote

donde guardaba su dulce de hachís. Solo quedaba un trozo. Lo sacó y regresó a la sala, mordisqueándolo.

Le dijo a Mike: «La primera vez que lo conocí. Me pareció bastante bueno. Un poco fanático de las comunas, eso es todo. Un poco fanático de ellas».

¿Qué quería saber sobre las comunas?

Me di cuenta de que sus hombres tenían dificultades para operar en la zona comunal. Los miembros se niegan a cooperar. Afirma que incluso albergan a criminales, fugitivos de la justicia.

Mike Latimer terminó su cerveza y resopló. "¿Qué criminales? ¿Cómo pueden cometer tantos delitos cuando no hay dinero ni nada que valga la pena robar que no se pueda conseguir con la Renta Universal Garantizada?"

Ted Swain dio otro mordisco a su dulce y dijo con suavidad: «Hay otros delitos además del robo. Neville mencionó la violación, por ejemplo».

¡Violación! ¿En estos tiempos? ¿Quién quiere molestarse con la violación cuando todo lo que tienes que hacer es quitarte el sombrero y decirle a cualquier chica: "¿Quieres un poco de sexo?"

Ted se rió. "Me lo estás diciendo. Para cuando termine esta investigación, estaré en la ruina. No tienes que preguntarles,

ellos te preguntan... si se toman el tiempo de preguntar. Cuando termine, recuérdame que te dé una descripción detallada".

—Sálvame —dijo Mike—. ¿Qué más quería saber ese loco de Neville?

Oye, no uses nada de esto en tu programa. Con Dollar y Neville animándome, lo tengo todo bajo control. No quiero contrariarlos. Si dijeras algo despectivo sobre alguno de ellos, sabrían de dónde salió.

—Bien. ¿Y qué más?

Opina que las comunas son focos de subversión, como él mismo lo expresó. Cree que son potencialmente peligrosas políticamente.

—¡Caramba! —resopló el otro, poniéndose de pie—. Así que ya has visitado dos de estas comunas. ¿Qué sigue?

Ted Swain terminó el dulce de hachís. Ya empezaba a sentir un ligero subidón. «Supongo que iré a Nature, la comuna nudista. Luego quizá a Jissom, donde no confían en nadie mayor de treinta, como norma. Creo que mañana iré a la comuna agrícola de Walden. Todavía no me he enterado bien de eso. Nunca antes había prestado atención al movimiento comunal; estoy demasiado ocupado con mis estudios como para mirar a mi alrededor».

"Está arrasando el país", asintió Mike. "No me sorprendería que hubiera más población viviendo en algún tipo de comuna que en otras circunstancias". Agitó su bastón en señal de despedida. "Bueno, supongo que me largaré. Nos vemos, Ted".

"Hasta luego, hombre", le dijo Ted a sus espaldas mientras el comentarista de noticias se marchaba.

Volvió a la cocina. El hachís le estaba haciendo efecto y quería otro. Dos eran más o menos lo normal. Si tomabas más, te emborrachabas demasiado para operar. Buscó en un cajón su libro de recetas privado.

Pensó en probar la fórmula de El Majoun esta vez, traído directamente desde Marruecos, donde eran especialistas en las diversas maneras de consumir cannabis. El Profeta había prohibido el alcohol a los fieles, pero no había mencionado nada del kif, como llamaban a la marihuana en el norte de África, y los musulmanes la habían consumido prácticamente en todo el mundo desde entonces. Se preguntaba por qué quienes habían tenido una visión tan negativa del cannabis aquí en Estados Unidos, antes de su legalización, no habían considerado a los países árabes antes de que lo vieran con tanta alarma. Una docena o más de siglos de uso continuo aparentemente no habían perjudicado a los seguidores del islam.

Sí, aquí estaba. El Majoun.

Se toman dos libras de almendras doradas en mantequilla; una libra de nueces; un puñado de bellotas peladas; dos libras de pasas con semillas; una pizca de pimienta negra, nuez moscada, pimienta de Jamaica y canela; y se machacan en un mortero hasta que se mezclan. Luego se agrega una libra de miel y nueve onzas de mantequilla y se cocina todo a fuego lento hasta que alcance una consistencia espesa, similar a la mermelada. En este punto, se agrega una o dos onzas de cannabis sativa y se remueve bien. Se hacen bolitas con la mezcla del tamaño de una nuez pecana y se rebozan en sésamo. Y, sí, dos de ellas eran una dosis suficiente.

Hizo lo que debía hacer, notando que le faltaban dátiles y bellotas y recordándose a sí mismo que debía conseguir un nuevo suministro.

Cuando terminó, decidió que no quería otro trozo y metió su producto en el bote de cerámica. Se quedó allí un momento, preguntándose si debería preparar un poco de mermelada de hachís mientras tanto, pero decidió que al diablo con ello.

De hecho, solo era un consumidor moderado. Normalmente estaba demasiado ocupado como para querer volarse la cabeza. Y, por eso, comprendía que el consumo de cannabis había ido disminuyendo en los últimos años. Tras su legalización, parte del placer de consumirlo se había desvanecido.

Regresó al estudio y miró con tristeza su vocotipo, su amplificador de biblioteca y su autoprofesor. No le apetecía hacer los informes para Englebrecht. Quizás lo haría mejor, haciéndolos más interesantes, si tuviera más información. Decidió conducir hasta Fenicia y buscar información sobre la comunidad nudista que Bat Hardin había mencionado.

Sacó su transceptor, llamó a un vehículo eléctrico y se dirigió a la puerta.

Comuna nudista. ¿No las llamaban colonias nudistas? Desde que tenía memoria, había oído el término, aunque nunca había visto una. Debía de ser uno de los tipos de comunas más antiguos: gente con ideas afines que se unía para poder andar en común con otros que deseaban presentarse desnudos. Últimamente, había bastante desnudez casi total, incluso en algunas playas, pero supuso que había suficientes personas mayores como para oponerse a la desnudez total en las calles en la vida cotidiana.

El vehículo automatizado se deslizó hasta la acera frente a él y él levantó una pierna y se acomodó detrás de los controles manuales.

El camino de West Hurley a Phoenecia lo llevó a través de la parte de las montañas Catskill que había visitado el día anterior, atravesando Lake Hill y pasando el desvío hacia New Athens. Le encantaba el aspecto y la textura del paisaje.

Disfrutaba de la luz del sol abriéndose paso entre las brillantes hojas otoñales y danzando sobre la superficie del camino como relucientes monedas nuevas. Las praderas en pendiente estaban prácticamente libres de casas o graneros, y algunos pequeños lagos titilaban a la luz del sol. Era un día excepcional, decidió.

No fue difícil localizar Nature. Un camino de tierra se bifurcaba hacia ella, antes de llegar a las afueras de Fenicia. Había un gran cartel:

NATURALEZA

BIENVENIDOS A LA COMUNA NUDISTA

Era angosto, los árboles se apiñaban a cada lado y las hojas de arce rojo caídas lo pavimentaban hasta tal punto que rara vez se veía la grava del camino.

Pasó junto a sus primeros nudistas antes de llegar al asentamiento propiamente dicho: dos mujeres y un hombre paseaban en traje de baño, obviamente dispuestos a disfrutar de la belleza de la temporada. De mediana edad, el hombre tenía barriga; las mujeres, pechos algo caídos. Lo saludaron al pasar; él les devolvió el saludo.

No había ninguna valla que rodeara la comuna, pero en sus afueras se encontraban lo que supuso eran los edificios administrativos. Tres en total.

Otra señal:

BIENVENIDOS LOS VISITANTES

POR FAVOR REGÍSTRESE AQUÍ

Ted Swain estacionó su auto y se lanzó.

Las puertas del mayor de los tres edificios estaban abiertas. Entró. En el pasillo vacío que había al otro lado, otro cartel anunciaba *Visitantes*, y una flecha indicaba el camino.

Así que siguió las instrucciones. Dos puertas más allá había una con otro cartel de "*Visitantes*". La puerta estaba cerrada, pero él supuso que lo correcto era entrar. Simplemente entró.

Era una oficina informal. Varias sillas, una mesa con varias revistas, todo de estilo nudista, un sofá bastante grande, un escritorio pequeño sin nada encima, salvo un videoteléfono. Una de las ocupantes estaba de pie junto a la ventana, de espaldas a él.

Ted Swain se aclaró la garganta y dijo: «Disculpe». Ella se giró, sonriendo.

Ted la observó detenidamente. Fue un placer hacerlo. No tenía veinticinco años, aunque esta era la edad que podía sugerir. Un rostro ovalado, con la piel demasiado apretada sobre el hueso inferior, de modo que se formaban pequeños

huecos bajo los pómulos altos. La piel estaba bastante bronceada, su cabello a la moda, del color del dije de un reloj de minero de oro, lo llevaba en un corte bob cuidadosamente descuidado.

Y estaba vestida a la última moda de la naturaleza. En resumen, estaba completamente desnuda, incluyendo sus delicados pies. Y Ted Swain era un hombre de pies desde hacía mucho tiempo. Sin embargo, llegar a los pies abarcaba un terreno admirable.

Obviamente, a ella no le importaba en absoluto que sus ojos se detuvieran en su ombligo, su vientre femenino y redondeado y el suave vello púbico color paja que realzaba su mons veneris. Siguió sonriendo y dijo: "¿Puedo ayudarle?".

Podría haber respondido de otra manera, aunque solo unas horas antes se había dicho que Terpsícore, la guía de Nueva Atenas, lo había dejado sin aliento el día anterior. Pero dijo: «He oído hablar de la naturaleza y pensé que me gustaría saber un poco más sobre el bullicio de aquí».

—Claro. —Se acercó y me ofreció la mano—. Soy Bethie McBride. Hoy soy recepcionista. ¿Pensabas unirte?

Su mano era exactamente lo que él esperaba. La mano suave, seca y cálida de una de las chicas más atractivas que recordaba haber conocido. Si no hubiera estado Sue Benny

Voss, allí en New Woodstock, el otro día, podría haberla llamado *la* chica más atractiva que jamás había conocido.

Dijo: "¿Por qué...? No lo sé. Solo vine a echar un vistazo".

Se aclaró la garganta de nuevo. "Eso es..."

Ella se rió agradablemente, sinceramente y sin echar la cabeza hacia atrás para hacerlo.

Dijo: «Después de los primeros años en una comunidad nudista, ya no te importa que te miren». Torció la boca con humor. «De hecho, te molesta un poco que un joven como tú no mire. ¿No te quieres sentar?».

Ella se sentó detrás del escritorio y Ted eligió una de las sillas. Desafortunadamente, para él, solo la parte superior de su torso era visible.

Dijo: «En realidad, soy estudiante en la ciudad universitaria. Estoy intentando escribir una tesis sobre las comunas, sobre comunas de todo tipo. Nature es una de las más cercanas a donde vivo. Pensé en pasarme a ver qué os motiva».

Por supuesto. Los nudistas hacemos proselitismo. Nuestro objetivo final es convertir a toda la población del país.

“¿Eso no generaría mucha oposición por parte del gremio textil?”

Se rió de nuevo. «Es posible. Sin embargo, nuestra sociedad actual lleva décadas eliminando el trabajo innecesario. El trabajo es una maldición, no una bendición. ¿Qué ha pasado con los camioneros y los autobuseros ahora que tenemos vehículos automatizados?»

"Todos reciben la Renta Universal Garantizada", dijo. "Por cierto, me llamo Theodore Swain".

Creyó detectar que ella entrecerraba ligeramente los ojos, pero decidió que no podía ser. Seguramente nunca había oído hablar de él.

Ella dijo: "Ted, sin duda".

"Por supuesto."

Ella dijo: «Con gusto te mostraré la naturaleza. Solo hay una norma».

"¿Ah? ¿Qué?"

"Tendrás que quitarte la ropa."

Lo pensó por un momento incómodo. "Me temo que podría ser vergonzoso".

Dijo: "¿Pero por qué? Todos los demás están desnudos. Si no lo estuvieras, llamarías la atención como una morsa en una pecera".

Se frotó la boca con el dorso de la mano y decidió que en ese ambiente no se podía ser tímido. Dijo: «La verdad es que soy... eh... un ser humano normal. Cuando veo a una chica guapa y desnuda, me da una erección y tengo la ligera sospecha de que hay bastantes chicas guapas y desnudas por aquí ».

—Pues sí —sonrió, con un toque de recatada—. Pero no hay de qué preocuparse. ¿Qué mejor cumplido podrías hacerle a una chica?

Nunca lo había pensado de esa manera. Su origen familiar conservador aún lo acompañaba hasta cierto punto.

"Te refieres a...

—Por supuesto. Ninguna de nuestras mujeres se opondría a que indicara que las considera atractivas. A primera vista, no somos mojigatos aquí en la Naturaleza, Sr. Swain. Esta comuna se formó con la intención de eliminar la mojigatería.

—Ya veo. —Ted Swain respiró hondo—. Genial. ¿Dónde dejo mi ropa?

“Justo en el armario de allí.”

“¿Dónde me desvisto?”

“¿Dónde? Aquí mismo.”

—Genial—dijo, poniéndose de pie.

Le dio la espalda y ella sonrió con suficiencia mientras él empezaba a quitarse la chaqueta, la falda escocesa, los zapatos y los calcetines. Los colgó en el armario y luego se giró para mirarla directamente a los ojos.

“Prepárate para recibir elogios”, dijo.

Ella lo miró parpadeando y trató de financiar una sonrisa que estaba en bancarrota antes de nacer.

—Entiendo lo que quieres decir —dijo con tristeza—. Supongo que no te conviene andar por la ciudad con esa pinta tan... agresiva.

—Te lo dije —dijo Ted razonablemente.

—Mmm. Bueno, supongo que tendremos que hacer algo al respecto.

Capítulo XII

“¿Como qué?” dijo.

Ella lo tomó de la mano, lo condujo hasta el sofá de cuero marrón y lo sentó. Él parpadeó sombríamente, esperando el desarrollo de la situación.

Comenzaron de inmediato. Ella se sentó a horcajadas sobre él, lo ayudó a entrar con la mano y luego se acomodó por completo. Le sonrió a los ojos.

“¿Alguien te dijo alguna vez que eras tan feo que eras guapo?”

Respiró hondo. «No exactamente. Suelen decir que me parezco a Abraham Lincoln».

Empezó a hacer un movimiento suave. "Bueno, sí que lo haces. ¿Has visto alguna vez los retratos de Brady? Esa tristeza infinita. Me imagino que Cristo se veía así."

—Jesús —dijo sin sentido—. ¿Yo?

Parecía una conversación apasionante dadas las circunstancias. En realidad, la posición tenía sus ventajas. No había que preocuparse por la chica. Ella controlaba la situación. También era práctico para besar, y su boca carnosa estaba diseñada precisamente para eso. La besó. Su lengua le indicó, sin decir palabra, que ella tampoco era inexperta en ese campo.

Su respiración comenzaba a volverse ligeramente más rápida.

Él dijo: "¿Qué pasaría si alguien entrara?"

Su respiración se aceleraba aún más, al igual que sus movimientos.

"Podrían mirar o, si quisieran, unirse a nosotros".

De repente, su rostro palideció, su mirada se volvió vaga y baló con excitación algo que él no entendió. Se puso rígida y se embistió violentamente contra él media docena de veces. Disminuyó la velocidad, pero no se detuvo.

"Guau", dijo ella.

Parecía una experta en orgasmos múltiples y llegó al clímax dos veces más antes de que terminaran juntos. Permaneció donde estaba un par de minutos antes de deslizarse de su menguada eminencia para desplomarse en el sofá junto a él.

Respiró hondo. "¿Así está mejor?"

Cruzó los dedos mientras recordaba a Sue Benny y dijo: "Es mejor que cualquier otra cosa que haya probado en mucho tiempo".

Ella lo miró con picardía. "Apuesto a que se lo dices a todas las chicas".

Él dijo: "Bueno, ¿estamos listos para salir a la ciudad?"

Ella pensó en eso, giró la cabeza para mirarlo y él vio que sus ojos estaban extrañamente claros y brillantes de nuevo. Bethie obviamente amaba el acto de amor.

Dijo: «Lo dudo. Sospecho que eres de los viriles. Sobre todo con esto en mente, las primeras dos chicas que vieras y estarías rígido, de nuevo. Espera unos minutos a que recupere el aliento».

“Con estas tácticas”, dijo, “se debe lograr que muchos se adhieran al nudismo”.

“Oh, no todos los visitantes son como tú”.

No podrían. Nunca lo soportarías.

Después de unos minutos de respiración profunda mutua, ella se acercó y comenzó a acariciarlo, y casi inmediatamente él comenzó a responder.

—Ya lo ves, te lo dije —dijo ella.

Dijo con voz ronca: «Esta vez déjame subirme. Me da mucha risa no poder moverme, sobre todo justo al final».

“Genial, hombre.”

Más tarde se ducharon en el pequeño baño contiguo a la sala de recepción de visitas, preparándose para salir a disfrutar de la naturaleza. De lo contrario, el olor a sexo agotado habría advertido a todos sobre lo que habían estado haciendo.

Abandonaron el edificio de recepción y caminaron juntos por el paseo, rodearon el edificio y se dirigieron hacia la extensa ciudad.

Ted Swain dijo: «Esa pequeña fanfarronería sobre alguien que viene a veros o a unirse a vosotros. ¿Qué significa? ¿Lo decís en serio?»

"Por supuesto."

“Bueno, ¿qué tipo de costumbres sexuales tenéis aquí en Nature?”

No tenemos ninguna. Hace tiempo que en las comunas nudistas nos distanciamos de las costumbres sexuales. Son ridículas.

“Han estado con nosotros durante mucho tiempo, a pesar de cómo están cayendo en estos días”, dijo él en un tono de protesta leve.

No, no lo han hecho. ¿Has oído hablar de la ilustración del hombre en los últimos 50.000 años, habiendo pasado por aproximadamente 800 vidas?

"No creo."

Bueno, de esas 800 vidas, al menos 650 transcurrieron en cuevas. El cavernícola era nudista y solo se ponía pieles de animales cuando el clima lo exigía. Y no tenía la institución del matrimonio ni de familia sindiásmica⁴. Era completamente promiscuo. En el sistema de clanes primitivo, todas las mujeres estaban casadas, si se le puede llamar así, con todos los hombres.

Como etnólogo, lo acepto, aunque algunos no lo harían. Las primeras formas de la familia, la consanguínea y la

⁴ En la familia sindiásmica se da un “matrimonio por grupos”, en la cual una mujer podía tener varios esposos, pero siempre tendría uno “principal”, lo mismo pasaba con el hombre y su relación con varias mujeres. [N. T.]

punalúa⁵, fueron estudiadas considerablemente por Lewis H. Morgan.

“Incluso los egipcios eran mayoritariamente nudistas, lo cual no sorprende en ese clima”, dijo. “Cosas como la vestimenta por modestia, en lugar de protección contra los elementos, no se implementaron hasta la religión organizada. Tampoco el matrimonio. De hecho, incluso hoy en día, en muchos países subdesarrollados, los niños andan desnudos hasta la pubertad. E incluso hoy en día no hay restricciones de sexo hasta el matrimonio, y a menudo ni siquiera entonces”.

Ah, cierto, entonces la vestimenta y las costumbres sexuales son relativamente recientes en la historia de la humanidad. Pero vayamos al presente. ¿Quieres decir que en esta comuna todos se tocan entre sí?

—Claro que no. Pero te acuestas con quien quieres.

Genial. Imagina que alguien quiere tocarte, pero a ti no te atrae especialmente. ¿Qué pasa?

"Supongo que encontraría a alguien más".

Empezaban a acercarse a algunas de las casas de la comunidad. Hasta donde Ted Swain podía ver, el pueblo era bastante similar a West Hurley. Las casas eran

⁵ La familia punalua, originaria de Hawái, se caracteriza por la práctica de tener múltiples esposos o esposas dentro de un mismo grupo familiar. [N. T.]

aproximadamente del mismo tamaño, tipo y calidad, y estaban bastante separadas. La gran diferencia era que todos los peatones iban desnudos. Y los niños que jugaban en la calle, también. Al menos, tenía que admitir que todos lucían un bronceado fabuloso.

La miró y dijo: «Supón que este idiota te considera la zorra que acaba con todas las zorras. Muy cachonda por meterte en sus pantalones. No, obviamente eso está mal. Muy cachonda por meterte en los pantalones, y punto».

Ella esbozó una sonrisa. "Entonces probablemente lo dejaría, por pura bondad, pobrecito."

Ted Swain negó con la cabeza. «Debe haber mucha investigación en Nature».

“Claro. Es el mayor placer humano, ¿por qué no aprovecharlo?”, señaló. “Allí está nuestro complejo de piscinas. Piscinas calientes, piscinas frías, piscinas solo para adultos, piscinas solo para niños, piscinas mixtas, piscinas para el entrenamiento de los atletas. Adoramos el agua, como el sol.”

Observó las extensas canchas de tenis y otras instalaciones deportivas. "Me recuerda a New Athens, cerca de Lake Hill", dijo.

“Ah, sí. Tenemos mucho en común. Allí practican bastante el nudismo; aquí practicamos mucho el deporte. Intentamos

que se vuelvan más nudistas, y ellos intentan que nos sintamos más griegos”. Ella se rió. Se dio cuenta de que reía con facilidad. “Lo mismo ocurre en todo el país; los nudistas intentan convencer a los activistas del renacimiento griego, y ellos, a su vez, intentan convencernos a nosotros”.

Se acercaban a un parque bastante grande: jardines, césped, árboles, paseos, bancos, un pabellón en el centro.

Dijo: «Esta es la plaza. Los mayores, en particular, se sientan a jugar al ajedrez, a las damas, a las cartas o lo que sea. Todos pasamos el mayor tiempo posible al sol».

Pasearon por uno de los senderos. Debía de haber varios cientos de ancianos en los bancos o despatarrados en el césped. Es cierto, decidió Ted, que el cuerpo humano solo es atractivo en la juventud. Pero supuso que eso también se aplicaba a la mayoría de los demás animales.

Bethie McBride dijo: «Aquí está uno de los miembros originales de nuestra comuna. Quizás le interese hablar con él. Lleva aquí desde antes de que yo naciera».

Se encontraron con un hombre sentado en un banco de madera, completamente relajado. Podría tener entre setenta y noventa años, pensó Ted, y estaba bronceado hasta los huesos, con tonos indios, desde los pies hasta la cabeza completamente calva. Sin embargo, su barriga era moderada y parecía gozar de excelente salud. Era de

estatura mediana, con una complexión que había comenzado siendo gorda y terminó siendo corpulenta. Su rostro era redondo y propenso a hincharse alrededor de los ojos y bajo la barbilla. Tenía arrugas en las comisuras de los ojos y algunas cerca de la boca, pero no la cantidad que correspondía a su edad. Su barba era enorme y gris, lo que le daba un aspecto parecido al de un Karl Marx calvo.

Bethie dijo en tono amable: «Digger, aquí hay un visitante. Está investigando las comunas, incluyendo Nature. Le dije que si alguien podía responder a sus preguntas, eras tú. Se llama Ted».

Digger extendió la mano en señal de bienvenida. "Muy bien, Ted", dijo. "Descansa". Señaló el banco.

Ted se sentó, pero Bethie McBride miró al sol y dijo: «Mejor me voy a la oficina. Podrían llegar nuevas visitas». Miró a Ted Swain y le tocó la mejilla con el dorso de la mano. «Te dejo con Digger. Será la hora de comer en una hora. Nos vemos en la autocafetería».

Dijo: «Genial». No pudo evitar notar que todo en ella parecía resplandecer: cabello rubio y ojos azules, brazos, hombros, piernas y cuerpo desnudos y suaves. Todo resplandeciente y precioso bajo la luz del sol otoñal. Era una buena publicidad para el nudismo.

Ella sonrió de nuevo, con su pequeña y rápida sonrisa, y se dio la vuelta y se alejó, por donde habían venido.

El anciano la siguió con la mirada. «¡Qué bonito culo! ¡Qué pasada!», dijo con firmeza.

Ted se preguntaba para sus adentros si Digger decía que la chica era una buena coqueta, o simplemente que sus nalgas, sin duda insuperables, eran preciosas. Seguramente una chica de veintitantos años no se enamoraría de un viejo como este, incluso suponiendo que el otro estuviera a la altura.

Ted Swain apoyó los brazos en el respaldo del banco y se relajó. Dijo: «Bethie dijo que eras el mayor de los miembros de la comuna».

—Claro, hombre. Soy el veterano por aquí.

“¿Te importaría decirme por qué elegiste una comuna nudista en lugar de una de otro tipo?”

—Para mirar a las chicas, bueno. Últimamente no puedo hacer mucho más, salvo quizás hacerles sexo oral. —Se movió con interés—. Mira qué tetas tiene esa. ¡Qué chulada! ¿Eh? ¡Guau!

Ted Swain miró a la transeúnte y asintió interiormente, aunque Bethie lo había dejado en tal estado que no podía apreciar del todo a la mujer que pasaba caminando.

¿Cuántos años lleva usted involucrado en las comunas?

Desde siempre, tío. Yo estaba en esto antes de que llegaran los hippies. En mi época nos llamábamos 'beatniks'.

“¿Beatniks?”

—De la generación beat. Ese soy yo, tío. —Suspiró el viejo—. Abandonamos la escuela y la mayoría nos quedamos fuera.

Ted Swain estaba fuera de sí. Dijo: «Hace mucho que no oigo la palabra 'hippie'».

Viene de 'hep'. Hep al jive [Sin tonterías]. Quería decir que te gustaría.

Ted se aclaró la garganta. "¿Cómo era ese término 'chick'?"

—Chica, chica. En la época de mi padre las llamaban tías, tomates. A los jóvenes los llamábamos adolescentes, durante un tiempo. Tengo mucha experiencia, tío. Dejé la escuela antes de que nacieras.

“¿Quieres decir que llevas más de treinta años viviendo en comunas?”

—Exacto. Tío, yo estaba tomando té a todo volumen cuando todavía te meabas en los pañales.

"¿Té explosivo?"

Todavía le llamas mota, ¿verdad? Claro. De niño, le llamábamos porro a un porro. Más tarde le llamamos palo. Mota, muggles, porros, hierba, té, hierba, ahora mota. La mota se ha mantenido durante mucho tiempo. Por ejemplo, cuando tantos tipos empezaron a usarla, el nombre se congeló.

—Eh, volviendo atrás. ¿Esta no es realmente la primera comuna a la que has pertenecido?

El otro lo miró con cierta indignación. "Tío, he vivido en comunas desde la adolescencia. Allá en Haight–Ashbury, allá en Taos, allá en San Miguel Allende, en México. La marihuana era tan barata en México que era prácticamente gratis. El problema era que los mafiosos te arrestaban sin pensarlo dos veces".

Recordó. «Taos era un buen lugar. Era un pueblo genial cuando fuimos por primera vez. Teníamos tres casas de adobe cerca de Arroyo Seco, a unos 13 kilómetros del pueblo y lindando con la reserva indígena. Justo en las faldas de la sierra de Sangre de Cristo, como. Éramos unos veinticinco de media. Iban y venían. Teníamos huertos, gallinas y, normalmente, algunos cerdos».

—Suenas genial. ¿Cómo te fue? —preguntó Ted, interesado—. Me refiero a la agricultura. ¿Pudiste cultivar toda tu comida? Pero, incluso si lo hicieras, ¿qué tal...?

¿Ropa, gasolina para los autos, medicinas, cosas así?
¿Pudieron vender algunos de sus productos?

Ni hablar, hombre. Ninguno de nosotros éramos agricultores de verdad. No estábamos entre bastidores. Conseguimos algunos libros y algunos panfletos del gobierno, pero no nos sirvieron de mucho. Aparte de eso, solo cinco o seis de nosotros a la vez trabajábamos mucho. La mayoría preferíamos sentarnos a tocar la guitarra o a drogarnos. ¿Ropa? No usábamos mucha ropa; vaqueros y camisas militares caqui, casi siempre, y casi todo el año íbamos descalzos.

“Pero había que tener algo de dinero, para medicinas y ese tipo de cosas”.

Las manos cuadradas del otro se cerraron con desgana sobre su ligera barriga mientras recordaba. «Bueno, nos lo tomamos con calma. Dejamos que pasara lo que pasara y luego nos encargamos de ello lo mejor que pudimos. De vez en cuando, alguien se unía a nosotros con un poco de pan. Dinero de los de casa, tal vez. Lo echaban al fondo común. Rebuscábamos por ahí, agasajábamos a algunos vecinos, o en el pueblo. A veces, no muy a menudo, venía algún gato con nosotros con picazón en los dedos. Quizás arrancaba algo y lo vendíamos».

Ted Swain cerró los ojos brevemente y negó con la cabeza rápidamente, como si no pudiera asimilar la situación. Dijo: «Pero si tu jardín era un desastre, ¿qué comías?».

"Tío, me lo recuerdas todo", dijo Digger. "Teníamos algunas cosas de los huertos, pero sobre todo comprábamos un saco de maíz, o quizá cebada o avena, cuando teníamos pan. O había uno que tenía una tienda de piensos y nos compadecía. Uno de sus hijos se había ido a Haight–Ashbury y no había tenido noticias del pollito en más de un año. Enviábamos a una de las pollitas, con uno de los niños en la cadera, y ella lo azuzaba y él salía corriendo con un saco de maíz y lo molíamos para hacer pan y papilla de maíz. También nos volvimos bastante buenos manejando la sartén. Y luego empezaron con los cupones de alimentos.

Y montamos esa escena. El hombre repartía cupones de alimentos gratis y recibías productos básicos que el gobierno había comprado como excedentes. Fue genial.

“Supongamos que te enfermas...”

Bueno, todos aguantamos. Quizás alguno tenía formación médica en el ejército; quizás alguna de las chicas había estudiado enfermería un año o dos antes de dejarlo. Si era algo muy grave, nos íbamos a la clínica gratuita de Taos.

“¿Ninguno de ustedes ha trabajado nunca?”

—¡Ni hablar! ¡Guau! ¡Me encanta esta chica que baja por la acera! ¡Me encanta cómo se mueven sus caderas!

La chica pasó y le sonrió al viejo diablo lujurioso. «Hola, Digger», dijo. «¿Qué giras?»

Digger la miró con lascivia. "Ya sabes cómo le gusta a PD hacer girar".

—A ver si te pones nervioso, padre —le sonrió. Miró a Ted Swain de arriba abajo antes de continuar. No tendría más de dieciocho o veinte años, y era pelirroja y tenía los ojos verdes, y su vello púbico también era rojo. Ted no recordaba haber tocado nunca a una pelirroja. Se recordó a sí mismo que debía investigar el asunto, aunque después de sus experiencias de los últimos días, tenía tanto interés en el sexo como un ermitaño.

Suspiró y volvió con el viejo hippie. "¿Cómo pagaban el alquiler de sus casas y terrenos si no tenían ingresos?"

A ver si me acuerdo de la escena. Ah, sí. Por ejemplo, una de las chicas tenía un padre rico. Antes de dejar la escuela, se ganó un par de miles. Extendió algunos cheques falsos o algo así. En fin, cuando se unió a nosotros, aún le quedaba algo de dinero. Echamos cinco billetes al fondo común y compramos tres acres de tierra y las tres casas de adobe. No eran gran cosa como viviendas. Suelos de tierra, sin electricidad, muebles caseros, sin agua. Teníamos que

acarrear el agua en cubos de basura desde el manantial. Teníamos una letrina. ¡Cómo apestaba!

Ted Swain no lo podía visualizar muy bien. Dijo: "¿Pero de dónde sacabais el dinero para la gasolina?"

No teníamos ruedas. Si queríamos ir a algún sitio, levantábamos los pulgares.

Mencionaste los hijos. ¿Alguno de ustedes estaba casado?

Digger pensó, rascándose el estómago. «No lo creo. Solíamos tener tres o cuatro hijos. Todos los cuidábamos. A veces olvidábamos a quién pertenecían. Quizás alguna chica se iba y dejaba a su hijo. Nosotros lo cuidábamos. Quizás alguna de las otras chicas, o quizás uno de los gatos, lo adoptaba. A todos les gustaban los niños».

Ted Swain deseó tener su dispositivo electrónico. Le habría gustado grabar esto. Todo era nuevo para él. Había nacido en los años 60 en una familia relativamente acomodada. Sus padres tenían estudios universitarios; su padre, gerente de ventas. Ted nunca había estado en contacto con los hippies. Apenas conocía la palabra.

Dijo con cuidado: «Mencionaste la mendicidad e incluso pequeños robos. ¿No te tenían en mala estima las autoridades locales?»

Digger cambió un poco de postura. «Oh, de vez en cuando nos metíamos en un lío. Quizás pillaban a uno o dos. Quizás por posesión, o lo que fuera. Solíamos fumar marihuana y consumir cualquier otra cosa que pudiéramos conseguir, anfetaminas, hachís. Pero nos lo tomábamos con calma. Un par de meses en la cárcel no le hacían daño a nadie. Al menos te daban unas cuantas comidas, y cuando te echaban, solían darte algo de ropa».

“¿Qué pasa con la gente local, las, eh, las de las plazas?”

Al principio, todos estaban bien. Eran los chavales chicanos, sobre todo, los que no nos querían. Todos tenían el sueño de ser heterosexuales. Querían buenos trabajos, coche, una caja tonta de color. No podían ver más allá de las apariencias, ya sabes. No podían entender el hecho de que estuviéramos en condiciones de conseguir todo eso y no lo hiciéramos. Algunos de nosotros, la mayoría, veníamos de familias bastante bien situadas, ya sabes. La mayoría habíamos estudiado un poco en la uni. Algunos teníamos trabajos bastante buenos antes de dejarlo. Tío, ellos no podían verlo, ni de coña. Así que de vez en cuando nos metíamos en una pelea, si nos metíamos en Taos. Una vez, media docena de ellos acorralaron a un par de nuestras chicas y se las follaron entre todos». El anciano soltó una risita. «Oye, si hubieran sabido lo alocadas que estaban esas dos chicas, no habrían tenido que ponerse violentos».

Ted Swain dudó. "¿Cómo eran políticamente?"

¿Política? Vaya, ese no era nuestro ambiente. Habíamos abandonado la vida. Ah, nos encantaban las manifestaciones cuando estábamos en Haight–Ashbury. Ir a Berkeley y todo eso. Marchas por la paz y todo eso. Pero, vaya, Taos era un barrio marginal.

"¿Qué pasó finalmente?"

¿Qué pasó? Vaya, no estás al tanto. Surgió la Renta Anual Garantizada. Ahora la llaman Renta Universal Garantizada. De repente, todos lo teníamos todo hecho. Al principio no era mucho dinero, pero era suficiente para sobrevivir en una comuna. Empezaron a surgir por todas partes. Y con cada elección, los políticos subían la apuesta. Y con la automatización y luego la ultrarregulación, cada vez había menos empleos y más desertores. Fue entonces cuando las comunas empezaron a prosperar.

Un brillo fulguró en sus ojos legañosos. «Mira a esa jovencita jugando en el césped. Tío, solo tiene unos once años, pero como va, en dos años tendrá tetas del tamaño de melones. Ojalá viva para verlo».

Capítulo XIII

Para cuando se alejó de Nature, creía tanto en su tesis como en los duendes morados. Se imaginaba, quizás, escribiendo un artículo sobre la comuna moderna, algo que pareciera un trabajo para presentar a colegas etnólogos. Pero ¿un libro de, digamos, 60.000 palabras o más? Simplemente no podía creer que pudiera encontrar tanto material, sin importar cuántas comunas visitara. Para empezar, eran demasiado similares. Ah, había diferencias superficiales: una era nudista, otra estaba compuesta por aficionados al deporte del renacimiento griego, otra era una colonia de arte móvil. Pero, en realidad, bajo la superficie, eran considerablemente parecidas.

Tras su sesión con Digger, el anciano obsesionado con el sexo, se reunió con Bethie McBride y fueron a la autocafetería del pueblo, donde se sentó a la mesa con el

alcalde de Nature —o como lo llamaran— y un miembro del ayuntamiento. Sus cargos no eran oficiales. Nature no se molestaba en participar en la política del barrio. No les interesaban ni los senadores regionales, ni las elecciones presidenciales, ni mucho menos los funcionarios del condado. Formaban una unidad y prestaban la menor atención posible al mundo exterior.

Su vida no era en absoluto austera. Obviamente...

Gastaban su Renta Universal Garantizada colectiva en mantener un nivel de vida lo más alto posible. Quienes habían sido seleccionados el día de la lista de trabajo se desplazaban a sus trabajos, se vestían y regresaban a la vida sibarita al terminar su periodo. Quienes no tenían empleo rara vez lo dejaban.

Eran vegetarianos, abstemios y se abstenían de cualquier narcótico, incluso del tabaco y la cafeína, y hacían mucho ruido sobre nutrición, salud, ejercicio y culturismo, casi tanto como los miembros de Nueva Atenas, pero algunos parecían tener también otros intereses. Algunos practicaban alguna de las artes, otros estudiaban alguna de las ciencias, literatura, humanidades o lo que fuera. Algunos hacían pequeños arreglos en talleres mecánicos de aficionados. Varios manejaban una prensa antigua, componían sus propios tipos e incluso fabricaban su propio papel. Imprimían sus propios libros y un periódico sensacionalista dedicado a la naturaleza.

De hecho, Ted Swain se vería uniéndose a una comunidad así, si no estuviera tan obsesionado con obtener su título y dedicarse a la docencia. Podría ser una vida plena, estaba convencido.

Pensó en Henry Neville. ¿Qué podría informar que le interesara a Neville? A George Dollar, de los Bancos Nacionales de Datos, sí. Cualquier descubrimiento sería un aporte para los bancos de datos. ¿Pero Neville? A esta gente no le interesaba la política, ni hablar de la subversión, y desde luego dudaba que hubiera criminales fugitivos escondidos en Nature. Simplemente no eran delincuentes. Lo mismo se aplicaba a Nueva Atenas.

Aún era relativamente pronto. Debería tener tiempo para una visita rápida a otra comuna. Miró su lista. En Nature le habían dado una lista de comunas nudistas en toda América. Evidentemente, había tantas como las dedicadas al tema del renacimiento griego. Ted Swain no tenía ni idea, tan solo hacía unos días, de la existencia de ninguna de las dos. Si no surgía nada más de esta lluvia de ideas... Englebrecht, decidió con tristeza, estaría aprendiendo algo sobre el funcionamiento de su país.

Jissom, pensó. ¡Menudo nombre para una comuna! Estaba cerca de Bearsville. Que, a su vez, estaba justo al otro lado de Lake Hill. Toda la zona parecía repleta de comunas. Se preguntó si todo el país lo estaría. Debía de estarlo. Alguien había dicho que posiblemente la mitad de la población del

país vivía en algún tipo de comuna. ¿Qué sabía de Jissom? Prácticamente nada. Nadie mayor de treinta años, lo cual lo descartaba. Y eran adeptos a la cultura de la droga, fuera la que fuese. ¿No había dicho alguien algo sobre que traían hongos de México o coca de Perú?

Se estaba haciendo más tarde de lo que había pensado. Condujo de vuelta a través del pueblo de Lake Hill; pequeño pueblo de antaño. Encendió las luces. La oscuridad se asentaba rápidamente. Donde las montañas habían sido una masa de color, ahora eran púrpuras y negras, y las sombras se habían extendido, desplazando los últimos rayos difusos de luz sobre el horizonte.

Buscó las coordenadas de Bearsville, las introdujo en el sistema de conducción automática, estiró las piernas y echó la cabeza hacia atrás mientras un cansancio profundo le recorría el cuerpo. Estaba mental, física y, aceptémoslo, sexualmente agotado. ¿Cuánto tiempo llevaba en esto? ¿Solo tres días?

Bearsville era un poco más grande que Lake Hill y un poco anticuado. Se preguntó si sería una especie de comuna, gente que se aferraba a un pasado que se desvanecía. No se molestaría en preguntar ahora, tal vez más tarde. Las casas conservaban las tradiciones del pasado: de madera, estilo Nueva Inglaterra, pintadas de blanco. Preguntó a un transeúnte cómo llegar y, de nuevo con el control manual, tomó una calle lateral.

Jissom estaba tan cerca de Bearsville que si alguno de los pueblos hubiera añadido unas cuantas docenas de casas, se habrían fusionado. Y recordó, una y otra vez, lo similares que eran estas comunas. Podrías haber recorrido la mayoría de ellas en coche sin pensar en ellas como algo más que un pueblo o ciudad común y corriente. Bueno, eso no se aplicaba a Nature, por supuesto, donde se exhibían unas pocas hectáreas de piel desnuda, y en Nueva Atenas, el traje griego y el templo en el centro del pueblo te lo advertían. Pero Lesbos y Jissom eran casi idénticos a West Hurley, aunque seguía sin poder concebir su comunidad como una comuna.

¿Qué demonios *era* una comuna? Aparentemente, el factor fundamental era una reunión de personas con profundos intereses comunes, a diferencia de una comunidad ordinaria donde cada uno de los ciudadanos se iba al infierno a su manera. La mayoría parecía fusionar sus ingresos en un fondo comunitario del que todos extraían lo que necesitaban. Parafraseando el viejo lema que había ideado antes: de cada uno su Renta Universal Garantizada, a cada uno según sus necesidades. Claro que eso no se aplicaba a West Hurley. Allí cada individuo tenía su propia cuenta de crédito y solo cuando se votaba algún proyecto comunitario, como una piscina o un campo de golf, cada residente contribuía con su parte.

Bueno, aquí estaba Jissom. Si se ajustaba a la configuración habitual de las comunas, habría algún tipo de edificio

comunitario, o edificios. Y sí, allí, prácticamente en el centro de los cientos de casas, había dos grandes edificios de dos plantas, las únicas estructuras de más de una planta en los alrededores. Sobre uno de ellos había un sencillo letrero: JISSOM.

Aparcó su vehículo eléctrico frente a él, se sacudió el cansancio y salió a recorrer las calles. Había bastante tráfico peatonal, hombres y mujeres, todos vestidos como habría esperado en West Hurley, de manera informal y con una gran variedad de estilos. La única diferencia entre esto y su propio pueblo era que la edad promedio era al menos diez años menor. West Hurley no lo argumentó con contundencia, pero hasta donde Ted Swain podía recordar, el residente de mayor edad debía de ser Jim Hawkins, de unos cuarenta y pocos años. Alguien le había dicho que Jissom marcaba el límite a los treinta. Se preguntó qué pasaba cuando alguien llegaba a su trigésimo primer cumpleaños. ¿Lo echaban de la ciudad?

Se dirigió a lo que supuso que era el ayuntamiento, o como fuera que lo llamaran. Las puertas se abrieron ante él al acercarse.

Vaya ayuntamiento. Las puertas principales daban a un enorme bar con poca luz, una larga barra automatizada que se extendía a lo largo de la pared que daba a la entrada. Más de cincuenta taburetes se alineaban. Había mesas con sillas, esparcidas desordenadamente por el suelo, dejando espacio

solo para una amplia zona de baile. Sofás, algunos tan grandes como camas king size [tamaño rey], cubrían la mayor parte de las paredes. Parte del espacio de la pared estaba formado por cabinas. Las decoraciones de las paredes eran de una impactante explosión de color psicodélico y la música enlatada era ensordecedora. Ted Swain no la reconoció, pero no era un experto en música; sus propios gustos sencillos tendían hacia el folk.

El lugar estaba abarrotado con al menos unas doscientas personas en la pista de baile, generalmente en pareja, pero no necesariamente; solteros y solteras bailaban, algunos claramente borrachos o colocados. Había parejas en la mayoría de los sofás, pero estaba demasiado oscuro para distinguir qué hacían. El humo de la marihuana era tan intenso que Ted sospechó que uno podía colocarse con solo permanecer en la sala una hora o así.

Se quedó a unos cuantos metros dentro de la puerta y miró a su alrededor con vacilación.

En una mesa cercana, una chica estaba sentada sola, fumando. No era la chica predilecta de nadie. Cabello castaño y sin vida, recogido en un moño a la altura de la nuca, con un cuello corto y grueso, piel cetrina, rasgos desiguales y una figura con demasiados kilos en los sitios equivocados. Posiblemente de unos veinticinco años, aunque podría haber pasado por treinta y cinco sin mucho esfuerzo.

Ted se acercó y dijo: “Le pido perdón, pero...”

Ella lo miró con una expresión vacía. Arrastró las palabras: «Vete, padre».

Él dijo: “Sólo quería preguntar...”

Sus ojos estaban opacos. Era evidente que estaba más arriba que un satélite. "Esterilízate", murmuró y apartó la mirada, chupando el porro que sostenía con la mano izquierda.

Una voz detrás de él dijo: “¿Querías algo, hombre?”

Ted se giró.

El recién llegado tenía un rostro frío y estrecho, y una cabellera negra, teatralmente larga, que le caía desde la frente en ondas cuidadosamente esculpidas. Sorprendentemente, considerando su evidente juventud, tenía unas canas en las sienes, plateadas contra sus pómulos oscuros y sonrojados. Ted supuso que rondaría los treinta, pero parecía haber pasado esos años a un galope frenético; sus ojos eran fijos y extraños, con un brillo lechoso como el de una víctima de tracoma, y parecía hervir de hostilidad por dentro. Ted Swain no tenía ni la menor idea de por qué.

Ted dijo: «Soy forastero. Vengo de West Hurley, una... una comuna cerca de Kingston. Oí hablar de Jissom y pensé en echarle un vistazo».

—En verdad —dijo el otro con desprecio—, tus palabras parecen la excreción de un bovino macho. Si has oído algo sobre Jissom, sabes perfectamente que no permitimos a nadie mayor de treinta.

Ted dijo razonablemente: "No dije que quería unirme, solo que pensé en dar una mirada".

—¿Por qué, padre? No pareces ser de los que van más allá, y esta comuna es lo más lejos que se puede llegar sin siquiera empezar a retroceder.

Ted dijo: «De hecho, estoy en la ciudad universitaria trabajando en una tesis sobre comunas». No entendía la hostilidad del otro. Si los desconocidos no eran bienvenidos en Jissom, ¿por qué no simplemente decírselo y pedirle que se fuera?

—Ah, ¿sí? —El otro negó con la cabeza y otros dos jóvenes, corpulentos y con aires peligrosos, aparecieron a cada lado de Ted Swain. Parecían estar drogados, pero no estaba seguro de si era solo marihuana o no.

El primero dijo: "Ven" y abrió el camino, zigzagueando entre sillas y mesas.

Ted supuso que debería haberse resistido y haberse retirado a su coche, pero la situación era tan irritante que los siguió, solo para ver qué pasaba. Los otros dos lo siguieron

de cerca. Se preguntó si lo dejarían ir, aunque quisiera. ¿Cuál era el escenario, en fin?

Al fondo de la vibrante discoteca —esa podría ser la única palabra para describirla—, una puerta se abrió al acercarse. Los cuatro pasaron a un pasillo con puertas a ambos lados. Parecía nada más que un edificio de oficinas estándar, un poco deteriorado. La puerta se cerró tras ellos, obviamente insonorizada, ya que el estruendo de la discoteca desapareció por completo.

El líder no dijo nada y siguió mostrándoles el camino. Abrió la tercera puerta y entraron en fila. Ted Swain esperaba una oficina, pero no la había. La habitación tenía varios sofás, una mesa baja y varios sillones de cuero. No había ventanas, la iluminación era indirecta y la alfombra, de pared a pared, era la más gruesa que recordaba haber visto. Las paredes estaban tapizadas en cuero hasta una altura de un metro y medio y en una de ellas había una pantalla de televisión. No había cuadros ni otras decoraciones.

El líder gritó: «Siéntese, padre». Él mismo tomó una de las pesadas sillas, pero los dos matones permanecieron de pie, cerca de la puerta.

Ted se sentó e, intentando mantener la voz serena, dijo: "¿Qué gira, hombre? Por cierto, soy el doctor Theodore Swain". Añadió la parte de "doctor" con la esperanza de

ganar algo de prestigio con estos tipos, obviamente, poco intelectuales.

El otro entrecerró los ojos. "Ah, sí, ¿eh? He oído hablar de ti, Fink".

Ted Swain lo miró fijamente. "¿Delator?"⁶, dijo.

"Sabemos todo sobre tu intromisión en las comunas para provecho de ese imbécil de Neville y ese estafador de Dollar".

—Mira —dijo Ted con el ceño fruncido—. No estás leyendo el guion. No trabajo para Neville y Dollar. Trabajo para mí mismo, bajo la dirección de mi director de tesis, el académico Englebrecht.

Una mirada vacilante se dibujó en los ojos vagos del otro. "¿Ah, sí?" Miró a uno de sus dos compañeros corpulentos y silenciosos. "Jimmy, ve a traernos algo de beber. Lo investigaremos, pero nadie puede decir que no somos hospitalarios aquí en Jissom". Por alguna razón, se rió de sus propias palabras.

Jimmy se giró hacia la puerta y se fue.

6 «Fink» es un término despectivo que suele referirse a quien informa a la policía u otras autoridades cuando alguien infringe la ley o las normas; es decir, un informante o chivato. [N. T.]

El líder de los tres le dijo a Ted: «Puedes llamarme John, y él es Clark. Clark, regístralo. Ponte de pie, Swain».

“Mirad...” comenzó Ted Swain.

¿Cómo sabemos que no eres un chiflado con un chupito? Hay muchos que piensan que Jissom es un poco *raro* y que deberían abolirnos, de una forma u otra, y normalmente de la otra.

Ted se encogió de hombros y se puso de pie.

Clark lo examinó cuidadosamente. El dispositivo electrónico estaba prendido tras la solapa de su chaqueta. Clark le sonrió con malicia, lo arrancó y lo arrojó a la mesa frente al hombre que se hacía llamar "John".

John lo miró fríamente. "¿Qué es eso?"

Ted dijo: «Grabo todas las conversaciones que mantengo. Ese minimicrófono las envía a mi estudio, donde se almacenan en un disco».

El otro cogió el bicho, lo tiró al suelo y lo aplastó con el talón. Lo hizo antes de que Ted Swain pudiera protestar. Sin embargo, no era tan importante. Podría conseguir otro fácilmente.

Jimmy volvió a entrar en la habitación con una bandeja con cuatro copas de cóctel. Las repartió y tomó una para sí.

La verdad es que Ted sintió que le vendría bien un trago. Nature no creía en las bebidas alcohólicas, pues era vegetariana y estaba en la onda de salud, así que no había tomado nada ese día.

John levantó el vaso en un gesto de hosco brindis. «¡Chug-a-lug!»⁷, dijo.

Ted Swain respondió: «¡Salud, salud!». Y cuando el otro se bebió la bebida de un trago, Ted hizo lo mismo.

La bebida era un poco rara. Agradable, pero no parecía tener mucho alcohol. Jimmy y Clark terminaron el suyo y dejaron sus vasos vacíos sobre la mesa.

“Tenemos unos veinte minutos”, dijo John satisfecho.

“¿Veinte minutos para qué?”, dijo Ted, mientras una sospecha comenzaba a crecer.

“Faltan veinte minutos para que te golpee”.

"¿Qué me va a golpear?" Ted sintió un hormigueo en la columna y un erizamiento en el pelo de la nuca.

Dietilamida del ácido lisérgico, padre. Más conocida como LSD-25. Acabas de tomar 350 microgramos.

⁷ Chug-a-lug, beber un recipiente de líquido (generalmente con alcohol) sin pausa. [N. T.]

Ted había vuelto a sentarse; ahora se levantó de nuevo, alarmado. «Me voy de aquí».

Jimmy se rió. Clark sonrió.

John dijo: «No te lo recomiendo. Tienes unas doce horas por delante, padre, en las que podrías suicidarte sin siquiera intentarlo, o incluso matar a alguien más. Vas de viaje, padre, lo quieras o no. Lo mejor es que te quedes aquí, donde podemos cuidarte. Hemos pasado por esto cientos de veces. Ninguno de nosotros ha tomado nada. Solo tú. Te ayudaremos a superarlo. La primera vez que te destrocen el ego puede ser una escena bastante mala, un auténtico desastre».

Ted Swain se humedeció los labios repentinamente secos. «Nunca he probado nada más fuerte que el hachís».

Clark le sonrió. «El ácido no es fuerte. Ni siquiera es una sustancia. No te puedes volver adicto, ni aunque quisieras».

Ted le lanzó una mirada de incompreensión a John. "Pero, *¿por qué...?* "

¿Has oído hablar alguna vez del suero de la verdad?

"¿Te refieres a la escopolamina?"

Hay otros, también. Algunos mejores. Pero nada tan bueno como el ácido. Padre, en un par de horas responderás a

todas las preguntas, y te dará igual, sobre todo porque te darás cuenta de que nos amas, junto con el resto de la raza humana, con un amor eterno. John rió con amargura. Averiguaremos todo sobre tu trato con Neville, hasta el último detalle.

—Están todos diciendo tonterías —espetó Ted—. ¿Qué creen que pasará cuando informe de esto a las Fuerzas de Seguridad Nacional?

Jimmy dijo con naturalidad: "¿Quién te creería?"

John dijo: «Ahora escucha. Te va a impactar desde aquí, en algún lugar. Hay un par de cosas que debes recordar. Durante la experiencia, llegarás a lugares donde tendrás alternativas. Cuando las alcances, imagina que puedes ir río arriba o río abajo. Siempre ve río abajo, si puedes. Simplemente déjate llevar. Segundo, si te quedas atascado, confía en nosotros. A pesar de lo que pienses ahora, puedes confiar en nosotros en este viaje tuyo. Si sientes que no puedes con él, llámanos. Estaremos aquí».

Clark dijo: "¿Qué tipo de música te gusta?"

¿Música? No me molestes.

No es broma. Es mejor tener música de fondo. Oye, padre, estás de viaje, quieras o no. Te acompañaremos.

“Me gusta la música folklórica”.

John resopló con desprecio pero dijo: "Bueno, ponle música folk al piso, Jimmy".

Jimmy se acercó a la pantalla de la pared y marcó. Una música tenue inundó la habitación.

Empezó con un sabor amargo en la boca y su visión se volvió prismática. Sentía una opresión en la cabeza. El aire crepitaba silenciosamente. Tenía la sensación de notas musicales de colores flotando, y la escena parecía un dibujo de Picasso. Sintió náuseas, pero se le pasaron. La música sonaba más fuerte y las cuerdas de la guitarra se separaban con belleza.

Los tres lo miraban y él empezó a reír. ¡Qué cosa tan ridícula y graciosa! ¿Por qué no? «Sí, ¿por qué no?»

Debió haberlo dicho en voz alta, porque Clark dijo: “¿Por qué no, hombre?”

Ted Swain se rió. No podía parar. Todo lo que podía pensar era ridícula y lastimosamente gracioso. El mundo. El universo. Toda la pobre gente ridícula que conocía. Él mismo. ¡Menudo disparate! Lleno de gente noble y ridícula. El universo entero. ¡El universo!

La reacción, una risa cósmica, fue diferente a cualquier diversión que hubiera experimentado. Surgió como impulsada por un poder mucho mayor que él mismo. Surgía directamente del centro de su psique. Se asemejaba a una

descarga eléctrica suave y sostenida que recorría cuerpo y espíritu, y a un orgasmo suave y continuo. Una corriente retorcida y pulsante que, a falta de una imagen nueva, podría describirse como la fuerza vital que lo sacudía, como si estuviera a bordo, montado o arrastrado por la fuerza que penetra y llena a todos los seres.

Él se rió y se rió.

Podía oír a John decir: «Quienes empiezan a reír siempre sienten el terror después. Se dan cuenta de que la broma es para ellos».

Capítulo XIV

Lloró y sollozó, sintiendo lástima por sí mismo y por los demás.

"Oh, cielo... esto es terrible... Oh...Dios mío, ¿qué he hecho?"

Miró a John, Jimmy y Clark, quienes estaban todos serios y lo miraban con calma. "¿Por qué estás *tan* pensativo?", preguntó. "¿Cómo puedes sentarte ahí y sonreír mientras yo sufro? ¿Por qué soy el único que sufre?". Luego añadió con un hilo de voz: "Supongo que hay otros. Muchos otros. Todos. Ellos también sufren".

—Sí, hombre —dijo Jimmy consolando.

Ted dijo: «Esto es terrible. Dios mío... quiero volver». Había olvidado que era agnóstico con tendencias ateas.

"Sígueme la corriente", dijo uno de ellos con compasión en la voz. Era Clark. Ted podía verlo a través del aire que parecía haberse convertido en líquido.

—Sígueme la corriente —repitió Ted—. Sí, genial. Eso es genial. ¡Ja! ¡Ja! Pero es difícil. Me pregunto si podré ponerme de pie. ¿Lo intento? Ya no le desagradaban. Ninguno de ellos. Ni siquiera John. Lo estaban cuidando, ayudándolo a superar esto.

—Claro, padre, inténtalo —dijo Clark.

Ted se tambaleó y se movió, vacilante, por la habitación acolchada, a través de la alfombra hasta las rodillas, golpeándose contra la pared, suave, fácilmente, fluidamente.

Ya lo ves. Lo logré. Puedo caminar. ¿Para qué?

Todos rieron, pero entonces oyó una música extraña. "¿Qué es eso? No es música folk. Es música religiosa. ¿Es de verdad?"

"No", dijo alguien.

"Soy inaceptable", dijo Ted. "Muy inaceptable". Lo repitió varias veces.

—Sí, eres un poco molesto —dijo John.

Decidió que amaba a Sue Benny Voss y la deseaba. La deseaba en su totalidad, no solo para acariciarla. La deseaba.

El mundo físico que veía había comenzado a desmoronarse lentamente. Ningún centímetro cuadrado de espacio tenía relación con ningún otro. Todo en su campo de visión parecía convertirse en agua de colores brillantes. No había tiempo ni espacio, nada más que un flujo. Avanzó por la habitación, tambaleándose. A su alrededor, la música, las luces y las voces de los demás se combinaban y fluían. Sin embargo, podía ver a los tres observándolo y veía su propia situación con terrible claridad. ¡Había ido demasiado lejos y no podía volver atrás!

Él gritó: "¡Salvadme! ¡Quiero volver!"

La gelatina ante sus ojos se separó. El universo se quebró en glóbulos brillantes y se separó; entonces él quedó hecho pedazos, a punto de dejar de existir, y se desvaneció en algo parecido a una corriente en chorro; esta debía ser la corriente que John había mencionado —mi querido John—, una corriente de inconsciencia a la que se suponía que uno no debía resistirse. Deja morir al ego. Síguele la corriente. Pero luchó a contracorriente hasta el final.

Clark tomó su mano y le dijo: "Déjate llevar".

Pero Ted Swain jadeó: «Sáquenme. Quiero ir a casa. ¿Dónde está?». ¿Dónde estaba Sue Benny?

Eran como personas que intentaban ayudarlo en un manto de gelatina fluida, sin poder hacer nada más que ser compasivo.

¡Ayudadme a regresar!

Jimmy lo acompañó de vuelta a su silla y lo sentó. Dijo: «No hay manera de que puedas acortar esto. Tienes que pasar por cada etapa. Tienes que llegar hasta el final. Relájate».

¿Dónde se había ido el universo? Lo encontraría. ¡Podría encontrar la salida!

Se encontró en el suelo, sobre la gruesa alfombra, revolcándose, gritando y sollozando. Sentía la mucosidad que le corría por la nariz; extendió ambas manos y se la untó por toda la cara.

Sentía que el ego podía oponerse al universo por un tiempo determinado y luego debía soltarse y colapsar, yendo río abajo. Pero en algún momento debía ocurrir el viaje al infierno del ego, un pasaje a través de espirales brillantes que siembran infinitos círculos luminosos en la mente. Lejos de casa, lejos en el espacio interior, el viajero ya no podía ser ayudado por sus compañeros que navegaban apasionadamente junto a la asustada partícula del ego. La mano compasiva se extiende pero es ignorada, y el ego viaja sin tiempo, sin espacio, sin dimensión, como un astronauta

lanzado demasiado lejos que nunca regresará hasta que el tiempo se doble sobre sí mismo.

Mientras tanto, la partícula de existencia realizaba todo lo que jamás había soñado. Mientras el cuerpo cambiaba constantemente de posición, en distintos momentos en que se encontraba fetal, gateando y chupándose el pulgar, la partícula fue empujada por una corriente trémula hacia un lote de cuerpos desnudos y, sumergiéndose, se plegó al cosmos, como si este se estuviera follando a sí mismo. La partícula entonces voló a la cima de todas las cosas y vio en todas direcciones lo que era y lo que será.

En el espacio, una central eléctrica inagotable, conectada y entusiasta, con una corriente pulsante que la recorre por todas partes. Esta estructura, parecida a un parque infantil, era la suma de todo ser. Seres vivos individuales, unidos, en estasis, componían la estructura. La relación, la relación de cada ser con el cosmos era de alguna manera religiosa y también sexual.

Después de eso, la mota se deslizó por un gran tramo en crecimiento, experimentó una presión terrible, como si su masa se hubiera acumulado de manera intolerable y, al volver a entrar, fue empujada hacia abajo, se esforzó, sintió un mareo y se liberó de la prueba.

Descansaba en el sofá, con las notas musicales de colores aún deslizándose a su alrededor, y temblando, decía: «Quiero irme a casa. ¿Dónde está Sue Benny?».

Jimmy evidentemente había salido de la habitación. John dijo: «Solo has recorrido un tercio del camino».

—No —dijo Ted—. No volveré allí.

"No será necesario", dijo Clark desde la distancia. La fase de muerte y renacimiento había pasado. Ahora se encontraba en una meseta, la meseta filosófica desde la que podía despegar o descender.

John dijo: "¿Cómo se siente, Doctor Swain?"

"Fue terrible."

John dijo: «Ahora ya sabes lo que es sufrir la pérdida del ego. Y ahora cuéntame todo sobre Henry Neville y George Dollar y qué querían saber sobre las comunas».

Ted Swain hablaba, hablaba y hablaba, y las palabras rara vez le resultaban sensatas. De vez en cuando, John hacía alguna pregunta. Tampoco parecían tener mucho sentido.

Finalmente, John le dijo a Clark: "Llévalo de vuelta a su auto".

Al joven no le gustó. "¿Crees que puede conducir?"

¿Y qué nos importa? Parece que ya lo hemos oído. Este canalla es un soplón. Sáquenlo de aquí. Si se parte el cuello volviendo a casa, ¿qué nos importa?

—Sí, pero ¿y si le rompe el cuello a otra persona?

Sin embargo, Clark tomó del brazo a Ted Swain, que no oponía resistencia, y lo ayudó a levantarse de la silla donde estaba sentado de nuevo. Lo condujo hasta la puerta. Las notas musicales seguían vibrando, las paredes vibraban, pero las pequeñas vibraciones eléctricas se desvanecían. Sintió que toda su vida se derrumbaba y que estaba sentado felizmente entre los escombros. No estaba angustiado.

No recordaba haber salido del edificio ni haber sido subido a su coche. Seguía rebosando de energía y nerviosismo. No recordaba cómo marcar las coordenadas de su casa en West Hurley, así que conducía manualmente. De alguna manera, había atravesado Bearsville y estaba en la autopista. El coche parecía tan agujereado como un queso suizo y los laterales parecían ondear a su alrededor. Las notas musicales de colores seguían flotando, pero no tanto. Pequeñas corrientes palpitantes aún recorrían su cuerpo, pero sentía que se derrumbaba.

Recuperó el control hasta el punto de darse cuenta de que no debía conducir, así que se detuvo a un lado de la carretera y se sentó allí, respirando profundamente. No tenía forma de saber cuánto tiempo más le afectaría el LSD-25. No tenía

forma de saber cuánto tiempo había pasado desde que se lo habían dado. ¿Qué demonios le había pasado para tomar esa bebida, sobre todo teniendo en cuenta la hostilidad de John y los otros dos? Debía de estar desquiciado. Y la forma en que lo había dejado. De un trago, había dicho John, y se la tragó entera. ¿Qué tan estúpido se puede ser? Un niño habría sospechado cualquier cosa que le dieran en ese ambiente. Sin embargo, probablemente no importaba. Eran tres, todos al menos tan buenos ejemplares físicos como él. Podrían habérsela tragado, si hubieran tenido que hacerlo.

Debía de ser casi el amanecer. Y, sí, incluso mientras estaba sentado, con su sentido del tiempo aún distorsionado, el cielo comenzó a iluminarse. El borde del sol aún no había aparecido en el horizonte, pero los cielos orientales comenzaron a brillar con una luz dorada; era como si un fuego majestuoso ardiera bajo el borde del mundo.

Un coche se acercaba en dirección contraria. Redujo la velocidad y se detuvo. El conductor lo miró.

—Este es el camino a Bearsville, ¿verdad? —gritó—. Parece que perdí mi mapa regional.

Era alto y delgado, con una gran mata de pelo rojo irregular que parecía requerir toda la fuerza de su cuerpo para nutrirse; al menos, era lo único en él que parecía fuerte y exuberante. Sus costillas se marcaban con nitidez contra una

camisa deportiva y había grandes ojeras oscuras bajo unos ojos grises sorprendentemente brillantes.

—Sí —dijo Ted—. No recuerdo qué tan lejos.

El otro lo miró con los ojos entrecerrados. "¿Estás bien?"

Ted salió: «No. No, estoy bajo los efectos del LSD. ¿Podrías ayudarme?»

El recién llegado bajó del coche y se acercó. Miró a Ted Swain con atención. "¿LSD?", dijo. "¿Qué haces en la carretera así, bajo los efectos del LSD?"

—Supongo que era una especie de broma. No sabía que lo estaba tomando. ¿Podrías marcar las coordenadas de mi casa? Debo tenerlas en mi cartera, o en algún sitio.

Estarán en la tapa de tu transceptor. ¿Por qué no llamaste a un coche médico?

Ted rebuscó en sus bolsillos su transceptor. Cuando lo sacó, también parecía estar lleno de agujeros. Se lo entregó. «Si Ted hubiera pedido un coche médico, el Gremio Médico habría informado a las Fuerzas de Seguridad Nacional que había estado en la carretera bajo los efectos de alguna droga».

El otro tomó una decisión repentina. «Oye, hombre», dijo, «esto es un mal momento para ti. Deja este coche y ven al

mío. Te llevaré a casa. No puedes quedarte solo. He visto gente bajo los efectos del LSD. Aún te queda mucho camino por recorrer. Deberías estar en la cama».

Ted Swain habría acatado órdenes de cualquiera que se las diera. Salió de su vehículo eléctrico. Dijo: «He olvidado cómo despedirlo».

El otro lo hizo por él, tomó a Ted del brazo y lo acompañó hasta su coche. El cielo se estaba poniendo bastante claro. Acomodó a su protegido en un asiento y cerró la puerta detrás de él y rodeó el vehículo para colocarse en el lugar del conductor.

—Menuda broma —dijo—. ¿No saben tus amigos bromistas que esa cosa es peligrosa? Es potencialmente peligrosa para cualquiera que la tome y para cualquiera que esté cerca. Conozco a un tipo que, en un viaje, se metió en el tráfico e intentó abrazar a un camión automatizado. Por desgracia, el camión estaba en movimiento.

Las notas musicales ahora eran débiles, pero a Ted también el coche le parecía lleno de agujeros.

El otro dijo: “Mi nombre es Gerald Fry”. Comprobó las coordenadas de la casa de Ted en el transceptor y luego se lo devolvió mientras las marcaba.

—Doctor Theodore Swain —dijo Ted—. Tengo que agradecerle por todas las molestias que le estoy causando.

—¿Doctor? —preguntó Gerald Fry—. ¿Y alguien le indujo a tomar LSD?

—Doctorado, no medicina —dijo Ted mientras el coche arrancaba—. Me licencié en etnología.

"Soy sociólogo", dijo Fry. "Todavía estoy cursando mi doctorado".

"He estado intentando sacarme el título académico durante tanto tiempo que no lo recuerdo", le dijo Ted.

“¿Es tan difícil por aquí conseguir un tema aceptable para su tesis?”

Iban a toda velocidad por el campo, solos por los caminos de superficie a primera hora de la mañana. Aún había algunas distorsiones, pero Ted Swain sabía que estaba saliendo de ellas.

Dijo: «Sí, pero creo que posiblemente ya tengo una. Me especializo en los antiguos aztecas. Como probablemente sepas, tenían una sociedad comunal basada en el clan. A mi director de tesis se le ocurrió la idea de investigar las comunas actuales y compararlas con las antiguas».

Gerald Fry lo miró. "Debes estar bromeando".

Ted dijo a la defensiva: "Bueno, yo pensé que era algo exagerado, pero todos con los que hablo parecen pensar que es un verdadero jazzero".

—No, no me refiero a eso. Es solo que eso es lo que estoy haciendo yo para mi doctorado. ¡Qué coincidencia haberte conocido!

Ted Swain miró fijamente al otro, preguntándose si el LSD aún le estaría afectando. "Mira, hombre, no me molestes. ¿Quieres decir que estás haciendo una tesis sobre una comparación entre comunas antiguas y modernas?"

No. Estoy trabajando en las comunas de la cultura de la droga. Me lleva por todo el país. Soy de la ciudad universitaria al sur de Denver: University City 111.

Estaban entrando en West Hurley; el coche redujo la velocidad y avanzó por las calles hasta llegar a la casa de Ted. En West Hurley no había ni peatones ni vehículos.

Gerald Fry dijo: «Será mejor que entre contigo. Sospecho que te quedan al menos un par de horas. El LSD puede persistir más allá del punto en que crees que estás bien».

—Genial—dijo Ted Swain—. Vamos a desayunar. Me muero de hambre. —Entró en la casa. La pantalla de identificación de la puerta lo registró y se abrió.

Dentro, Fry se pasó la mano por el pelo pelirrojo, ya despeinado. Dijo: «Sigo diciendo que conocimos a un auténtico jazzista».

Ted Swain lo acompañó a la cocina-comedor. "No tanto. ¿Ibas a Jissom?"

Fry se acomodó en el hueco donde estaba la única mesa de la habitación. "¿Cómo lo supiste?"

Ahí fue donde conseguí mi dosis de LSD. Estaba allí con el mismo propósito que tú: investigar las comunas. No querían ser investigados.

Sacó su equipo de filtro para preparar café y se puso a trabajar. Por lo que a él respectaba, parecía estar perfectamente bien. Fry evidentemente pensó que necesitaba un par de horas más de supervisión, pero aparte de un poco de música en sus oídos, no entendía por qué. Debían de haber pasado doce horas desde que tomó su dosis.

Gerald Fry lo miró. "¿Qué no querían que se investigara?"

Sería un desastre si lo supiera. Nunca me lo dijeron. Parecían saber de mí, que Henry Neville y George Dollar estaban interesados en mis hallazgos. No supe leer el guion. Son unos bichos raros.

"¿Quiénes son Neville y Dollar?"

“El jefe de las Fuerzas de Seguridad Nacional de esta región y el director de los Bancos Nacionales de Datos de esta región”.

La expresión de Fry era seria; tenía los ojos entrecerrados y un extraño ceño fruncido. "Esto te va a dar un ataque, pero, ya sabes, a mí me pasó lo mismo en Denver".

"¿Qué quieres decir?" Ted Swain siguió sirviendo el café. El asa de la cafetera parecía inclinarse, como en un cuadro surrealista de Dalí, pero por lo demás, su viaje parecía estar a punto de terminar.

“Eso significa que los responsables de los bancos de datos y de seguridad pensaron que mi proyecto era una auténtica maravilla”.

Ted trajo el café a la mesa, junto con pseudocrema y sacarina. Dijo: «Pide lo que quieras comer. Soy cocinero aficionado, pero ahora no tengo ganas. Quizás sea comprensible».

El otro preparó su café como quería. «Esto es todo lo que necesito. Es demasiado temprano para comer. Me confundí con el horario o no habría estado aquí en esta hora tan larga. ¿Qué es comprensible?»

Ted Swain tenía un hambre voraz. No había comido la noche anterior y desde entonces había pasado doce horas agotadoras. De hecho, no recordaba haber estado nunca tan

agotado. Pidió un filete de ballena y una patata asada y se sirvió café mientras esperaba.

Le dijo a su compañero sentado al otro lado de la mesa: “Que las Fuerzas de Seguridad Nacional y los bancos de datos estén interesados en lo que usted descubra en las comunas de su parte del país, tal como están aquí”.

—Sí, pero la cosa es que no estamos solos. Conocí a otro estudiante de posgrado husmeando en las comunas.

Ted Swain lo miró fijamente. “¿En serio? ¿Todos están intentando investigar? ¿Cuál era su parte?”

El pelirrojo se pasó una mano nerviosa por la barba y frunció el ceño. «Estaba escribiendo un trabajo sobre la delincuencia en las comunas y cómo la gestionaban. Muchos evitan a los policías de Seguridad Nacional, ¿sabe? Tienen sus propias formas de combatir el delito. No conseguía mucha cooperación. La tendencia era callarse y decirle que se largara. Afirmaban que no había ningún delito».

Ted dijo: «Bueno, supongo que no es de extrañar que la idea de investigar la cultura comunal haya afectado a más de uno de nosotros a la vez. El fenómeno se ha extendido y no encuentro prácticamente nada al respecto en los bancos de datos».

Fry dijo, disgustado: «Solo espero que nadie haya inventado mi tema. Nunca conseguiré el doctorado si solo duplico la tesis de otro».

Ted dijo, cambiando de tema: "¿Qué demonios estabas haciendo en la carretera a esta hora de la mañana?"

El otro rió entre dientes con autodesprecio. "Conduje desde Denver y acabo de llegar. Probablemente soy el único excéntrico del país que todavía le tiene miedo a los aviones".

El filete había llegado y Ted Swain lo devoró. Gerald Fry sirvió más café.

A mitad de la comida, Ted Swain se cansó tanto que no pudo terminarla. "Me voy a la cama", dijo. "No sé cómo agradecerte".

—Nada —dijo Fry—. Pero puede que aún no estés completamente fuera de peligro. Me quedaré unas horas viendo la tele. Luego, cuando sea un poco más tarde, iré a Jissom. He investigado bastantes comunidades de drogadictos en el oeste, pero es posible que haya algunas diferencias regionales. Por ejemplo, en el suroeste usan mucho peyote, pero más al norte se desconoce.

"¿Peyote?"

La mescalina es un alucinógeno, pero no tan potente como el LSD-25. Proviene de un tipo de cactus.

—Tengo que irme a la cama —dijo Ted—. Gracias de nuevo.

Quizás vuelva después de ver a Jissom. Podríamos intercambiar impresiones.

—Genial—le dijo Ted, mientras se dirigía desde la cocina a la sala de estar y más allá a su dormitorio.

En el camino, algo, no sabía qué, lo hizo mirar hacia su estudio. Ni siquiera tuvo que entrar para notar que, una vez más, su escritorio había sido saqueado.

Negó con la cabeza. No estaba para investigar ahora. Se fue a la cama y se desplomó, sin molestarse en quitarse la ropa. Dormía con la cabeza a cinco o siete centímetros de la almohada.

Capítulo XV

Ted Swain se despertó gracias a su videoteléfono.

Se pasó una mano por la cara, disgustado, y activó el instrumento de la cama. Era Henry Neville, con su cara de hurón irritada.

Él dijo: "¿Estás en la cama a esta hora del día, Swain?"

Ted echó un vistazo a la ventana. Era evidente que ya era tarde. Dijo: «Estuve despierto toda la noche. Un momento, lo grabaré en la pantalla de mi estudio».

Se levantó, fue al baño y se miró un momento en el espejo. Tenía la cara hecha un desastre. Recordaba vagamente haberse frotado la mucosidad de la nariz. Y recordaba haberse revolcado en el suelo, allí en Jissom, frotándose la cara contra la alfombra. Se echó agua fría y, tras secarse,

cruzó la sala de estar y entró en el estudio. Tiró la toalla sobre una silla, se sentó en el escritorio y encendió el teléfono.

El funcionario de Seguridad Nacional parecía impaciente. Dijo: «Mire, doctor Swain, tengo una sugerencia sobre sus investigaciones sobre las comunas. No muy lejos de donde usted vive hay una que merece especial atención. Está cerca del pueblo de Bearsville y...».

—Jissom —dijo Ted con cansancio.

"¿Cómo lo supiste? Por los escasos informes que tengo... es evidente que está plagado de narcóticos, algunos de ellos ilegales, y sin duda entre ellos hay elementos criminales”.

Ted dijo, tirando de una de sus grandes orejas: «Ahí estaba anoche. Me dieron un poco de LSD y estuve bajo sus efectos unas diez o doce horas. Acabo de salir de ahí».

—¿Quieres decir que te dieron una droga ilegal sin tu permiso? ¿Por qué?

Ted Swain respiró hondo. «Señor Neville, de alguna manera sabían que mis informes les llegarían a usted y a Dollar. Les habían avisado. Me recetaron LSD para interrogarme a fondo. No me cabe duda de que solté todo lo que sabía, incluyendo que usted sospecha que las comunas están llenas de subversivos ».

—¡Eres un tonto! —espetó el otro.

Ted Swain suspiró. «Todos son unos tontos bajo los efectos del LSD. No lo tomé por gusto. De todas formas, ya sabían que estaba cooperando contigo y con el académico Dollar. Quizás deberías investigarlo. ¿Dónde tienes la fuga?»

¿Quién te dio el LSD y te sometió a interrogatorio? Eso es un acto ilegal.

Se hacían llamar John, Clark y Jimmy, y sospecho que los tres nombres eran falsos. No tengo forma de probar que lo hicieran. No hubo otros testigos. Sospecho que al acercarse tus hombres, desaparecerían. Seguramente no obtendrías ninguna cooperación del resto de la comuna. Tengo una grabación en disco de la primera parte de nuestra sesión, pero rompieron mi micrófono portátil antes de darme el LSD. Las voces de los tres están en la grabación, pero no tengo pruebas de que estuve bajo los efectos del LSD. Ya se me ha pasado el efecto.

La irritación del otro aumentó. "¿Has hecho algún informe sobre las comunas que has visto hasta ahora?"

—Todavía no. Lo haré hoy.

“¿Te has encontrado con algo parecido a lo que discutimos en la sala de escape del académico?”

—La verdad es que no. Ah, una cosa. Mi estudio, aquí en casa, ha sido saqueado dos veces desde que empecé esta investigación.

¿Registrado? ¿Por qué? ¿Falta algo? ¿No registró la pantalla de identificación de su puerta a nadie que entrara? Podría consultar con los bancos de datos. Tendrían un registro.

Lo intenté la primera vez. No hay constancia de que nadie entrara en la casa. No falta nada. No me imagino qué buscaban.

—Me parece ridículo. ¿Quieres que envíe a alguien?

No veo qué podrían buscar. Como digo, no falta nada, que yo sepa.

El hombre mayor negó con la cabeza. «Bueno, sigue, Swain. Asegúrate de conseguir los nombres si encuentras alguna de las pruebas que busco».

—Sí, señor —dijo Ted Swain. Su rostro se desvaneció.

Miró la pantalla vacía un instante. Henry Neville estaba irritado por la experiencia de Ted en Jissom y no podía permitirse irritar a los altos mandos de las Fuerzas de Seguridad Nacional. El otro era demasiado cercano a Englebrecht. Sin embargo, no había forma de evitar su sesión de Jissom. No podía hacer nada al respecto.

Revisó su escritorio, pero había acertado en lo que le había informado a Neville. No se habían llevado nada. Algunos de los papeles que había anotado el día anterior estaban un

poco movidos, eso era todo. De no haber sido por su peculiar memoria, que recordaba exactamente dónde había dejado las cosas, nunca se habría enterado de que habían entrado en su estudio.

Consultó de nuevo los bancos de datos y obtuvo la respuesta que esperaba. No había constancia, en los controles de identidad de sus puertas, de que alguien hubiera entrado en la casa. Dado que los controles funcionaban, la entrada debería haber sido imposible.

Lo dejó estar.

Ted fue a la cocina-comedor solo para comprobar si el pelirrojo, Gerald Fry, se había ido. Y, por supuesto, se había ido. Le había caído bien el otro, que se había desvivido por ayudar a un completo desconocido, y esperaba que volviera para intercambiar impresiones. Sería interesante ver cómo le iba en Jissom. Al menos, era improbable que permitiera que le administraran el mismo tratamiento con LSD que le habían dado a Ted Swain.

Regresó al baño, sintiendo de repente la suciedad acumulada de las últimas veinticuatro horas. Se desnudó y arrojó toda su ropa, incluso la falda escocesa, al vertedero. Se duchó larga y cuidadosamente. Cuando por fin se sintió completamente limpio, se envolvió una toalla alrededor de la cintura y regresó a la cocina-comedor, a su caja de pedidos.

Llamó al ultramercado de West Hurley y pidió un conjunto nuevo. El día pintaba excelente, un remanente del verano, así que eligió una camiseta deportiva, pantalones cortos, calcetines altos de lana y botas de senderismo. Esperó con impaciencia varios minutos y, cuando se encendió la pequeña luz roja de la caja de pedidos, la abrió y sacó la ropa.

Ted regresó con ella al dormitorio, se vistió y luego se dirigió a su estudio.

No era particularmente un aficionado a las noticias, pero no había encontrado tiempo en los últimos días para escuchar nada, así que marcó el número para ver los resúmenes de tres días de acontecimientos mundiales en la pantalla de su biblioteca de TV y se acomodó para escuchar y mirar.

Un nuevo descubrimiento en Europa Central y Oriental mejoró el tratamiento contra el cáncer que se utiliza actualmente.

También en el mundo médico se había localizado y curado el último caso conocido de sífilis en Estados Unidos.

Otro bebé había nacido en la colonia lunar de las Naciones Unidas. ¿Cuántos eran ya? Tres o cuatro. Ted Swain no pudo evitar sentir lástima por los niños. Los estaban usando como conejillos de indias y, sin duda, debido a la gravedad en la que habían nacido y donde pasarían los primeros años de sus

vidas, jamás podrían bajar al planeta madre, la Tierra. La gravedad terrestre los inmovilizaría. Ya era bastante malo para los colonos lunares que permanecieron allí solo un año.

Warren Edgar, el Director General de las Fuerzas de Seguridad Nacional, había conseguido sus 50.000 hombres adicionales. Serían seleccionados por computadora el siguiente día de Asignación. Un pequeño ejército. Ted Swain se preguntó, una vez más, ¿para qué demonios creía que los necesitaba? ¿Asignarían a alguno de ellos a la región de Henry Neville? Supuso que sí. Estarían hasta el cuello de agentes de seguridad.

China se embarcaba en la irrigación del desierto de Gobi, utilizando agua del océano, desalinizada mediante energía de fusión y luego bombeada a lo largo de miles de kilómetros mediante tuberías. Bueno, eso los mantendría ocupados durante aproximadamente una generación. Se preguntaba cómo progresaba la reforestación del Sahara. Era un proyecto aún mayor. Comprendía que ahora pudieran cultivar árboles tan rápido como flores.

Terminadas las noticias, volvió a sus notas de la comuna y a sus informes para Englebrecht, y dedicó el resto de la tarde a ellos. El material, hay que reconocerlo, se acumulaba. Pero una cosa le quedó clara: no se quedaba lo suficiente en ninguna de las comunas. No tenía suficientes datos sobre cómo se gobernaban, por ejemplo. Lo que tendría que hacer era permanecer varios días seguidos en los lugares que

visitara, entrevistar a los funcionarios de la comuna con más detalle, ese tipo de cosas.

Lo cual le recordó. Llamó al ultramercado y pidió otro dispositivo electrónico para reemplazar el que John había destruido en Jissom. Lo cual le recordó de nuevo. ¿Cómo sabía John que Ted Swain cooperaba con Neville y Dollar? Le preocupó la pregunta un rato y luego tuvo que restarle importancia, considerándola incontestable.

Finalmente terminó y llamó al apartamento del académico Englebrecht en Ciudad Universitaria VI1. Su director de tesis no estaba y la llamada la contestó Brian Fitz, su secretario.

Ted dijo: «Tengo unos informes que el académico quería. Los pondré en pantalla para que los dupliques».

“Muy bien, Doctor Swain.”

Ted Swain colocó las páginas que había copiado en la pantalla una por una y, al terminar, dijo: «Sería buena idea hacer tres copias de cada una, Fitz. Henry Neville y George Dollar también querían copias».

—Muy bien —dijo el otro con tono remilgado.

A Ted se le ocurrió algo y dijo: “Por cierto, ¿conoces una comuna llamada, digamos, Nueva Tánger?”

El otro sonrió con afectación, no había otra palabra para describirlo. «Ah, sí. Hay muchísimos tipos maravillosos viviendo allí. No sabía que te interesaba ».

Ted se aclaró la garganta. "¿Qué tal Gomorra?"

—Oh, en serio. No debes ir allí... Ted. Son demasiado para un buen chico. De verdad.

Ted dijo: «Gracias por avisarme. Adiós, Fitz».

“Adiós, pero llámame Brian... Teddy.”

Ted Swain se despidió. ¡Zorro! De ahora en adelante, tendría que tener cuidado de no estar a solas con Brian Fitz. Como sospechaba desde hacía tiempo, el secretario personal de Englebrecht era un marica, como lo había expresado Gloria, en Lesbos.

La pantalla de identificación de su puerta vibró y activó la pantalla de su escritorio para comprobarlo. Abrió los ojos de par en par. Era Sue Benny Voss, la artista de New Woodstock. Eso también le recordó algo. Durante sus alucinaciones con LSD, la necesidad de ella lo había desgarrado. ¿Por qué Sue Benny Voss? Durante los últimos días, también había sido utilizado como semental por ejemplares tan superlativos como Terpsícore, Bethie McBride y —¿cómo se llamaba?— Marsha.

Apretó el interruptor de la puerta, se puso de pie y fue a la sala a recibir a su visitante. ¿Cómo sabía ella dónde vivía? Quizás se lo había dicho. O, en realidad, podría haber consultado los bancos de datos. Él le había informado que estudiaba en la ciudad universitaria.

La puerta se abrió y ella entró en su sala. Parecía muy joven y vulnerable en el pesado marco de la puerta, con su cabello rubio recogido en un moño y su garganta frágil de un blanco marfil, como la de un niño, salvo por una tenue vena azul que latía contra la suave piel. Vestía pantalones negros ajustados y un suéter blanco con una capucha alta que le enmarcaba la cabeza y le daba un aspecto pequeño, pálido e inocente. Su apariencia era muy distinta a la de New Woodstock.

"Sue Benny", dijo alegremente, acercándose a saludarla. Lejos de su entorno, fuera de su elemento artístico, era una mujer diferente; no es que no le hubiera gustado la original. Había algo vacilante en ella, algo preocupado.

—Siéntate —le dijo—. Te invito a algo de beber.

Se frotó los brazos y negó con la cabeza. Dijo: "¿Hablaste de mí en tu denuncia?".

Se detuvo y la miró fijamente. "¿Denunciarte a la policía? Yo no lo diría así".

“¿Cómo lo dirías?” dijo con amargura.

Te dije la verdad. Estoy trabajando en una tesis para mi título académico. Tratará sobre comunas antiguas y modernas. Mis informes de progreso se envían a mi director de tesis. Es solo un detalle secundario, una coincidencia, que George Dollar, el director local de los Bancos Nacionales de Datos, y Henry Neville, el director regional de las Fuerzas de Seguridad Nacional, estén interesados en el material que recopiló.

Ella lo miró fijamente, decidiendo evidentemente que él estaba diciendo la verdad tal como la veía.

Empezó a caminar de un lado a otro, con las manos apretadas sobre los codos y un ceño fruncido. Las suelas de sus zapatos susurraban sobre la gruesa alfombra y los músculos de sus suaves pantorrillas se flexionaban al ritmo de sus inquietos pasos.

—Entonces, ¿me mencionaste en tus informes?

La miró fijamente, molesto. "Yo... me temo que sí, Sue Benny. Nunca se me ocurrió no hacerlo. Pensé que eras la persona más interesante que encontré en New Woodstock. Un miembro muy típico de una comuna".

Ella se detuvo y lo encaró. "¿Pero no lo ves? Soy una extranjera. Aunque no tengo derecho a ella, en realidad vivo de la Renta Universal Garantizada. Podrían arrestarme por defraudar al gobierno".

Se dejó caer en una silla, angustiado. «Simplemente nunca se me ocurrió».

¿Le contaste todo sobre el funcionamiento de New Woodstock? ¿Cómo unimos nuestros recursos y quienes no cumplían los requisitos para la UGI los tomaban del fondo comunitario?

Él asintió, tontamente.

Dijo: «Al menos los demás son ciudadanos estadounidenses. Yo no. ¿El director Neville ya recibió ese informe?»

“A estas alturas, sí.”

—Entonces me voy, Ted.

¿Qué... qué puedo hacer? Todo lo que esté en mi mano, Sue Benny. Su corazón parecía dar un vuelco lento en su caja torácica. Ella era la última persona a la que habría querido hacer daño. Y ella se había sentido tan segura, tan adaptada, allí en la colonia de arte móvil.

Ella se sentó frente a él. «Lo hablé con Bat Hardin. Están acelerando la reunión de las casas móviles que conformarán la comuna. Se irán a México dentro de una semana. Cruzaré la frontera y me reuniré con ellos allí. Mientras tanto, tengo que esconderme».

“Aquí mismo, por supuesto.”

Ella asintió, como si fuera lo que esperaba que dijera. «Y necesitaré alguna forma de llegar a México».

—Te llevaré cuando llegue el momento —lo consideró—. Incluso si te buscan, y no me extrañaría que Neville lo hiciera, dado que está tan en contra de las comunas. Pero ni se les ocurriría buscar aquí.

Buscó en su bolsillo, sacó su transceptor y pulsó el botón de la hora. Miró la hora y dijo: "¿Tienes hambre? Estoy empezando a darme cuenta de que estoy hambriento. Podemos ir al restaurante comunitario".

—Genial—dijo, poniéndose de pie—. A partir de ahora, tendrás una gorróna a tiempo completo.

—Puedo soportarlo, sobre todo teniendo en cuenta que es culpa mía. ¿Cómo supiste que hice esos informes?

Se dirigieron hacia la puerta que, como siempre, se abrió automáticamente cuando se acercaron.

Frunció el ceño y dijo: «Bat Hardin me lo contó. No sé de dónde lo sacó».

Fue lo mismo que ocurrió en Jissom. De alguna manera, descubrieron que los informes de Ted iban a parar a manos de Neville y Dollar.

Empezaron a caminar hacia los edificios comunitarios. Ted la tomó del brazo y le dijo: «Mañana iré a disculparme con Hardin».

—Será mejor que no lo hagas —dijo ella mirándolo de reojo.

—Bueno, ¿por qué? Esto merece una disculpa.

Algunos hombres están un poco resentidos. Los has acosado de verdad. Podría armarse un lío.

"Ya veo", dijo, y guardó silencio durante el resto del camino hacia el restaurante. Se lo merecía, supuso.

No sabía cómo manejaría esas cosas en el futuro. El apoyo de Neville y Dollar en este proyecto era invaluable para él. Por otro lado, no le gustaba el papel de informante, especialmente cuando involucraba a personas como Sue Benny Voss. El hecho era que ella era ilegal. Por un golpe de suerte durante su infancia, nunca se había hecho ciudadana. Como resultado, según las leyes de Estados Unidos, era una criminal si subsistía con UGI. En teoría, era su deber denunciarla. En teoría.

En realidad, la cantidad que consumía ilegalmente era una gota en el océano de la abundancia del país. Carecía de importancia.

El restaurante comunitario, con su decoración moderna y su iluminación tenue, fue un éxito instantáneo para Sue Benny. "¿Sabes? Esto es una de las cosas que echamos de menos en una ciudad móvil. Sería posible, pero no muy práctico, tener un pequeño restaurante móvil. La verdad es que todos solemos comer en casa".

—Yo también, normalmente —dijo Ted, llevándola hacia la barra—. Puedes pedir comida de los comedores comunitarios, cocinarla tú mismo o venir a comer aquí. Soy de los que cocinan su propia comida.

—Mmm —dijo—. Pareces más un terrateniente que un chef honesto Abe.

"No me molestes", dijo. Luego, dirigiéndose a un ocupante de uno de los taburetes de la barra, "¿Qué gira, Mike?"

Mike Latimer dejó su bebida y los observó. "Hola, Ted. ¿Cómo pudo una chica tan agradable, como obviamente es esta, acabar contigo?"

Ted dijo: "Sue Benny Voss, odio tener que presentarte, pero él es Mike Latimer, el regalo de West Hurley a las ondas de radio".

Se dieron la mano. Mike frunció el ceño y dijo: «Sue Benny, Sue Benny». Chasqueó los dedos. «La chica de Ted en la Comuna de Arte Móvil».

Capítulo XVI

Los dos miraron horrorizados al comentarista de noticias y luego se miraron el uno al otro.

"¿Qué os pasa?", dijo Mike. "¿Os invito a una copa?" Miró a Sue Benny. "¿Qué te parecen unas margaritas para celebrar tu viaje a México? Ahí es donde va tu comunidad artística itinerante, ¿verdad? ¿A Latinoamérica? Estuve en New Woodstock el otro día a recoger algo. Me parece un proyecto genial".

Sue Benny miró débilmente a Ted.

No había nada que hacer. Ted le dijo a Mike Latimer: «Mira, Mike, dado tu gran amor y admiración por Henry Neville, voy a poner las cosas sobre la mesa. Si en tu próxima emisión incluyes algún chisme, alguna de tus típicas tonterías, como «El hombre de mundo, Ted Swain, se deja

ver estos días con la artista Sue Benny Voss, de la comunidad artística ambulante de New Woodstock», está perdida».

"¿Hundida?"

Hundida. Está prófuga de las Fuerzas de Seguridad Nacional de Neville. El cargo es menor, pero está tan enfadado con las comunas que arrestaría a uno de sus miembros por escupir en una cuneta.

Mike miró a Sue Benny, luego a Ted y viceversa. "No lo entiendo".

Ted dijo: «Sue Benny no es ciudadana. Es ilegal que viva de la Renta Universal Garantizada, lo cual hace, indirectamente, en la comuna».

—Oh —dijo Mike—. Bueno, ¿cuál es el problema? Soy mamá.

Ella le dio las gracias con una pequeña sonrisa.

“No creo que haya probado nunca una margarita”, dijo.

Tomaron margaritas. Tomaron otra ronda de margaritas. Luego se acercaron a una mesa y estudiaron el menú. Ted Swain se dio cuenta de lo descontrolado que estaba su horario de comidas. Había comido medio filete de ballena y una patata al amanecer de ese día y nada más.

Ellos ordenaron y Sue Benny dijo: "¿Alguno de ustedes tiene un cigarrillo?"

Mike preguntó: "¿Tabaco o marihuana?", mientras buscaba en su bolsillo.

Ella dijo: «Nunca fumo tabaco. Es malo para la salud».

—Mmm —le ofreció un cigarrillo y se lo encendió, luego miró a Ted—. ¿Cómo va la investigación sobre las comunas? ¿Ya te han dado un golpe en la cabeza?

"Casi", le dijo Ted. "Anoche fui a Jissom y me dieron LSD en una bebida. Comprimí un fin de semana perdido en doce horas. Al parecer, les habían avisado que copias de mis informes iban a ser enviadas a Neville y Dollar y querían saber los detalles. No tenía ningún detalle que ellos ya desconocieran. Eso es todo. Todavía me siento agotado".

—Algunos de esos chicos de Jissom son gente dura —asintió Mike—. Tienes suerte de que no te hayan dado una paliza husmeando así. ¿Por qué no abandonas el proyecto?

—Empiezo a dudar —dijo Ted con voz agria—. Pero es mi gran oportunidad.

"¿A dónde vas después?"

Ted Swain lo pensó. «Supongo que Walden. Esa comuna agrícola que mencionaste en la zona que antes llamaban

Vermont. Hasta ahora no he encontrado ningún asentamiento donde produzcan sus propios alimentos. Producen vino en Nueva Atenas, pero las demás comunas evidentemente dependen completamente de la Renta Universal Garantizada y del salario de los comuneros que trabajan».

“Una comuna agrícola”, dijo Sue Benny. “Suena interesante. He oído que hay bastantes por todo el país. Una especie de moda de vuelta a la tierra”.

—Bueno, ten cuidado por dónde pisas —dijo Mike.

Después de terminar de cenar, se despidieron de Mike Latimer y regresaron a la casa.

La luz de la luna se filtraba a través de una niebla grisácea, pero podían ver la imponente mole de las montañas contra el cielo y los esbeltos árboles que se retorcían con el viento que se había levantado. Ted Swain estaba sorprendentemente cansado. Le dolían las piernas a cada paso y tenía que respirar profundamente para llenar sus pulmones de aire. Pero su cuerpo parecía separado de él, como si fuera un paquete grande y torpemente envuelto que hubiera estado cargando durante demasiado tiempo. Se preguntó cuánto tiempo tendría que esperar para liberarse por completo de su ataque de LSD.

Habían permanecido en silencio durante el paseo, pero cuando entraron en la sala de la casa ella se giró hacia él, lo que permitió a Ted mirarla y admirar el juego de humor e inteligencia en su rostro y sus ojos.

Él dijo: “Me temo que sólo hay una cama”.

Ella rió suavemente. "Genial, y solo somos dos. Supongo que es doble. ¿O ibas a hacerte el noble y dormir en el sofá?"

—El dormitorio está aquí —dijo—. Si no te importa, nos vamos a dormir. Todavía me duele el viaje que hice en Jissom.

Entraron al dormitorio y se desvistieron, sentados en lados opuestos de la cama king-size. Como ella no tenía camisón, él también permaneció desnudo.

Vivir en una casa rodante le había quitado a Sue Benny muebles de esta magnitud. Dijo: «Vaya, podrías perder a una chica en una cama como esta».

—Tranquila —le dijo—. Sue Benny. ¿De dónde, por Dios, sacaste un apodo como ese? No suena a la Europa común.

Dijo: «Mi padre admiraba a Eugene Sue, autor de *El judío errante*. También tenía un amigo llamado Benjamín. Como era difícil llamar a una chica «Benjamín», lo acortó a Benny».

Ted Swain se deslizó en la cama y dijo exhausto: "A pesar de que me nombraste Paul Bunyun la otra mañana, me temo que no estoy en condiciones de actuar".

Estás perdonado. Buenas noches, cariño.

Pero él ya estaba dormido.

Por la mañana fue diferente, y Ted Swain redescubrió por qué había sido Sue Benny quien acudía a él en sus alucinaciones de LSD. La chica era completamente franca, completamente liberada de cualquier restricción sexual. Estaba dispuesta y riendo con ganas de practicar cualquier variación que él pudiera idear, y él la maniobró en media docena de posturas, llevándola al clímax una y otra vez antes de darle el máximo beneficio de sus jugos masculinos.

Finalmente murmuró, deliciosamente: "¿Por qué la gente se levanta de la cama?"

Se rió. "No sé qué piensan las mujeres, pero después de un tiempo, un hombre empieza a sentirse como un trapo".

Durante un largo rato permanecieron allí. Se respiraba una comunión soñolienta y reconfortante entre ellos, y hablaban de forma divagatoria, sin mucho interés real, sobre otros tiempos, otros lugares, otras personas. Ella le contó de su vida anterior; él, de la suya.

Ambos decidieron que nunca se habían enamorado, en realidad. Habían tenido mucho sexo, pero solo sexo.

Finalmente dijo: "Iré a Walden hoy".

“¿Entonces vas a continuar con esta investigación comunal?”

Dudó, pero solo un momento. "Sí. Sí, tendré que hacerlo. Planeo quedarme allí varios días esta vez. Quiero sentir de verdad la sensación de una comuna, no solo una impresión superficial. Es decir, me quedaré si tienen instalaciones para extranjeros. ¿Por qué no vienes?"

Sin un transceptor propio, no podrías pedir nada que necesites. Podría dejarte provisiones, por supuesto, pero si surgiera algo más, tendrías que prescindir de ellas.

—No tengo ropa ni cosas. Lo dejé todo en la caravana.

Será mejor que no regreses a New Woodstock por ellas. Podrían estar buscándote. Más tarde nos pondremos en contacto con Bat Hardin y haremos arreglos para que lleve tu remolque a México. Pero ahora pediremos lo que necesites en el ultramercado de West Hurley. Tengo maletas.

Se bañaron y vistieron tranquilamente y luego pasaron al comedor y pidieron grandes desayunos.

Ella le sonrió por encima de la mesa y dijo: “ Una pareja de viejos casados”.

Ted Swain la miró y notó las ojeras, suaves y oscuras en contraste con su piel blanca. Era más que bonita, más que simplemente hermosa, era increíblemente guapa. Todo ello, aparte de su inteligencia, humor y encanto.

Él dijo: “¿Quieres casarte?”

Lo pensó. «No veo ninguna razón. ¿Por qué se molesta alguien en casarse ya? Todos los hijos son legítimos, suponiendo que uno quiera tenerlos, y yo no. Al menos no a estas alturas de mi vida. Estoy totalmente a favor de que la tasa de natalidad se mantenga en su actual nivel de crecimiento cero».

Dijo: «Supongo que si me casara contigo, habría alguna manera de dedicar parte de mi Renta Universal Garantizada a tu manutención. Quizás incluso podrías hacerte ciudadana. Podría averiguarlo. No estoy muy al tanto de esas cosas».

“Eso implicaría no hacer el viaje a Latinoamérica”.

“Sí, implicaría eso.”

"Soy artista", dijo con voz suave y quebrada. Cerró los ojos y se pasó las manos por su espeso cabello rubio, retirándolo con fuerza de la frente en un gesto de angustia. "Lugares como New Woodstock son mi hábitat, cariño".

Él no respondió. Ella dijo en voz baja: «Lo pensaré».

Empujaron el resto de sus desayunos al centro de la mesa y lo dejaron reposar, luego fueron a la caja de pedidos para marcar sus necesidades del ultramercado comunitario. Con su estilo femenino, se tomó su tiempo frente a la pantalla, examinando lo que, para un impaciente Ted Swain, parecía una multitud interminable de productos.

Entró en el dormitorio, sacó dos maletas y preparó su propio equipaje. Planeaba quedarse al menos tres días en Walden, pero si se le acababa la ropa, podría comprar más en los ultramercados locales.

Finalmente, Sue Benny entró con sus cosas nuevas y terminaron de empacar. En su radio, él llamó a un electrovehículo. Dio las instrucciones habituales a su videoteléfono y a la pantalla de identificación de la puerta. Salieron a la acera frente a su casa y esperaron el vehículo, que enseguida llegó.

“¿Superficie o subterráneo?” le preguntó, tomando asiento detrás de los controles manuales mientras ella se deslizaba a su lado.

—Oh, superficie. Nunca bajo tierra si puedo evitarlo.

—Genial —dijo—. Sabio. Pienso lo mismo. Busca las coordenadas de Walden, ¿quieres? Supongo que el pueblo está marcado en el mapa.

Buscó en el tablero, sacó el mapa y encontró la información necesaria. Él marcó y se recostó mientras el coche arrancaba.

Más de la mitad del viaje fue una delicia, en esta época del año. Se tomaron su tiempo, parando tranquilamente a comer y cenar en restaurantes automatizados al borde del camino. Más tarde empezó a nublarse y el paisaje perdió su encanto.

Empezó a lloviznar y luego a llover al llegar a la zona de Walden, al este del lago Bomoseen. Largos truenos resonaron a su derecha y relámpagos rompieron la oscuridad a su alrededor. Un presagio, pensó Ted Swain con tristeza, un presagio agradable y alegre. El parabrisas chorreaba agua y los limpiaparabrisas lo golpeaban con fuerza de un lado a otro, pero la visibilidad se reducía a los pocos metros que sus faros alcanzaban a atravesar la lluvia espumosa. Era desolador, en un terreno hospitalario por el que condujeron; robles y arces raquíuticos, con sus troncos cubiertos de espesas matorrales espinosos, mecían sus ramas con el viento ruidoso. De vez en cuando, se veía luz a través de la niebla que se alzaba del suelo empapado, pero la zona parecía prácticamente desierta, con árboles y pantanos negros por la lluvia que se extendían hasta la oscuridad a ambos lados del vehículo eléctrico. Las casas comenzaron a vislumbrarse ante ellos contra un fondo de cielos oscuros y nubes flotantes.

—Si esto es Walden, me parece una mala escena —gruñó Ted a su compañera.

—La lluvia y la noche no ayudan —dijo Sue Benny—. Es Walden, sí. Vi un cartel ahí atrás.

"Las casas están dispersas", murmuró, poniendo el coche en modo manual y tomando el control. "Pero supongo que eso se aplicaría a una comunidad agrícola. Todo el lugar parece una de esas películas históricas ambientadas en la época de la Guerra Civil".

Obviamente, siguen con las tradiciones de esta zona. Ese granero es precioso. Me gustaría al menos dibujarlo, si podemos quedarnos.

Si esto es como las demás comunas, habrá algún tipo de ayuntamiento u otros edificios administrativos. Pero no parece haberlos. Este lugar se extiende por todo el infierno y más allá. Nos costaría mucho encontrarlos.

“¿Por qué no parar en una de las casas y preguntar cómo llegar?”

—Genial. Hay una cerca del camino.

Se acercó al porche, lo más que pudo. "Quédate aquí. Yo seguiré el guión".

Abrió la puerta y salió corriendo. El camino hasta el porche estaba embarrado y sus zapatos estaban pesados cuando llegó al refugio.

La casa era de madera y las ventanas iluminadas tenían cortinas. Buscó en vano una mampara de identificación o incluso un timbre, y finalmente llamó.

Una voz resonante y profunda le dijo que entrara.

Capítulo XVII

Ted lo hizo, después de limpiarse los pies lo mejor que pudo en el felpudo de bienvenida.

Entró en una sala de estar anacrónica. Al parecer, todo había sido diseñado para reproducir la casa de campo de principios del siglo XX. Era bastante cálida, calentada por una estufa de hierro, bastante cómoda, según la antigua tradición. En el suelo había alfombras de trapo, obviamente hechas a mano. También lo eran los muebles, robustos, sin adornos, sin más acabado que la cera. Una mesa, dos armarios, un aparador, media docena de sillas rectas, un sofá con varios cojines caseros de colores oscuros, dos mecedoras. En las paredes había muestrarios enmarcados que proclamaban «*Jesús nunca falla*» y frases similares.

Una de las mecedoras estaba ocupada por una mujer que tejía. Tenía arrugas en el rostro, no demasiadas ni muy profundas, y su cabello, de un gris claro, estaba recogido en un moño apretado en la nuca. A pesar de todo, su mirada era juvenil y penetrante, y había fuerza en la pronunciada barbilla y las líneas arqueadas de su nariz, bastante prominente. Irradiaba un aura de maternidad ancestral.

El otro ocupante de la habitación estaba de pie frente a la segunda mecedora. Sostenía un libro negro en la mano derecha, sin duda una Biblia. Era alto y de mediana edad, pero con apenas unas pocas canas en el pelo y destellos plateados en su prominente bigote. Vestía un traje oscuro que parecía de tweed, tan grueso, rígido y áspero que Ted se preguntaba cómo lo soportaba. Pero el otro no parecía de los que hacen caso a las protestas de la carne, ni de sí mismo ni de nadie. Su rostro era como un peñasco o una roca, tallado en sus contornos actuales por vientos y olas gélidas, y su aspecto era tan majestuoso como un clíper a toda vela.

Miró a Ted Swain con curiosidad, pero dijo: «Bienvenido a la hospitalidad de mi hogar. ¿Es usted un fugitivo de los elementos?»

Ted dijo: «No exactamente. Busco la comuna de Walden».

No nos consideramos una comuna, forastero, pero esto es Walden. Soy Wilhelm Langenscheidt y ella es mi buena esposa, Emma.

"Me llamo Theodore Swain", dijo Ted, acercándose para estrechar una mano morena y nudosa por el trabajo. "Nos costó un poco localizarles, porque llueve muchísimo".

“¿Nosotros?” dijo el granjero.

“Mi... esposa está en el auto”.

—Tienes que traer a la pobre —dijo la mujer, dejando las agujas—. Haré una cafetera. Se levantó y salió por una puerta al otro extremo de la sala. Su vestido era oscuro, descolorido y le llegaba hasta los tobillos.

Ted dijo: «En realidad, buscábamos el centro administrativo, o como se llame. Si Walden tiene alojamiento, queríamos pasar al menos dos o tres noches».

—El ayuntamiento estaría cerrado a estas horas de la noche —dijo el hombre corpulento—. Tampoco tenemos alojamiento para forasteros. ¿Qué buscas?

Ted dijo con cautela: «Estamos investigando las distintas comunas. He oído hablar de Walden y quería saber más. Cómo operan, cómo cooperan, cómo gobiernan su comunidad. Ese tipo de cosas».

No tenemos posada ni hotel, pero puedes quedarte con nosotros. Como los niños han crecido... —su rostro se endureció— y han decidido salir al mundo vulgar a buscar

caminos distintos a los de Walden, mi esposa y yo vivimos solos.

“¿Por qué... no podemos imponerte?”

El viajero tiene derecho a esperar hospitalidad, y el dueño de casa tiene el deber de brindársela. Y si busca información sobre Walden, esta es una casa digna donde alojarse. Soy uno de los ancianos este año.

¿Anciano? Debe ser algo así como los concejales de otras comunas. Ted sintió que le había tocado la lotería. Tomó una decisión repentina.

Iré a buscar a mi esposa y nuestro equipaje. Sigo sintiendo que es una molestia, pero eres muy amable.

Langenscheidt lo siguió hasta la puerta y los dos se apresuraron a subir al coche.

Ted le gritó a Sue Benny: "¡Adentro!", mientras forcejeaba para abrir la puerta trasera y sacaba las dos bolsas. El granjero tomó una de ellas, y los tres corrieron de vuelta al porche, mientras Sue Benny se tapaba la cabeza con las manos en un inútil intento de protegerse de la lluvia.

Ted dijo: “Estábamos muy contentos de no haber traído impermeables ni paraguas, pero el día estaba muy agradable antes”.

Su anfitrión abrió la puerta y los condujo al interior, dejando la maleta cerca del final de una escalera que conducía al segundo piso.

Ted también dejó su bolso y dijo: "Sue Benny, este es el Sr. Langenscheidt".

Sue Benny sonrió con calidez y le tendió la mano, pero Langenscheidt dijo con voz grave: «Por favor, no me llames 'señor'. El término deriva de 'amo' y no deseo ser el amo de nadie, como tampoco deseo ser dominado. Es un término para esclavos, no para hombres libres».

—Lo siento —dijo Ted suavemente.

El otro le dio un rápido apretón de manos a Sue Benny, luego la bajó y señaló las sillas. "Por favor, descansen. Mamá llegará enseguida con café y kuchen⁸. ¿Ya cenaron?"

Ted dijo: "Paramos en una autocafetería en el camino".

El otro negó con la cabeza. «Esa comida es una abominación».

Sue Benny, mientras se hundía en una silla, dijo aliviada: "¿Qué tiene de malo?"

⁸ Kuchen es una denominación de origen alemana de un pastel de la repostería Centroeuropa. Existen múltiples variedades de kuchen. Generalmente se diferencia de la torta por no tener rellenos ni coberturas. Predominan variedades dulces, aunque también hay kuchen salado. [N. T.]

El agricultor volvió a su mecedora. Dijo: «Ya no se trata de la tierra. Se trata de la máquina. Los campos están hiper automatizados, y el llamado agricultor a menudo vive y trabaja a cien millas o más de los campos, que trabaja con maquinaria a control remoto. Los molinos de harina están super automatizados hasta el punto de que solo se necesitan uno o dos hombres para supervisarlos. Las panaderías igual. El pan producido no es tocado por la mano del hombre desde que se siembra el trigo hasta que llega a la boca del consumidor. Lo mismo se aplica a prácticamente todos los demás alimentos».

Ted Swain también había tomado una silla. Su anfitriona entró con una bandeja de madera llena de cafe, leche, azúcar y lo que parecía pan de jengibre. Ted no había comido pan de jengibre desde que era niño.

El servicio fue amable y atento. Sirvieron a Sue Benny, a Ted y luego Langenscheidt llenó su propia taza de café. Lo tomó solo y sin azúcar, como obviamente se tomaba la vida.

Él dijo: “¿Y qué es lo que buscas aprender en Walden, hermano?”

Ted probó su café a sorbos. Se consideraba un apasionado del café sobre todo de una mezcla particular de Columbia. Con esa bebida oscura, podría haber cerrado los ojos de dolor. Solo un sádico la habría preparado, se sintió triste, al

mirar al alma bondadosa que se la había servido; y solo un masoquista la bebería.

Ted le dijo a su anfitrión: “Bueno, señor...”

Por favor, no me llames «señor». La palabra deriva de «sire», un término feudal que significa «domino». No deseo ser el señor de nadie, como tampoco deseo que alguien me domine. Soy un hombre libre.

Ted respiró hondo. «Lo siento. Pero estoy estudiando las comunas. Voy a escribir un libro sobre ellas. En todo el país, millones de personas están abandonando lo que nuestros funcionarios consideran la norma. Se están reuniendo en comunas, abandonando las pseudociudades con sus rascacielos de miles de miniapartamentos y mudándose a comunidades de distintos tamaños con un tema común. Subsisten en gran medida gracias a la Renta Universal Garantizada y...».

“No todas lo hacen.” El corpulento agricultor fue categórico.

"¿Disculpe?"

En Walden no vivimos de la caridad. Vivimos de nuestro propio esfuerzo.

Ted Swain pareció sorprendido. Dijo, incrédulo: "¿Quieres decir que ninguno de ustedes usa su UGI?"

Ninguno de nosotros. Nos lo dan cada trimestre, pero nadie lo acepta, hermano.

Sue Benny miró a Langenscheidt, a su esposa y viceversa, desconcertada. "¿Pero cómo alquilas tus vehículos eléctricos, tus, bueno, tractores y cosas de la granja? No sé mucho de agricultura".

—No. Tenemos caballos y carretas, y criamos y fabricamos las nuestras. El hombre fue destinado por Dios a vivir con el sudor de su frente. Esa es la palabra sagrada. —Miró a Ted con severidad—. ¿Lees la Biblia?

“Llegué hasta donde estaban los Padres d la Iglesia.”

¿Bromeas? Muy pocos leen la Biblia hoy en día.

Pasó de moda cuando llegó la reflexión. Pero espera un momento. Hay cosas que simplemente no puedes hacer tú solo. Por lo que veo, probablemente hayas construido esta casa tú mismo, tú y, me imagino, tus amigos, e incluso has hecho los muebles. Y sin duda cultivas tu propia comida y te haces tu propia ropa. Pero hay cosas que no puedes hacer, para las que tienes que usar créditos. Medicamentos, correo, llamadas telefónicas y cosas que simplemente no se pueden producir en esta parte del mundo. Este café, por ejemplo. Y aquí no hay acero. ¿Cómo se hacen los arados? No hay sal. ¿Cómo se consigue la sal?

El hombre mayor levantó una mano morena para contener la marea. «Producimos diversas artesanías cuando no estamos trabajando en el campo. Algunos forasteros las valoran, queda tan poco en este mundo nuestro que sea artesanal. Intercambiamos nuestros excedentes por las cosas que mencionas. Supongamos, por ejemplo, que mi esposa hace una colcha y que yo necesito hierro para el herrero para poder hacer una grada. Alguien que desea la colcha usa su crédito de la Renta Universal Garantizada para conseguirme el hierro».

Ted Swain lo miraba con lujuria una vez más. "¿Entonces habéis vuelto a lo que equivale a un trueque primitivo?"

El otro asintió. «Si así lo quieres llamar».

Sue Benny dijo: "¿Pero por qué? Si cobraras tu UGI, podrías vivir cómodamente sin el pesado trabajo agrícola. Tendrías una vida de ocio".

El granjero la miró con serenidad. «El hombre no fue creado para tener tiempo libre ilimitado, hermana. Si se le da, se desmorona. Tiene que ocuparse en algo. A lo largo de los siglos trabajó, y trabajaba doce o más horas al día. Todos los días. O se moría de hambre. Lo que hacía con su tiempo estaba determinado por él. La recreación que tenía era muy escasa; los juegos y bailes puramente tradicionales eran un gran alivio y entretenimiento. Nunca tuvo oportunidad de aburrirse con ellos; los practicaba muy pocas veces. Esa

situación perduró durante el 99,99 % de la historia de la especie».

“Pero ahora hemos vencido a la naturaleza”, dijo Ted Swain. “Ya no tenemos que trabajar así. Tenemos tiempo para dedicarnos a las artes y las ciencias, para convertirnos en eruditos y desarrollarnos”.

Langenscheidt volvió la mirada hacia Ted. Su esposa había reanudado su práctica de tejido y se mecía plácidamente en su silla.

Pero la mayoría de la humanidad no es creativa ni se inclina por la vida académica. Para matar el tiempo —y matar el tiempo no es asesinato, sino suicidio, Theodore Swain— recurre a entretenimientos cada vez más frívolos, al abuso del alcohol e incluso a los narcóticos. El sexo pierde su significado, como acto de amor verdadero, por su gran disponibilidad. El mundo entero se vuelve promiscuo. La familia tal como la conocíamos desaparece. No es una vida feliz, Theodore Swain. Esta gente, con un ocio al cien por cien, es un pueblo frustrado. Roma, con su pan gratis y sus circos, es un ejemplo aterrador de una nación que ya no tiene que trabajar.

“Los romanos nunca se molestaron en educar a su proletariado para el uso adecuado del ocio”, dijo Ted pensativo. “Quizás nos lleve una generación más o menos, pero deberíamos ser capaces de educar a nuestra gente para

que participe en las artes y las ciencias en lugar de simplemente buscar entretenimiento superficial. Quizás las comunas sean un paso en esa dirección. Pero, en cualquier caso, aquí en Walden han vuelto a las viejas costumbres, ¿eh?”

Sí. Y aquí en Walden encontramos la felicidad en una vida de trabajo. Aquí vive Robert Owen.

Sin levantar la vista de su trabajo, aunque sus finos labios incoloros se movieron levemente en una sonrisa impersonal, Emma Langenscheidt entró en la conversación por primera vez. Dijo: «Sí, en Walden vive Robert Owen».

Y de repente, media docena de piezas comenzaron a encajar en el rompecabezas que había estado confundiendo al doctor Theodore Swain.

Le dijo a Sue Benny: «He cambiado de opinión. No nos quedaremos. Regresaremos a West Hurley esta noche».

Ella lo miró con los ojos como si de repente se hubiera vuelto loco. "Pero, Walden. ¿Qué hay de tu investigación sobre Walden?"

Dijo lentamente: «Ya no será necesario». Su rostro se tornó amargamente irónico. «Nunca lo fue».

Ted se puso de pie y miró a sus anfitriones, quienes también lo observaban fijamente. Dijo: «Gracias por su

hospitalidad y por ofrecernos alojamiento. Sin embargo, de repente me ha ocurrido algo y tengo que volver para solucionarlo».

Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta, recogiendo las maletas por el camino. Sue Benny lo siguió apresuradamente, diciendo por encima del hombro: «Muchas gracias. No tengo ni la menor idea de qué le pasa».

Tras ellos llegó Wilhelm Langenscheidt, que se paró en la puerta y gritó: «Aunque no seas creyente, ve con el Señor», mientras corrían bajo la lluvia hacia el coche.

Ted le abrió la puerta, arrojó las bolsas atrás y luego se apresuró a llegar a su lugar.

Ted Swain marcó las coordenadas de West Hurley y eligió la autopista subterránea. Desconocía la entrada más cercana, con su coordinador de despacho, pero el vehículo automatizado podía encargarse de eso. Hacerlo bajo tierra aceleraría considerablemente el viaje. El coche arrancó y él se recostó en el asiento, moviendo la boca.

Sue Benny dijo: «Simplemente no entiendo la situación. ¿Qué pasó de repente? ¿Qué giras?»

Todavía no lo tengo claro. Tengo que pensarlo bien y aclarar algunos cabos sueltos. Este proyecto mío se ha desmoronado.

Ella se dio cuenta de que él no estaba de humor para hablar de ello y se sumió en su propio silencio. Este hombre estaba resultando ser un auténtico jazzista.

Después de un tiempo, ella dijo: "No conocerás a un tal Gerald Fry, ¿verdad?"

Se giró para mirarla con sorpresa. "¡Gerald Fry!"

Sí. Parece que estaba haciendo una investigación similar a la tuya. Es decir, estaba investigando las comunas.

¿Cómo supiste de él?

Mientras estabas en la casa, al principio, encendí la televisión para ver las noticias. Está muerto. Murió en un accidente.

"¡Accidente!"

Parece todo un misterio. Su electrovehículo se salió de la carretera, de alguna manera, y se estrelló contra una valla de piedra. Parece imposible, a menos que el vehículo estuviera bajo control manual. Quienquiera que sea... Ya no se oye hablar de accidentes de tráfico. En cualquier caso, el comentarista dijo que estaba investigando las comunas.

Se hundió en su asiento, horrorizado. Murmuró: «Sí, ¿quién oye hablar de accidentes de coche hoy en día?». ».

Murmuró: “Podremos llegar antes de la transmisión de medianoche”.

Volvió a marcar para un nuevo destino.

¿A dónde vamos?, dijo.

A Kingston. A la emisora.

Al salir de la vía rápida subterránea, Ted Swain tomó el control manualmente y se dirigió a la estación de televisión, ubicada a las afueras de la ciudad. Kingston estaba a solo unos kilómetros de West Hurley y era la pseudociudad más grande de los alrededores, con media docena de rascacielos de apartamentos, además de edificios antiguos. Estaba perdiendo población, Ted Swain lo sabía. La tendencia era vivir en pueblos más pequeños, lejos de las pseudociudades.

Ya no llovía. Ted aparcó frente al pequeño edificio, ubicado en un pequeño parque. Solo había estado allí una vez, cuando recogió a Mike Latimer para un almuerzo. Había relativamente pocos programas locales, así que no necesitaba un local más grande para esa zona. Mike tenía una oficina donde preparaba su material. El lugar estaba tan automatizado que a veces estaba solo, salvo por un técnico.

Cuando Ted y Sue Benny entraron en la sala de visitas, Mike Latimer estaba en la lente. Podían verlo a través de la gran ventana, sentado en un escritorio. Una pequeña luz roja, sobre un reloj, estaba encendida, indicando que el

estudio estaba caliente. A un lado de Mike, un técnico solitario estaba sentado, bostezando, en una cabina de control.

Mike Latimer obviamente los vio entrar pero, al estar en la lente, no pudo hacer ningún gesto de saludo, aunque debió haber estado sorprendido por su presencia.

Ted y Sue Benny tomaron sus sillas y esperaron. Era la primera vez que ella participaba en una estación de transmisión y estaba interesada, aunque había muy poco que ver.

Mike decía: "...y esas son las noticias, amigos. Les habla la estación WAN, la Voz y los Ojos del Valle del Hudson, desde Kingston. Y este es Michael Latimer, el pregonero, el chismoso regional, despidiéndose hasta mañana al mediodía". Dio la señal al ingeniero diciendo: "Volvamos a la cadena, Johnny".

La luz roja se apagó, indicando que el estudio ya no estaba caliente, y Mike los saludó con una mano, frotándose la nuca con la otra. Ted Swain supo que se había tensado frente a la cámara.

El comentarista de noticias se acercó a la pesada puerta del estudio y entró en la sala en la que estaban sentados.

—Sorpresa, sorpresa —dijo—. ¿Qué hacen ustedes dos fuera de la cama, por Dios, Zoroastro?

Ted se puso de pie y miró al otro a los ojos. «Robert Owen vive», dijo.

Capítulo XVIII

Mike Latimer lo miró un instante largo y vacío, y luego su sonrisa natural se dibujó en sus labios. "Y nunca morirá", dijo. "¿Entonces te has convertido en uno de nosotros?"

—No exactamente —dijo Ted—. Así que esa es la respuesta a tu contraseña.

¿Cómo te enteraste si no te habían reclutado? Francamente, no creía que tuvieras potencial para ser miembro.

—Lo supuse. Lo he oído demasiado estos últimos días como para que sea coincidencia. Tienen una especie de organización secreta en las comunas. Así es como se identifican. Lo sueltan en la conversación, como por casualidad.

Sue Benny dijo: “¿Qué está pasando aquí en nombre del Zoroastro viviente?”

Ted la miró. «Me sorprende que no seas miembro. Bat Hardin sí lo es».

—No es ciudadana —dijo Mike. Movi6 una mano con un movimiento lento y elegante—. Tenemos una pequeña autocafetería en el edificio. Entremos y hablemos. Supongo que quieres hablar.

—Sí, quiero hablar —dijo Ted—. Obviamente, tienes un puesto superior en ese grupo.

Ted y Sue Benny siguieron al comentarista por un pasillo hasta la pequeña autocafetería del edificio. No tenía más que cinco mesas, con cuatro sillas cada una, y estaba vacía a esas horas. Mike Latimer se llevó un dedo a los labios mientras los sentaba.

Ted Swain lo miró con el ceño fruncido. Era el gesto clásico que pedía silencio.

Mientras Ted y Sue Benny lo observaban, Mike sacó lo que parecía un bolígrafo de un bolsillo interior y recorrió la habitación, apuntándolo a todas partes, sobre todo a cualquier dispositivo electrónico, como la pantalla del televisor o el teléfono. Finalmente, lo guardó en su bolsillo y se unió a ellos.

“Limpio”, dijo.

—¿Qué demonios gira? —preguntó Ted—. ¿Qué pasa?

“Esto es un trapeador electrónico”.

"¿Trapeador?"

Para detectar si la habitación tiene micrófonos ocultos. No los tiene. Pero hoy en día es imposible saber dónde pondrán un micrófono las Fuerzas de Seguridad Nacional. Les cuesta mucho meterlos en las comunas, pero lo intentan, lo intentan. Por cierto, tienes un micrófono oculto. ¿Te importaría desactivarlo?

Ted Swain puso su mano izquierda debajo de su solapa y apagó su grabadora.

“¿Café?” dijo Mike.

Ambos asintieron y él marcó café para los tres, mientras decía: «Si entra Johnny, el técnico, no se preocupen. Él también es del underground».

Ted Swain lo miró. "¿Qué subterráneo?"

—La resistencia revolucionaria —dijo Mike Latimer, soltando el aire y luego continuó—. Obviamente, has llegado a la conclusión, tras curiosear en las comunas, de que existe

una especie de resistencia. Genial. Veamos algunos hechos, Ted. ¿Qué tipo de gobierno diríais que tenemos?

Ted Swain hizo una mueca. Se estaban produciendo muchos cambios bruscos a gran velocidad. Dijo: «En realidad, es una especie de gobierno dual. Uno político, basado en gran medida en la antigua Constitución, aunque considerablemente modificado en el Segundo Congreso Constitucional, y otro económico, encabezado por el Congreso de la Producción, que planifica la producción, las comunicaciones, el transporte, la distribución, etc.».

—Sí —dijo Mike—. Y elegimos democráticamente a nuestros representantes políticos, pero las computadoras seleccionan, supuestamente basándose en el Cociente de Capacidad, a quienes ocuparán puestos en el ámbito económico.

"¿Qué quieres decir con "*supuestamente*"?"

El otro se puso de pie y paseó de un lado a otro frente a Ted, masajeándose la sien con las yemas de los dedos. Tenía el ceño fruncido.

"¿No lo ven?", preguntó. "Seguimos pensando que nuestra sociedad es democrática, en la que valoramos nuestras libertades. Pero el componente político de nuestro gobierno dual ha perdido casi toda su importancia. Siguen jugando, alabando la democracia de boquilla para apaciguarnos, pero

la verdadera influencia reside en la división económica. Quien controla la industria —y cuando digo industria, por supuesto, incluyo la educación, la salud, el entretenimiento y todos los tipos de trabajo necesarios— controla el país. Y eso sin importar a quién votemos como presidente, senadores, representantes o lo que sea."

Ted Swain dijo con impaciencia: "Pero, ¿qué es esa sugerencia de que las computadoras no seleccionan a los trabajadores para la industria basándose en su coeficiente de capacidad?"

—Sí, sí, sí, en los niveles inferiores. No hay razón para no hacerlo. Si necesitas a alguien que supervise una línea de máquinas automatizadas de producción textil, o a alguien que dé clases particulares a nivel de secundaria en una escuela de televisión, o a alguien que monitoree media docena de topos láser en el Gremio de Minería, entonces las computadoras te ofrecen a la mejor persona disponible.

"¿Pero...?"

"Pero cualquiera que sea competente para operar una máquina puede idear alguna forma de manipular esa máquina, y la computadora es sólo una máquina".

Se sentó de nuevo, frente a Ted Swain.

"¿Quieres decir...?", dijo Ted.

Sí. Las computadoras del Banco Nacional de Datos pueden ser manipuladas, y lo están siendo.

“¿Por quién?”

Por aquellos que se beneficiarían, obviamente. Por aquellos en las capas más altas de nuestra sociedad. Por hombres como Englebrecht, Dollar y Neville, en esta región, y por sus equivalentes en otras partes del país. Y, por cierto, con el pleno conocimiento de los políticos, quienes a su vez forman parte de la élite del poder. Es cierto que en nuestra sociedad de ultrabienestar nadie sufre privaciones. Pero no solo de pan vive el hombre. Nuestra Nueva Clase tiene poder, privilegios, estima pública, y desea conservarlos y transmitirlos a familiares y amigos. Y hoy lo están haciendo. Y, como cualquier otra clase en el poder en la historia de la sociedad de clases, están dispuestos a hacer cualquier cosa para mantener sus posiciones.

“Entonces, ¿esa comuna clandestina vuestra, qué pretende hacer?”

Avanzar al siguiente nivel en la evolución de la sociedad. Primero, simplemente eliminar los vestigios de un sistema socioeconómico basado en la división política. ¿Recuerdas a la familia real y los demás remanentes feudales en Gran Bretaña cuando eras niño? Eran un anacronismo. Carecían de valor para la nación, pero sobrevivieron durante un siglo después de haber perdido su valor, antes de que los

británicos los eliminaran. Eso es lo que planeamos hacer con los remanentes del Estado político: eliminarlo.

“¿Y a la democracia con él?”

No. Planeamos transferir la democracia al ámbito económico. Creemos que los funcionarios de la industria deberían ser elegidos democráticamente, desde abajo, en lugar de por ordenadores. Claro, mantendremos algunos aspectos del Coeficiente de Capacidad. Una persona no sería elegible para un puesto administrativo a menos que tuviera las cualificaciones necesarias. Pero la decisión final sobre quién ocuparía un puesto estaría en manos de sus colegas, no de una máquina manipulable.

“¿Y cómo están las cosas ahora?”

Mike se encogió de hombros. «Las comunas empiezan a oponerse a la regimentación que les impone la sociedad actual, el Estado político y los Bancos Nacionales de Datos informatizados. Quieren irse al infierno a su manera».

—Me parece que sois anarquistas —murmuró Ted.

Sí, supongo que sí, si quieres llamarlo así. Preferimos el término «libertarios». Si dices «anarquista», la mayoría piensa en fanáticos que lanzan bombas, que es lo que ha dicho la propaganda de las clases dominantes durante casi dos siglos.

Ted Swain lo pensó. Finalmente dijo: «Así que Englebrecht, entre otros de esta Nueva Clase, intenta infiltrarse en las comunas para rastrear este movimiento, enviando a personas como yo a espiar. Debí haber sospechado antes que tenías que ser tú quien los avisaba en lugares como Jissom y New Woodstock. Fuiste el único al que se lo conté».

—Así es. Todas las comunas de esta zona ya saben de tus conexiones con Neville y Dollar.

Ted Swain dijo con amargura: «Y Gerald Fry. Supongo que su muerte no fue un accidente. Ustedes provocaron el accidente».

—¿Gerald Fry? —Mike negó con la cabeza, perplejo—. Hoy mismo nos avisaron miembros de la resistencia de Denver de que venía de camino a esta zona. Ni siquiera sabía que estaba muerto. Pero te equivocas. Nuestra gente no haría algo así. Ni siquiera esos exaltados de Jissom.

Sue Benny intervino: "¿Cuándo esperas llevar a cabo esta revolución tuya? Me parece un mal ambiente. Como no soy estadounidense, mejor me largo y me voy a otro sitio".

La miró con tristeza. «Este tipo de cambio casi siempre es un mal escenario. Aunque en nuestro caso, la gente, en general, supera en número a la llamada Nueva Clase en más de diez a uno. Prevaleceremos. ¿Cuándo? No lo sé. Estamos en nuestra infancia en cuanto a organización se refiere. Por

eso están tan ansiosos por obtener información sobre nosotros. Quieren agotarnos antes de que empecemos. Mientras tanto, necesitamos algún tipo de chispa. alguna acción abierta de su parte, tal vez, para unir a nuestros grupos, que son algo diferentes. Algo así como la Masacre de Boston⁹ fue para la primera Revolución Americana».

Ted Swain se quedó de pie, cansado. Dijo: «Supongo que eso es todo. Vamos, Sue Benny».

Mike Latimer los observó mientras se marchaban, con el rostro pensativo. ¿Había dicho demasiado? No sabía qué opinaba Ted.

Al regresar al coche, Ted Swain usó el videoteléfono antes de llamar a West Hurley. Llamó al apartamento del académico Englebrecht. No esperaba que el otro estuviera disponible a esas horas de la noche, así que dejó un mensaje solicitando una entrevista a las diez del día siguiente e instó a que, de ser posible, George Dollar y Henry Neville también estuvieran presentes.

⁹ La masacre de Boston ocurrió la noche del lunes 5 de marzo de 1770. La tensión ocasionada por la ocupación militar colonial de Boston, se incrementó tras los disparos que un grupo de soldados realizaron contra un disturbio que protestaba contra la subida de impuestos por parte de la metrópoli Inglaterra para así recuperarse de las pérdidas económicas tras la guerra de los Siete Años. John Adams diría más tarde que, tras la noche de la Masacre de Boston, comenzó el deseo de independencia de los Estados Unidos de América. [N. T.]

“¿Qué planeas hacer?” dijo Sue Benny.

Ted notó un pulso débil y rápido que latía en sus sienes, luchando por liberarse como un pájaro en una red. Era evidente que estaba ansiosa por él. Tenía las manos firmemente entrelazadas en el regazo.

"No lo sé", dijo simplemente mientras marcaba West Hurley como destino del coche.

Por la mañana volvió a llamar al apartamento de Englebrecht y habló con Brian Fitz. Sí, el académico lo esperaba a las diez y, sí, iba a intentar que Neville y Dollar estuvieran presentes. El secretario le había hecho un gesto coqueto con los labios y lo había llamado «Ted». ¡Al diablo con eso!

Decidió que no tenía sentido llevarse a Sue Benny. Cuanto más se mantuviera alejada del ojo público en esa zona, mejor. Una cosa era llevarla a Walden, pero la colonia de arte móvil estaba aparcada a solo unos kilómetros de West Hurley y cabía la posibilidad de que los hombres de Neville la estuvieran buscando. Le advirtió que se escondiera en el dormitorio si aparecía el rostro de un desconocido en la pantalla de identificación de la puerta.

Ella lo despidió con un beso antes de que se fuera, luego retrocedió y le puso las manos en los hombros. Él notó que la ansiedad se intensificaba en el ceño fruncido que

ensombrecía sus ojos, pero ella dijo con ligereza: «Cuídate. Y si te hacen alguna broma, diles que se vayan a la mierda».

Se rió con amargura. "Lo haré".

De camino a la ciudad universitaria y a su rascacielos administrativo, sintió un escalofrío en el estómago. Esto tendría todo tipo de consecuencias, y ninguna le gustaba.

Su llegada a la sala de escape del académico Englebrecht fue una réplica de la de su primera entrevista, cuando su director de tesis tuvo la idea de lo que, en aquel momento, Ted consideró una idea genial. ¿Había sido hacía menos de una semana? Parecía imposible. Su vida había cambiado radicalmente en los últimos días. Y sospechaba firmemente que cambiaría aún más antes de que terminara el día.

Brian sonrió tontamente mientras guiaba a Ted Swain por el pasillo hacia su superior.

Dijo: «El académico está bastante desconcertado... Teddy... sobre tu deseo de que el director Neville y el académico Dollar estén presentes». Dudó un momento. «Espero que podamos charlar un rato antes de que te vayas. Tenemos mucho en común».

—Sí, genial— murmuró Ted.

Los tres estaban sentados cuando entró. El hurón Neville, el gordo George Dollar, el pomposo y radiante Englebrecht. Y los tres lo miraban con los ojos entrecerrados.

Neville fue el primero en hablar. Sí, sin duda pertenecía a la familia de los hurones, con su rostro pálido y afilado y su mirada sutil y penetrante. Habló, como siempre, con ráfagas oblicuas y nerviosas, atacando el silencio como si fuera un enemigo, con sus labios torcidos y desdeñosos parcialmente ocultos por su bigote canoso.

Él dijo: "¿Has descubierto algo importante?"

Englebrecht hinchó los carrillos y dijo: «Claro, claro que sí. Siéntate, muchacho».

Ted se sentó y los recorrió con la mirada. "Sí, lo he hecho." Miró a Neville. "Cuando me dijiste que creías que las comunas eran focos de subversión, pensé que estabas un poco preocupado y seguí pensando lo mismo durante la primera media docena de casos que investigué. Pero tenías razón. No es que esté revelando nada. Sabías que tenías razón. Estoy lejos de ser el único supuesto inocente que tenías espiando a las comunas."

Lo observaron en silencio.

Dijo: «No tengo pruebas, pero sospecho que están lo suficientemente asustados como para manipular asuntos como el accidente con Gerald Fry. Debió descubrir la

verdadera naturaleza de su supuesta misión de investigar el narcotráfico y se rebeló. Posiblemente pretendía ir a las comunas y revelar la información que tenía sobre ustedes. Posiblemente descubrió más de lo que sé. Sea como fuere, ahora me doy cuenta de que también fue alguien de sus Fuerzas de Seguridad Nacional quien asaltó mi casa dos veces. Es la única forma posible de que los controles de identidad no informaran de haber tenido una visita en mi ausencia. Simplemente borraron ese informe. Supongo que fue porque no confiaban en que les presentara todo lo que averigüé, y enviaron a un hombre a revisar mis notas y cualquier otra cosa que pudiera encontrar relacionada con mi indagación».

Englebrecht resopló. "¿De qué estás hablando, Swain?"

"Me refiero al hecho de que existe un movimiento clandestino y se oponen a que manipulen las computadoras del Banco Nacional de Datos para mantenerse en el poder".

Dollar dijo pesadamente: "Oh, ¿lo crees, eh?"

Ted lo miró. «Sí, obviamente. Y, naturalmente, me opongo tan firmemente como ellos. Me opongo a que un tal Franz Englebrecht pueda seguir dirigiendo el Departamento de Etnología de la Ciudad Universitaria VI 1, mientras que a mí se me impide obtener mi título académico».

Lo miraron durante un largo período de silencio.

Englebrecht dijo finalmente, con benevolencia: «Mira, muchacho. Debemos ser realistas, por supuesto. Hay gente destinada a gobernar, nacida para gobernar, y gente destinada a ser gobernada. Siempre ha sido así. Lo que debes comprender es que ahora estás en condiciones de unirme a las filas de quienes gobiernan».

"¿Haciendo qué?", dijo Ted. "Mi tapadera ha sido descubierta en todas las comunas a cientos de kilómetros a la redonda. Sabían lo que realmente hacía —servirle de apoyo a ustedes, antes de que yo mismo me diera cuenta."

Neville dijo: «Hay otras regiones donde eres desconocido. Podemos darte una nueva identidad. Tienes un talento natural para este tipo de trabajo. Eres el agente más improbable que jamás haya existido. Irradias honestidad y buena voluntad; inspiras confianza. Necesitamos información continua sobre esos radicales. Tenemos que estar al tanto de sus actividades y cortar de raíz sus movimientos».

George Dollar intervino con voz untuosa. «Mire, doctor Swain. Todos sabemos lo ambicioso, trabajador y competente que es. Muy bien, le contaremos un secreto. En breve, se presentará una nueva enmienda a la Constitución al Congreso Civil. En el futuro, nadie tendrá derecho al voto, salvo aquellos que tengan un empleo útil, aquellos que hayan sido seleccionados por las computadoras del Banco

Nacional de Datos, con base en sus Coeficientes de Capacidad, para servir a esta, nuestra gran nación».

Ted Swain lo miró fijamente. "¡Eso privaría del derecho al voto a nueve décimas partes de los ciudadanos en edad de votar!"

Englebrecht asintió. «Claro, claro. Y con razón. El pueblo llano no tiene capacidad de decisión, ni siquiera de decidir quién debe gobernarlo. La nueva enmienda pondrá todo el gobierno en manos de la élite».

Ted dijo rotundamente: "Y entonces el nuevo gobierno se encargará de perpetuarse".

Neville dijo: «Al vencedor le pertenece el botín, y nosotros somos los vencedores, Swain. Hemos luchado para llegar a la cima y pretendemos permanecer allí. En todas las épocas, los mejores hombres han llegado a la cima y a ellos les corresponde gobernar».

Ted Swain dijo vacíamente: "O, si no son los mejores, una vez que llegan a la cima, por cualquier medio, pueden proclamarse como tales y liquidar a cualquiera que diga lo contrario".

Neville dijo bruscamente: «Te hemos hecho una oferta, Swain. Ven con nosotros o acabarás en la lista negra».

Englebrecht dijo, todavía con benevolencia: «No lo hagas, y me temo, por supuesto, que nunca obtendrás tu título académico, muchacho». Sonrió con una sonrisa alentadora. «Con él, estoy seguro de que, bueno, se podrían hacer arreglos para que te hicieras cargo del departamento tras mi jubilación».

"Me temo que en estas circunstancias no quiero el título", dijo Ted con tono vacío.

Neville dijo, con voz áspera: «Va más allá, Swain. En el edificio donde están mis oficinas para esta región, tenemos un ascensor que no está automatizado, por razones de seguridad. ¿Qué te parecería si en la próxima Asignación te seleccionaran para dirigirlo?»

Ted lo miró. Esto era demasiado. Lo habían manipulado como a un pez enorme y descerebrado. La idea despertó en él una ira impotente. Lo habían manipulado como a un pez... permitido nadar en círculos sin sentido, dulcemente ignorante del anzuelo clavado en su boca.

Él dijo: "Si me seleccionan para ese trabajo, no lo aceptaré".

Englebrecht dijo: «Hijo mío, hijo mío. ¿Y perder tus derechos de ciudadanía? ¿Perder tu Ingreso Universal Garantizado? Ven ahora, claro, claro, vendrás con nosotros».

—No. Claro, claro que no. Ciertas creencias, ciertos ideales, han muerto hoy aquí. Pero no todos. Buenas tardes, idiotas, y ya pueden ir a esterilizarse.

Se puso de pie, pasó junto a Brian Fitz, que parpadeaba rápidamente, y empujó la puerta.

En un ataque de furia, atravesó el edificio como una exhalación y llamó a un electrovehículo. Introdujo su transceptor en la ranura de pago y marcó a West Hurley. Al menos aún tendría crédito hasta el siguiente día de revisión, el cual no estaba muy lejos en realidad. Luego, cuando rechazase el trabajo de ascensorista, le cortarían los ingresos, lo que significaba más que solo pobreza en este supuesto estado de ultrabienestar, esta distopía. Significaba mendicidad.

SECUELAS

Ted Swain, flanqueado por Sue Benny, se encontraba frente a Bat Hardin, policía municipal de New Woodstock. El otro lo miró con desprecio.

—Entonces, ¿tienes el descaro de volver aquí?

“Sí”, dijo simplemente Ted Swain.

“Bueno, escápate antes de que te lastimen”.

Sue Benny dijo: «Bat, no te pongas nervioso. ¿Por qué crees que vendría si no tuviera nada que contarte?»

Bat Hardin miró a Ted Swain con sus rasgos oscuros y vacíos. "¿Qué me dices?"

Ted dijo: «Todavía tengo suficiente crédito en pseudodólares para llevarnos a Sue Benny y a mí a México. Los esperaremos allí, al otro lado de la frontera. Para cuando me cancelen la Renta Universal Garantizada, como lo harán el próximo Día de Asignación, estaremos listos para unirnos a New Woodstock en el viaje por Latinoamérica. Mi contribución consistirá en asesorar sobre arte precolombino. Mientras tanto, escribiré un libro que llevo años pensando. Es algo que hay que hacer».

Los gruesos labios de Bat Hardin se torcieron para revelar su desprecio. "Ni hablar", dijo. "No queremos a un soplón como tú. ¿Por qué deberíamos apoyarte?"

Ted Swain les mostró un disco de grabación. «La última vez que vi a Mike Latimer, quien evidentemente es una especie de funcionario clandestino, dijo que necesitaban una chispa, por muy confuso que sea, que esta Nueva Clase impulse la cohesión de las comunas. Bien. Aquí está. Hace poco tuve una reunión con tres de los principales defensores de la Nueva Clase en esta región, en la que me dieron información privilegiada sobre lo que planeaban hacer en este país, y admitieron abiertamente que manipularon las computadoras. Denle esto a Mike y que empiece a difundirlo por todo el país».



SOBRE EL AUTOR

Nacido en California en 1917, con una ascendencia que se remonta a la época de la Fiebre del Oro, MACK REYNOLDS se ha ganado la vida como escritor independiente desde 1950, especializándose en ciencia ficción. Ha publicado una treintena de libros y seriales, así como más de quinientas novelas cortas, relatos y artículos. Además, ha coeditado varios libros, incluyendo *The Science Fiction Carnival* (con Fredric Brown), una colección que se ha reimpresso numerosas veces en varios idiomas. Debido a su interés de

toda la vida por la socioeconomía, se ha especializado en sus extrapolaciones hacia el futuro sobre temas basados en la economía política. Con la conclusión de que todo escritor de ciencia ficción debería tener una especialidad y abordar un campo en el que sea experto, Mack Reynolds decidió centrarse en el año 2000 y, durante algún tiempo, ha intentado escribir ciencia ficción realista que aborde los problemas a que nos enfrentaremos en ese momento. Ha tenido tanto éxito que organizaciones como EIDOS, el *think tank* de investigación teórica especializado en el futuro, le han pedido que se haga miembro. Al darse cuenta de que los libros por sí solos son insuficientes para la investigación, el Sr. Reynolds, en la década de 1950, comenzó una campaña de búsqueda de material para sus historias en todo el mundo y, desde entonces, ha vivido o viajado por más de 75 países en todos los continentes, excepto la Antártida. Un verdadero aventurero, una vez cruzó el Sahara hasta Tombuctú y en el camino fue capturado por los tuareg (los olvidados de Alá y los llamados apaches del Sahara). En otra ocasión, en las selvas tropicales de México, fue mordido por un murciélago vampiro y tuvo que ser tratado por rabia. Durante sus viajes, Mack Reynolds ha estado en más de media docena de guerras, revoluciones y revueltas militares, donde fue atacado a tiros por los Huks en Filipinas o fue bombardeado por cubanos anticastristas. Durante la Segunda Guerra Mundial, después de graduarse de la Escuela de Cadetes de Oficiales de Marina del Ejército y luego de la Escuela de Oficiales de Marina del Cuerpo de Transporte, se convirtió

en segundo oficial (navegante) en buques de clase de transporte del Ejército y sirvió en el Pacífico Sur. Más tarde, Chiang Kai-shek le ofreció un puesto de soldado de fortuna. Dice que ha estado en más cárceles de las que puede contar "pero nunca por una razón deshonrosa". Aunque en la actualidad no está afiliado a ningún grupo político, ha escrito libros e historias extrapolando cómo sería el futuro si los tecnócratas, anarquistas, varias variedades de socialistas y otros grupos hicieran realidad sus sueños. Además de todas las revistas de ciencia ficción (especialmente *Astounding*, posteriormente rebautizada como *Analog Science Fact and Science Fiction*, a la que contribuyó con frecuencia), sus historias y artículos han aparecido en publicaciones que van desde *Playboy* hasta *The New York Times*. Trabajó en Marruecos, Argelia, Siria, Libia, Egipto, Jordania y Arabia Saudita, y tuvo su residencia en San Miguel de Allende, México.

Mack Reynolds falleció en 1983.